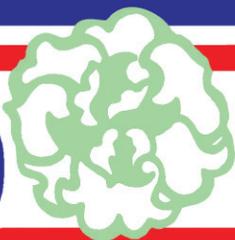


# Boletín del Instituto Duarteano



Santo Domingo, República Dominicana • Enero – Diciembre 2014 • No. 33





**BOLETÍN**  
DEL  
**INSTITUTO DUARTIANO**  
No. 33



**Consejo Editorial**

- Prof. José Joaquín Pérez Saviñón
- Dr. Wilson Gómez Ramírez
- Sr. Daniel Nicanor Pichardo Cruz
- Dr. Abelardo Jiménez Lambertus
- Dr. Antonio Thomen  
*Coordinador*

**INSTITUTO DUARTIANO  
MUSEO Y CASA DUARTE**

Isabel La Católica No. 308  
Santo Domingo, Rep. Dominicana  
Tels.: 809.687-1436 /  
809.687-1475 / 809.687-5288  
Fax: 809.689-0326  
Página Web:  
institutoduartiano.org.do  
E-mail:  
institutoduartiano@gmail.com

**BIBLIOTECA DUARTIANA  
“ENRIQUE PATÍN VELOZ”**

E-mail:  
bibliotecduarte@gmail.com

– Edición: No. 33 –  
Enero-Diciembre 2014

Diagramación y diseño de portada:  
Harold Frías Maggiolo

Impresión:  
Gráfica Willian,  
c/Arzobispo Meriño No. 261  
Ciudad Colonial, Sto. Dgo. R. D.  
Tel.: (809) 682-1532  
Fax: (809) 686-7749  
*Impreso en República Dominicana*

**Los trabajos reproducidos  
en el presente boletín  
no representan  
necesariamente el criterio  
del Instituto Duartiano.**

**ÍNDICE**

Busto de Juan  
Pablo Duarte.  
Original de  
Abelardo  
Rodríguez  
Urdaneta.  
Colección:  
Ayuntamiento  
de Santo  
Domingo



<b>Liminar</b> .....	3
<b>Sociología Política Dominicana (1844-1853)</b> <i>Juan Isidro Jimenes-Grullón</i> .....	5
<b>El destino final de los trinitarios</b> <i>Rafael Chaljub Mejía</i> .....	55
<b>Duarte hombre práctico</b> <i>Pedro Troncoso Sánchez</i> .....	61
<b>Duarte Romántico</b> <i>Emilio Rodríguez Demorizi</i> .....	71
<b>Regreso de Duarte</b> <i>José Joaquín Pérez Saviñón</i> .....	91
<b>La Guerra de la Restauración y la Independencia Nacional</b> <i>José Joaquín Pérez Saviñón</i> .....	95
<b>Instituto Duartiano rescata al Patricio</b> <i>Ángela Peña</i> .....	99
<b>Necrología de Juan Pablo Duarte</b> <i>Andrés Salvador de Vizcarrondo</i> .....	105
<b>Duarte en Santiago</b> <i>Emilio Rodríguez Demorizi</i> .....	109
<b>Matías Ramón Mella</b> <i>Roberto Cassá</i> .....	127
<b>Juan Pablo Duarte. Exposición al Congreso 1894</b> <i>Emiliano Tejera</i> .....	151
<b>Necrología</b> .....	199

---

INSTITUTO DUARTIANO  
*Directiva 2013-2016*

---

**Dr. Mariano Lebrón Saviñón**

*Miembro Emeritus Ad Vitam  
Orden del Mérito Duartiano  
PRESIDENTE DE HONOR*

**Prof. José Joaquín Pérez Saviñón**

*Miembro Emeritus Ad Vitam  
Orden del Mérito Duartiano  
PRESIDENTE*

**Dr. Wilson Gómez Ramírez**

*Miembro Emeritus Ad Vitam  
VICEPRESIDENTE*

**Daniel Nicanor Pichardo Cruz**

*Miembro Emeritus Ad Vitam  
SECRETARIO GENERAL*

**José Piliá Moreno Duarte**

*TESORERO*

**Lic. Víctor César Zabala Sánchez**

*GOBERNADOR*

*VOCALES*

**Gral. Dr. Rafael L. Pérez y Pérez**

*Miembro Emeritus Ad Vitam*

**Dr. Julio Manuel Rodríguez Grullón**

*Miembro Emeritus Ad Vitam*

**Lic. Nelly García**

**Arq. Jacinto Pichardo Vicioso**

**Dr. Jorge Tena Reyes**

*Miembro Emeritus Ad Vitam*

**Cibeles Arias Almonte**

# *Liminar*



**E**n el presente año 2014 se cumple el 50° aniversario de la fundación del Instituto Duarteano, organismo encargado de “estudiar y difundir la personalidad, vida y obra de nuestro Padre Fundador, el inmortal Juan Pablo Duarte, así como enseñar y divulgar su pensamiento por todos los medios posibles, exaltar su memoria y recordar sus acciones patrióticas”.

El día 26 de enero del año 1964, en asamblea celebrada en el Ateneo Dominicano, con la presencia de los señores Dr. Julio Jaime Julia, Félix Ramón Valdez, Dr. Domingo Valdéz Bordas, Dr. Pedro Ramón Vásquez, Dr. Mariano Lebrón Saviñón, Dr. Antonio Frías Gálvez, Juan Padilla, licenciado Francisco Richiez Acevedo, Salvador G. Arneman, Luis N. Núñez Molina, Dr. Rodolfo Coiscou Weber, Dr. Abel Fernández Mejía, Donald Guerrero, Dr. Salvador Iglesias B., Dr. Jorge Tena Reyes y Dr. Antonio Fernández Spencer, quedó fundada e inaugurada esta organización patriótica, en la cual quedó electo como Presidente del mismo, el Dr. Enrique Patín Veloz, quien ejerció esas funciones desde el 1964 hasta el 1967.

A través de los 50 años de su existencia, el Instituto Duarteano ha tenido como presidentes a los señores Dr. Pedro Troncoso Sánchez (1968-1983), el Dr. Carlos Federico Pérez, (1983-1984), el Dr. Antonio Frías Gálvez (1984-1988), Prof. Manuel M. Miniño Marión Landais (1988-1995),

*el Prof. Carlos Acosta Piña (1995), el Ing. José Joaquín Hungría Morel (abril-agosto 1995), y el Prof. José Joaquín Pérez Saviñón (1995, quien continúa su fructífera labor hasta la actualidad).*

*Nos enorgullece haber cumplido a cabalidad la misión que nos encargaron nuestros miembros fundadores, la mayoría de ellos lamentablemente fallecidos. Aún sobreviven los hermanos duartianos: el Dr. Mariano Lebrón Saviñón, quien es nuestro Presidente de Honor ad-vitam; así como el Dr. Jorge Tena Reyes. Este último, en fecha martes 29 de abril del año en curso pronunció una enjundiosa conferencia titulada “Remembranzas de la fundación del Instituto Duarteano”.*

*Gracias a esta lucha tesonera y eficaz durante medio siglo, nuestro primer héroe nacional es reconocido y constantemente difundida su labor patriótica a través de treinta y tres (33) Centros Duarteanos que laboran en todo el territorio nacional, así como en veinticinco (25) Filiales que funcionan en diversos países.*

**DUARTE ES LA PATRIA**



## Sociología Política Dominicana (1844-1853)

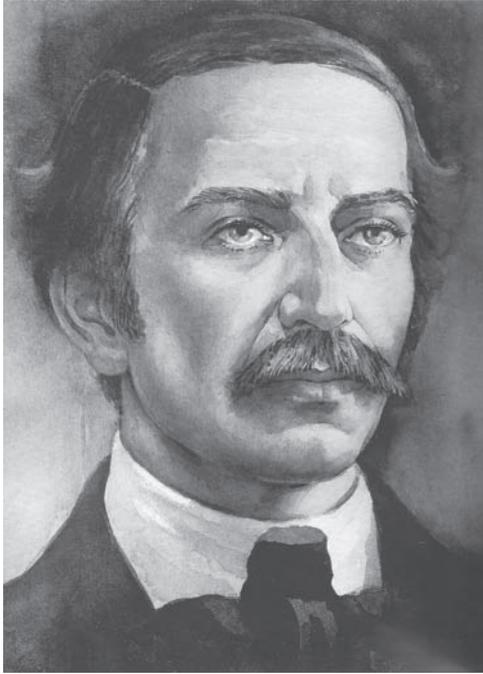
JUAN ISIDRO JIMENES-GRULLÓN\*

### CAPÍTULO I

*Antecedentes históricos de la realidad sociológico-política dominicana. Factores que propiciaron el nacimiento de la Primera República. Características de los conflictos y contradicciones durante los primeros meses de vida republicana. Rasgos de la Formación Social existente. La burguesía se adueña del poder. Posición y actuaciones del Cónsul francés E. de J. de St. Denys. Naturaleza político-ideológica de la contradicción burguesía-clase media. Razones que hicieron posible el dominio de Santana sobre el país, a raíz del triunfo definitivo de la burguesía. Falsas apreciaciones de la historiografía tradicional: Las realidades económicas explican los acontecimientos políticos estudiados. Expresiones del modo de producción capitalista y del modo de producción llamado “colonial”. Un denominador común: la compra de la fuerza de trabajo obrera. El mito del feudalismo latinoamericano. Influencia determinante del capitalismo europeo occidental y norteamericano sobre nuestro atraso global. Indiferencia del primer gobierno de Santana*

---

\* Médico, historiador, filósofo y político dominicano, exiliado antitrujillista. Fundador del partido político Alianza Social Demócrata. Autor de diversas obras de gran interés social e histórico.



Fuente: Acuarela por Bryan Woods, del Departamento de diseño de Thomas de la Rue. Presentada en el Banco Central, de la República Dominicana, 1983.

Juan Pablo Duarte Díez



Fuente: <http://www.dominicanaonline.org/>

Pedro Santana Familias



Fuente: Archivo General de la Nación

Buenaventura Báez

*frente a este atraso. Imposibilidad del surgimiento de un partidismo doctrinario. Partidismo y caudillismo. Caudillismo y carisma. Crítica a la concepción de Max Weber sobre la “autoridad carismática”. La etapa embrionaria del caudillismo y de su instrumentación partidista. La primera Constitución de la República: el artículo 210 da un mentís a su relativo liberalismo. Báez asoma como futuro rival de Santana, pero se inclina ante éste. Breve psicografía de ambos personajes. El anexionismo y el “proteccionismo” cobran primacía en las actuaciones del primer gobierno de Santana. Honrosa actitud de José Joaquín Puello frente a esta orientación política burguesa. Actuaciones proditorias de Santana ante las potencias europeas occidentales, y los Estados Unidos. Razones internacionales de su fracaso. Surge —con el apoyo de sectores burgueses y de la clase media— la oposición al régimen absolutista de Santana. Medidas antipopulares de este régimen arrastran a las masas obreras a simpatizar con el movimiento opositor. Acefalía de este movimiento. Las circunstancias llevan a Manuel Jimenes a asumir su liderato. Duarte no fundó un partido: fue sólo la cabeza de un movimiento de opinión de la clase media. Al crearse el Congreso, aparecen las bases institucionales del partidismo. Santana capitaliza el hecho para organizar, bajo su mando, el primer partido caudillista. Pero la oposición lo obliga a dimitir, y Jimenes lo substituye en la Presidencia. Somera psicografía de este último. Bajo su gobierno no nace un nuevo partido. Contradicciones de la política gubernamental: sus consecuencias. Invasión de Soulouque. Imposibilidad de una unidad nacional frente al hecho. Al obtener el*

*invasor algunos triunfos iniciales, el Congreso llama a Santana a fin de que comparta la dirección del Ejército con Duvergé. Actitud de Jimenes frente a esta medida congressional. Vigoroso, el “santanismo” resurge y se enfrenta al gobierno. Actuaciones de Báez al respecto. Viraje de la situación militar a favor de la República. Sublevación de Santana contra el gobierno. Capitulación de Jimenes. Veredicto histórico sobre las tres figuras. Báez sucede a Jimenes en la Presidencia. Se desvanece así la contradicción política “principal”. Persecución despiadada contra Jimenes. Báez actúa al principio como un títere de Santana. Persiste en la meta proteccionista o anexionista. Doloroso viraje de la clase media. Hábilmente, Báez procura captársela, al igual que a la clase obrera, mediante algunas medidas liberales. El éxito de esta política lo lleva a desprenderse, gradualmente, de la jerarquía de Santana. Al terminar su período, ya era un caudillo. Surge así una nueva contradicción inter-burguesa y, al mismo tiempo, el bi-partidismo caudillista. Cambios negativos en la superestructura ideológica: antiguos “trinitarios” y casi toda la clase media se incorporan a esta contradicción, reforzándola. Declinación del libro liberal-nacionalista .*

## 1844-1853

Es evidente que la Sociología Política de nuestra vida republicana encuentra sus raíces en el pasado colonial y en la dominación haitiana. Extinguido el indígena, la esclavitud africana lo suplantó como fuerza productiva y produjo importantes cambios demográficos que sirvieron de base biológica para el desarrollo ulterior de una cultura propia. Este desarrollo fue, pues, la obra de una lenta transculturación que reveló una dialéctica: con sus rasgos culturales, el africano influyó sobre el dominador hispánico, y a su vez éste gravitó —también con sus rasgos culturales— sobre el otro. Todo esto se fue desarrollando dentro de un marco geográfico insular en el cual sólo actuaron, como fuerzas externas las traídas por el filibusterismo y luego, por la fijación de los franceses en la zona occidental. De todos modos, puede afirmarse que hasta la dominación haitiana —que suprimió para siempre la esclavitud— existieron en el país tres tipos de cultura: el que representaba lo genuinamente hispánico; el del mestizo esclavo o libre, cuyas actuaciones eran las que más evidenciaban la transculturación; y el del esclavo negro, que adoptó la lengua del dominador sin hacer tabla rasa de muchas de sus viejas expresiones culturales.

La dominación haitiana originó cambios en ese panorama. Simultáneamente con la abolición de la esclavitud, el nuevo poder político impuso nuevas instituciones. La clase dominante oriental, integrada fundamentalmente por peninsulares y criollos blancos, se sintió amenazada. Temió perder, a la postre, sus privilegios y bienes. Pero dándose cuenta de que no había posibilidades para una insurrección

triumfal, se decidió a cooperar con el gobierno foráneo. Después de algunas vacilaciones y sintiéndose lesionado, el clero católico —que era el factor de difusión más importante de la ideología colonial— también decidió cooperar...

Pero Haití cometió el grave error de querer imponer coactivamente su cultura en los precisos momentos en que la abolición de la esclavitud había estimulado el proceso de transculturación, y simultáneamente, la creciente desaparición del prejuicio racial en nuestro país. Es obvio que esto

último implicó un paso importante hacia la integración social. Además, la abolición de la esclavitud significó un avance tanto en lo concerniente a los modos de producción como a la configuración clasista. Pero en el campo de la superestructura ideológica, la dominación haitiana apenas pudo atenuar la enajenación de que eran víctimas las clases inferiores por la ideología de la burguesía peninsular o criolla.

Todo lo recién expuesto influyó —junto a otros motivos— en facilitar el trabajo de “La Trinitaria”, y el nacimiento ulterior de la Primera República. A pesar de que el movimiento surgió de la clase media, en gran parte ganada por la prédica del ideario liberal y nacionalista del Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte, el factor que decidió el triunfo fue el vuelco que la burguesía dio hacia



**...en el  
campo de la  
superestructura  
ideológica, la  
dominación  
haitiana apenas  
pudo atenuar  
la enajenación  
de que eran  
víctimas  
las clases  
inferiores...**



el “separatismo” con el velado propósito de restaurar el coloniaje. Como este propósito chocaba con el ideario duartiano, dicha Primera República reveló, desde sus inicios, oposiciones y conflictos, a los cuales nos referiremos luego. Claro está: fue imprescindible darle una armazón jurídica y, para el efecto, importó los principios y normas de la democracia representativa. Pero como ésta era una doctrina política extraña, cuyas instituciones reñían con nuestra realidad sociológica, su aplicación no demoró en ofrecer múltiples pruebas de su inadaptabilidad. Pese a ello, a su sombra surgieron, con rasgos propios, los primeros partidos políticos. El fenómeno fue relativamente tardío, y al igual que en los demás países donde la democracia representativa constituyó la base jurídica e institucional, tuvo un origen “electoral y parlamentario”.<sup>1</sup>

Volveremos sobre este punto... Antes es imprescindible señalar que el Estado fue entonces —como siempre lo ha sido— un “órgano de dominación de clase, el órgano de opresión de una clase por otra”<sup>2</sup> y dicha dominación y opresión fue legalizada por la Primera Constitución de la República: reflejó ésta, en términos generales, la ideología dominante dentro de la Formación Social existente. A su vez, tal Formación Social reveló la presencia de dos modos de producción y de la configuración de clases sociales correspondiente. Uno de estos modos de producción —el capitalista— asomó como el dominante; y el otro, llamado por muchos “colonial”, fue el dominado.

Por otro lado, al surgir la Primera República, la burguesía fue la clase social que asumió el poder. Urgida de organizar jurídicamente el Estado, convocó a una Asamblea Constituyente, la cual elaboró la mencionada

Constitución. El documento careció de originalidad: se inspiró en la Constitución norteamericana y la Constitución de Cádiz del 1812;<sup>3</sup> recogió, por tanto, principios e instituciones que traducían el auge del liberalismo en la Europa occidental y en los Estados Unidos. Estableció así la división de poderes y la igualdad ante la ley; consagró —como ya se ha dado a entender— la abolición de la esclavitud; pero —reverso de la medalla— circunscribió el derecho al voto a los miembros de la burguesía y de algunos sectores de la clase media, con lo cual legalizó, indirectamente, el modo de producción capitalista como modo de producción dominante.<sup>4</sup> Es más: mediante el Art. 210, dio un mentís —al poner transitoriamente todo el mando en manos del Presidente de la República— al relativo liberalismo que sustentaba.

Por cierto, desde mucho antes de advenir la Independencia, surgió una peculiar contradicción entre la burguesía y los sectores casi exclusivamente urbanos de la clase media. Mucho más que económica, esta contradicción tenía una raíz ideológica: respondiendo al llamado de “La Trinitaria”, dichos sectores abogaban por la tesis independentista, mientras la burguesía mantenía su solidaridad con el gobierno haitiano. Fue en los finales del 1843 cuando esta última dio el vuelco ya referido. Advino así la unidad de ambas clases; pero era una unidad que no respondía a las respectivas metas: se sustentaba exclusivamente en el propósito de abolir la dominación haitiana. Ello hace ver que la contradicción persistió, pese a que aparecía encubierta por dicho propósito. Más aún: tan pronto Pedro Santana —que era un rico hacendado oriental dedicado fundamentalmente al corte y la exportación de

maderas preciosas— se convirtió en la cabeza de la Junta Central Gubernativa, brotó de nuevo a la luz. Pero el hecho de que Tomás Bobadilla, intelectual burgués de relieve, actuara como Jefe Supremo<sup>5</sup> de la gesta del 27 de febrero, anunciaba ya el rebrote.

Las mejores pruebas de este rebrote las ofrece el Cónsul francés en Santo Domingo, Sr. E. de Juchereaux de St. Denys, en su correspondencia al Ministro de Asuntos Extranjeros de Francia, Sr. Guizot. Dicho Cónsul, que fue el mediador—cuando se produjo la aludida gesta— entre las fuerzas insurrectas y el Comandante haitiano

de la plaza, General Desgrotte, escribió al citado Ministro diciéndole que en el curso de una visita que le hizo el 8 de marzo el Presidente de la Junta Central Gubernativa entonces, que era dicho Sr. Bobadilla, éste insistió en la necesidad en que se encontraba la nueva República de obtener el protectorado francés, agregando que, terminada la visita, el dirigente citado le envió, en la noche de ese mismo día, el acuerdo al respecto a que había llegado el organismo bajo su Presidencia.<sup>6</sup> Refiere, además, que tan pronto Santana entró a Santo Domingo con sus tropas de *seybanos*, lo fue a ver y “se puso a la disposición de Francia, al igual que todos los que obedecían sus órdenes”.<sup>7</sup> Es más: afirma que los miembros de la Junta que “*hasta entonces habían sido*

---

**...tan pronto  
Santana  
entró a Santo  
Domingo con  
sus tropas de  
seybanos, lo  
fue a ver y  
“se puso a la  
disposición  
de Francia,  
al igual que  
todos los que  
obedecían sus  
órdenes”.**

---

*más hostiles a la Francia, son hoy quienes promueven con mayor ardor esta demostración pública de simpatía hacia ella... Sin consultármelo oficialmente, la Junta me ha hecho saber, a través de comunicaciones confidenciales de algunos de sus miembros, que al menor fracaso, los dominicanos estaban firmemente decididos a enarbolar nuestro pabellón. Estas son también las intenciones del General en Jefe, Pedro Santana”.*<sup>8</sup> Los afanes colonialistas de la burguesía eran, pues, evidentes, aun cuando por el momento aparecían más bien circunscritos a la tesis del Protectorado.

Tales afanes chocaron con la firme voluntad de Duarte, miembro de una familia burguesa que había descendido, acosada por la persecución, al nivel de la clase media, y quien aspiraba a la obtención de la independencia plena, sin la menor subordinación a una potencia extranjera. La contradicción hizo crisis el 9 de junio, día en que Duarte “decidió limpiar la Junta Gubernativa de elementos ‘conservadores’. Se reunió, para el efecto, en la Fortaleza Ozama, con aquéllos que consideraba fieles a su ideario, y ayudado por el General Puello, mandó al Capitán Rodríguez a hacer presos a Bobadilla, Báez, Manuel Joaquín Delmonte y otros”.<sup>9</sup> Pero el propósito se frustró: con la cooperación de las tropas que lo seguían, Santana se impuso estableciendo un gobierno burgués de tipo absolutista. Duarte y sus compañeros fueron luego expulsados del país, y la clase media se inclinó, momentáneamente, ante los hechos consumados.

Estos hechos demostraban que la contradicción aparecía ubicada en la “región” política de la ideología. Revelaban, además, la existencia de una lucha de clases hartamente peculiar, pues no era una expresión del antagonismo militante entre la

burguesía y la clase obrera, para cuya aparición no existían aún las condiciones imprescindibles. Ahora bien: ¿cómo se explica que las tropas seybanas siguieran ciegamente a Santana? La explicación la brinda uno de los rasgos propios del modo de producción “colonial”: el patriarcalismo. Pero no vamos a insistir ahora en el punto, al cual dedicaremos —a lo largo de la obra— muchos párrafos. Colocándonos en el momento estudiado, es de mayor importancia responder a la siguiente pregunta: ¿qué posibilitó la extensión del dominio de Santana a todo el país, después de haberse impuesto en la capital? Antes de responder a esta interrogante, conviene recordar que Mella había realizado en el Cibao una intensa campaña a favor de la candidatura presidencial de Duarte y que entre el Cibao —o sea la zona norteña— y el Sur, las comunicaciones eran escasas. Pero estas realidades, que indudablemente desfavorecían a Santana, se hallaban compensadas por el hecho de que este último aparecía ante la comunidad cibaena con el prestigio del héroe militar victorioso. Duarte, en cambio, carecía de este prestigio.

Había algo más... El aludido prestigio de Santana donde alcanzó su mayor difusión y arrastre fue con toda probabilidad en el improvisado ejército de la zona, cargado de laureles con motivo de la batalla del 30 de marzo, pero cuyo jefe supremo, José María Imbert, y gran parte de su oficialidad eran de origen francés, y veían con simpatía las gestiones encaminadas por Santana y sus áulicos más destacados con el fin de obtener el protectorado de Francia. Todas estas realidades responden a la interrogante. La aureola militar primó sobre el renombre de un civilista inmaculado a quien la patria debió su génesis. Claro está: la inmensa

mayoría de los que contribuyeron al hecho ignoraban las gestiones proditorias de Santana y su camarilla. Se trataba, en efecto, de actividades casi secretas que se realizaban en el nivel más alto y que respondían a un deliberado propósito de la clase dominante. Para el logro de este propósito dicha clase consideró, con razón, que el camino a seguir era apoyar a Santana; y este apoyo encontró la solidaridad de las masas populares, arrastradas entonces por la fama del héroe. Aun en el seno de la clase media —ignorante también, en su mayor parte, de aquellas actividades— se produjo transitoriamente este arrastre, fenómeno de una psicología colectiva propio de una Formación Social atrasada. Santana devino así la figura central de la superestructura político-jurídica. Y no pasaría mucho tiempo sin que lo que aún quedaba de la contradicción entre la burguesía y la clase media desapareciera...

Al referirse a esta contradicción, la historiografía tradicional da a entender que fue una pugna entre dos corrientes: una “conservadora”, y la otra “liberal”. Pero no hace la menor mención de las bases clasistas del hecho. Hay textos que llegan a sostener que hubo entonces dos partidos que respondieron, respectivamente, a dichas orientaciones. Es necesario señalar que ambas tesis son casi totalmente erróneas. ¿Qué es el conservadurismo? La tendencia que aspira a la conservación de lo existente. ¿Aspiraban a esto los calificados por dicha historiografía como “conservadores”? No. Tal como se ha dicho, su meta sustantiva era restablecer el régimen colonial. Lo que pretendían era, pues, dar un salto hacia atrás en la historia, razón por la cual el calificativo que

les corresponde es el de “reaccionarios”. En cuanto a los llamados “liberales” la gran mayoría de ellos tenían una vaga intuición del significado del término. Indudablemente, sentían hostilidad hacia los gobiernos de fuerza, pero a lo que más obedecían era al sentimiento nacionalista. Este sentimiento aparecía racionalizado: respondía al concepto de que en el país existían las bases económicas y culturales imprescindibles para la existencia de una

nación libre e independiente. Insistimos en que en esos tiempos, los reaccionarios, los colonialistas, pertenecían a la burguesía; y la mayor parte de los nacionalistas —cuyo liberalismo aparecía casi circunscrito a afanes democráticos y republicanos— a la clase media. Pero no puede sorprender que la historiografía tradicional calle el hecho: es estrictamente narrativa y silencia la raíz sociológica de los acontecimientos.

Falsa es también la afirmación que ella hace sobre la existencia de dos partidos políticos entonces, defensores, respectivamente, del liberalismo y el conservadurismo. No podían existir porque, como se ha expuesto, el partidismo tuvo dondequiera un origen “electoral y parlamentario” y en esa época la organización jurídica de la República se hallaba aún en plena etapa embrionaria. Fue, en efecto, el 6 de noviembre —o sea casi diez meses después de la gesta del 27 de febrero— cuando Santana,



**Insistimos en que en esos tiempos, los reaccionarios, los colonialistas, pertenecían a la burguesía; y la mayor parte de los nacionalistas a la clase media.**



actuando como Jefe Supremo de la República, promulgó la primera Constitución; y un mes después convocó las Asambleas Primarias. Puesto que durante todos esos meses la República careció de una base jurídica, era evidente que el partidismo no podía existir. Lo que existía eran “tendencias de opiniones..., asociaciones de pensamiento..., pero no partidos”.<sup>10</sup> Estos surgieron más tarde, y dadas las características de nuestra Formación Social, constituyeron variantes del partidismo norteamericano y de algunos países europeos. No podía esperarse que acusaran orientaciones doctrinarias nacidas de los intereses de las diversas clases sociales. Pese a que el capitalismo era el modo de producción dominante, no había surgido aún una polarización de fuerzas entre la clase obrera y la burguesía. Esta última arrastraba por lo común a la otra, que apenas respondía a un instinto de clase; y en lo que respecta a la clase media, su naturaleza vacilante la impulsó —salvo raras excepciones— a vincularse momentáneamente a la burguesía, tan pronto Santana, haciendo uso de los métodos más abominables, se consolidó en el poder. A la postre, y desaparecida ya la contradicción a que hemos venido haciendo referencia, surgió el partidismo caudillista, que al poco tiempo se bifurcó. Pero diferenciándose de la naturaleza clasista y político-ideológica de la contradicción anterior, la bifurcación sólo tradujo



General Pedro Santana

<http://loobi8.blogspot.com/2013/02/2012-museo-de-las-casas-reales-santo.html>

una contradicción inter-burguesa a cuyo desarrollo contribuyeron todas las clases después de una etapa en la cual dicha contradicción se fue gestando.

La realidad económica explicaba estos hechos. Es imprescindible, por tanto, detenernos en ella.

¿Cómo se manifestaba el modo de producción capitalista? Fundamentalmente, a través de una producción manufacturera de base agraria, cuyo objetivo esencial era la exportación. Se producía, por tanto, para el mercado exterior, principalmente. Desde hacía tiempo, el dinero se había ya convertido en capital y la mercancía se había generalizado como valor de cambio. Pero la industria, reducidísima, aparecía casi circunscrita a la elaboración del azúcar, cuya producción no era suficiente para cubrir las necesidades del mercado interno.<sup>11</sup> Por otro lado, las exportaciones permitían acumular capitales y la división del trabajo propia de la manufactura se manifestaba sobre todo en el proceso de preparación del tabaco y de las pieles, el labrado de maderas preciosas y la fabricación de muebles, sombreros y diversos artículos de cuero. Tal como lo afirma Marx, esta “división manufacturera del trabajo” fue gradualmente produciendo “la concentración de los medios de producción en (las) manos”<sup>12</sup> de unos pocos capitalistas. Pero contrariamente a lo que sucedió en la Europa occidental en la primera mitad del siglo XIX, los terratenientes no constituían una clase social independiente: eran miembros de la burguesía que producían para el mercado mundial directamente o a través de intermediarios dedicados al comercio de exportación e importación. Además, el régimen salarial se hallaba en vigencia.

Adentrándonos ahora en el modo de producción llamado “colonial” lo primero que se comprueba es que aparecía casi circunscrito a los campos, y que sus rasgos ofrecían una mezcla de manifestaciones capitalistas y pre-capitalistas. Las más importantes de estas últimas eran la aparcería y el patriarcalismo. Pero junto a ellas se hallaba la siguiente: la posesión transitoria por parte del obrero de un pequeño pedazo de tierra que el hacendado le prestaba y donde dicho obrero cultivaba determinados productos agrícolas que ayudaban a la subsistencia familiar. Era frecuente, además, que el hacendado autorizara al obrero a levantar en ese pedazo de tierra una vivienda de yaguas o de madera. Por último, el salario que recibían los trabajadores era de tal modo ínfimo, que constantemente se veían en la necesidad de recurrir al patrón para que le resolviera determinados problemas, lo que a las claras implicaba una relación de vasallaje.

En suma: el rasgo capitalista fundamental de este modo de producción era el salario: casi todos los demás pertenecían al pre-capitalismo.

Pero había numerosas variantes, lo que demostraba que la clase obrera, si bien vendía su fuerza de trabajo, no constituía un todo homogéneo. El obrero urbano y el obrero rural azucarero vivían casi exclusivamente del salario miserable que percibían. En cambio, los dedicados al corte de maderas y a las faenas agrícolas o pecuarias constituían la fuerza productiva característica del modo de producción “colonial”. Insistiendo en este punto es imprescindible señalar que el patriarcalismo era un rasgo precapitalista alrededor del cual giraban las expresiones de la relación de vasallaje, ya mencionada.

Al prestarles reducidos lotes de tierra a sus obreros y favorecerlos con algunas donaciones el hacendado los inducía a que vieran en él a un benefactor. En el caso del obrero pecuario, esta visión aparecía reforzada por el hecho de que al sacrificar reses para vender las pieles, era norma del terrateniente donar la carne a sus obreros, pues la lejanía de los mercados imposibilitaba que ésta llegara en buenas condiciones. En la producción —bien lo señaló Marx, “ciertos rasgos se manifiestan en todas las épocas. Pero otros son comunes a algunas épocas solamente. Tal rasgo se encuentra a la vez en la época más moderna y la más antigua... Es, pues, indispensable desprender bien los rasgos comunes de toda producción, aun cuando sólo fuese para evitar que la unidad resultante del simple hecho de la identidad del sujeto —la humanidad— y del objeto —la naturaleza— no haga olvidar las diferencias fundamentales”.<sup>13</sup> En el caso específico a que nos referimos, el rasgo común era el salario. Todos los demás eran, en términos generales, diferentes. Y como el modo de producción “colonial” reposaba —al igual que el capitalista— en el salario —o sea la realización de la plusvalía— y la actividad productiva de dicho modo de producción aparecía subordinada a las demás manifestaciones —ya expuestas— del capitalismo, se explica que el modo de producción capitalista fuera el dominante.

Es indudable que las relaciones de producción propias del modo de producción “colonial” acusaban ciertas similitudes con las relaciones de producción feudales europeas. Pero la presencia de estas similitudes de ningún modo permite sostener que el referido modo de producción se identifica con el feudal europeo, y mucho

menos con el feudal asiático. Estos últimos nacieron de determinadas condiciones históricas, diferentes de las que ofreció nuestro país, desde su conquista y colonización hasta el momento que estudiamos. Aun aceptando que el concepto emitido por A. Gunder Frank —y que él extiende a toda nuestra América— en su notable ensayo *El Mito del Feudalismo*<sup>14</sup> es unilateral, ya que desemboca en la conclusión de la existencia exclusiva del modo de producción capitalista en nuestro Continente, en virtud de su sujeción, en función de satélite, al mercado mundial, es de toda evidencia que el feudalismo europeo o asiático se expresó en una totalidad económica, político-jurídica e ideológica dentro de marcos geográficos cerrados, y que los más puros rasgos de esta totalidad nunca estuvieron presentes en nuestra América, y mucho menos en los países como el nuestro, donde durante siglos la fuerza productiva básica la brindó el esclavo.

Podría afirmarse que el atraso global existente cuando surgió la Primera República se debió, fundamentalmente, a la extensión que tenía la “región” religiosa dentro de la ideología dominante y a la terrible influencia de esta ideología —como factor enajenador— sobre la comunidad y, especialmente, sobre las masas populares. Esta afirmación serviría de base para sostener que habiendo tenido el atraso del Medioevo feudal europeo en gran parte el mismo origen, también en los países de América Latina hubo feudalismo. Pero tal conclusión delataría una falacia, dada la enorme diferencia de circunstancias históricas correspondientes a cada caso. Ciertamente es que la ideología dominante en nuestra América acusó durante siglos, la aludida extensión de la “región” religiosa y que ello contribuyó sobremanera al

mencionado atraso. Pero la auténtica raíz de este atraso y sobre todo de que no adviniera un cambio al triunfar las guerras de emancipación se halla en la conversión de nuestros países en naciones satélites del capitalismo inglés, y luego del imperialismo norteamericano. Con el apoyo de las clases dominantes criollas, el uno y el otro se interesaron en mantenernos como centros proveedores de materias primas, en base a la permanencia de las viejas estructuras. En suma: nuestros países obtuvieron la independencia política, pero persistió el estancamiento cultural y económico propio de la Colonia.

Entre nosotros, la Primera República se encontró frente a esas realidades. Y nada hizo el gobierno de Santana con el fin de superarlas. Basta, para convencerse de ello, lanzar una ojeada sobre la Ley de Gastos Públicos que votó a mediados del 1845: la suma de egresos ascendía a \$1,179,889, y mientras el Capítulo correspondiente a la Instrucción Pública consignaba sólo \$2,720, ninguna cifra aparecía dedicada a la agricultura y la industria. En cambio, al Departamento de Guerra y Marina se le destinó un millón de pesos, o sea más del 80% del presupuesto total. El Ejército asomó, pues, desde entonces, como una superestructura privilegiada, funcionalmente dividida en dos vertientes: la de la defensa nacional y la del apoyo irrestricto al régimen imperante.

Todo esto revelaba, evidentemente, un afán de dar permanencia al subdesarrollo. En cuanto a la extensión del analfabetismo no hay datos concretos; pero es bien presumible que alcanzaba el 95% de la población infantil, adolescente y adulta de la clase media y la clase obrera.

Por otra parte, tanto desde el punto de vista demográfico —que evidentemente cubre la repartición poblacional por zonas— como del tipo de producción, la primera República se encontró frente a las siguientes realidades: la mayor parte de sus habitantes se hallaba en la zona norteña —o cibaëña— y su producción fundamental era el tabaco, con fines de exportación; pero dentro de esta zona había una sub-zona, económicamente dependiente tanto de ella como de Haití:

la región noroestana o de “La Línea”, dedicada entonces —casi con exclusividad— a la crianza del ganado caprino o bovino. En toda la citada zona, la propiedad agraria —que a menudo se confundía con la posesión de determinados terrenos comuneros— aparecía bastante dividida, razón por la cual los grandes latifundios eran escasos. La población era, además, eminentemente rural, y el elevado número de medianos y pequeños propietarios, unido al de simples “poseedores” de tierras, tradujo la existencia de una amplia clase media campesina, sobre la cual gravitaba el poder político, económico y social de los pocos latifundistas. En el Sur, la situación era distinta, pese a que también la región occidental constituía en gran parte una sub-zona, se dedicaba sobre todo a cultivos agrícolas de subsistencia, o de venta en el reducido mercado interno. En cambio, en la parte oriental se desarrolló con amplitud la ganadería bovina, cuya finalidad básica

◆

**En el Sur dedicada sobre todo a cultivos agrícolas de subsistencia. En la parte oriental se desarrolló la ganadería bovina, cuya finalidad básica era la exportación de cueros.**

◆

era la exportación de cueros; y tanto en ella como en la central, la mayor fuente de ingresos era la exportación de maderas preciosas. Toda esta zona —de población también eminentemente rural— se encontraba mucho menos habitada que la del norte, y tanto el desarrollo de la ganadería como el negocio maderero reposaban en la existencia de grandes latifundios. La clase media rural era allí escasa, mientras la clase obrera era numerosa: superaba con creces la cifra de la existente en la zona norteña. En suma: el norte era entonces —con la excepción de la sub-zona occidental— tabacalero; el sur, en cambio, maderero y ganadero. La minería, base del desarrollo de la “hacienda” mexicana o peruana, brillaba por su ausencia.

Fue dentro de la Formación Social cuyos rasgos básicos hemos expuesto que se desarrolló —desde los finales de la primera administración de Santana— la variante del partidismo político de la Primera República. Naturalmente, dados esos rasgos, no podía esperarse que dicho partidismo reflejara la lucha de clases propia de los países capitalistas desarrollados, y acusara, por tanto, un carácter doctrinario. Más aún: la gravitación de la ideología dominante y la ignorancia que pesaba sobre la clase obrera —ayudadas por el patriarcalismo de muchos grandes terratenientes— frenaban el desarrollo del instinto de clase en los trabajadores. Ya se ha dicho que este instinto existía, pero apenas podía manifestarse. Por otra parte, superada la contradicción político-ideológica inicial entre la burguesía y la clase media, esta última, cuyos componentes por lo común respondían a una mentalidad aburguesada, se lanzó a la lucha política partidista, impulsada por un afán de mejoramiento económico. El

fenómeno apenas acusó excepciones.<sup>15</sup> Claro está: como en toda sociedad dominada por la burguesía la actividad política genera ambiciones de poder, y en los países subdesarrollados el logro de estas ambiciones no puede nunca ser alcanzado por la totalidad de dicha clase, no demoraron en presentarse divergencias políticas —reveladoras de una contradicción no antagonica— en el seno de ella.

Más aún: al no permitir la Formación Social un partidismo doctrinario, los partidos giraron alrededor de dos figuras que ya se habían destacado en la actuación política y poseían las condiciones psíquicas del caudillo, entre las cuales sobresale cierto magnetismo personal que denominamos “carisma”. Pero advertimos que la denominación no tiene en absoluto la fundamentación teórica que Max Weber da al término. Para éste, lo carismático constituye la base de un “tipo-ideal” de autoridad, que contrasta con los llamados por él “tradicional” y “racional-legal”. Se trata de una fundamentación estrictamente subjetiva, vinculada a la categoría de lo “sacro”, la cual llevó a Durkheim a apreciaciones quiméricas en la que lo social aparece a menudo en dependencia de fuerzas ignotas, que se hallan más allá de nuestra realidad cósmica. Ciertamente es que Weber no llegó tan lejos. Se esforzó en vincular el carisma con determinadas comunidades, sosteniendo que constituía la esencia de su sistema de autoridad. Además, para él, el dirigente carismático era un revolucionario llamado a producir cambios en toda sociedad dominada por la tradición; y los factores económicos no incidían en su origen y autoridad. Impulsado por esta concepción arbitraria y casi mística, no tuvo reparos en afirmar que allí donde aparece una figura carismática que domina a la sociedad, el carisma se transfiere a sus

herederos, a través de un proceso de “tradicionalización”. Evidentemente, no podemos solidarizarnos con tales fantasías, derivadas de la teoría idealista de los valores y que pretenden armonizar lo real con lo estrictamente abstracto, partiendo de la independencia y primacía de este último. Para nosotros, cuando existen líderes carismáticos que luchan por imponer su autoridad es porque la Formación social donde actúan —y especialmente los rasgos económicos de sus contenidos— determinan esta existencia.

Tal determinación apareció bien temprano entre nosotros. No hay caudillo sin carisma, y es indudable que Santana lo poseía. Fue nuestro primer caudillo. Pero al cabo de pocos años, Buenaventura Báez, hombre hábil, inescrupuloso, de inteligencia brillante y poseedor también de carisma, se fue perfilando como rival del otro. Y de ello brotó, al cabo de poco tiempo, la primera manifestación del bi-partidismo caudillista.

Puesto que ambos eran grandes terratenientes y exportadores de maderas, el hecho delató la mencionada contradicción inter-burguesa. Pero ésta fue la culminación de todo un proceso sobre el cual es preciso hacer hincapié.

El asomo inicial de este proceso se produjo mientras se celebraba el Congreso Constituyente en 1844. Habiendo sido electo Diputado, Báez asumió el liderato de la oposición a la política de Santana tendiente a

◆

**Buenaventura  
Báez, hombre  
hábil,  
inescrupuloso,  
de inteligencia  
brillante y  
poseedor  
también de  
carisma, se fue  
perfilando como  
rival del otro.**

◆

imponer su voluntad sobre los miembros de la Asamblea. Para entonces, el movimiento nacionalista se hallaba duramente golpeado, y la figura más experimentada de la intelectualidad política burguesa —que era Tomás Bobadilla—, se había convertido en el máximo asesor de Santana, quien fue nombrado por el citado Congreso, casi al dar por terminados sus trabajos, Primer Presidente de la República. En la sesión inaugural de dicho Cuerpo Constituyente, Bobadilla, actuando como representante de la Junta Central Gubernativa, pronunció un discurso en el cual calificó a Duarte de *“joven inexperto..., que lejos de haber servido a su país, jamás ha hecho otra cosa que comprometer su seguridad y las libertades públicas”*, y al referirse a Santana lo presentó como el hombre que *“reúne al valor de la actividad, las afecciones del Ejército, y que (siendo) la esperanza de la Patria, fue proclamado Jefe Supremo Militar (y) Presidente de la Junta Central Gubernativa, que reorganizó de un modo conveniente”*.<sup>16</sup> ¡Tales palabras pintaban de cuerpo entero al hombre que las pronunció!

A la postre, Santana impuso sus designios... Sirviéndose de la amenaza y la coacción, forzó al citado Congreso a incluir el ya mencionado Artículo 210 en la Carta Sustantiva.<sup>17</sup> A la sombra de este artículo, el carácter absolutista del régimen existente quedó legalizado, y Báez comprendió que le convenía frenar momentáneamente sus ocultas ambiciones y colocarse al servicio de dicho régimen, en la seguridad de que se le presentaría la oportunidad de actuar luego por sí solo. ¡No se equivocó! Se dio cuenta de que las circunstancias no habían madurado lo suficiente para dar libre curso a sus ansias de mando supremo.

Es necesario señalar que existía entre él y Santana, en el campo intelectual, una radical diferencia. Báez era un hombre que unía a un talento penetrante y rico, una sólida preparación teórica obtenida en Europa. De Santana, en cambio, no puede decirse que fue un hombre de capacidad intelectual sobresaliente: respondía a una inteligencia común, que no pudo cultivar, y cuya única manifestación relevante era tal vez la intuición en la estrategia militar. Rufino Martínez está en lo cierto cuando afirma que “poseía una inteligencia sin complicaciones, que sabe ver el sentido práctico de las cosas... (y) la astucia del hombre de la tierra”.<sup>18</sup> Tales diferencias psíquicas, tanto congénitas como de formación, iban acompañadas, en Santana, de una notoria soberbia, de un desprecio hacia los intelectuales —que no demoró en manifestarse, como lo probó su temprana ruptura con Bobadilla—, y de los rasgos típicos del mandón primitivo; y en Báez, de una subordinación de la afectividad a los planes que urdía para alcanzar sus propósitos. Además, mientras en Santana la actuación reveló en ocasiones ciertos recatos que obedecían a la moral burguesa de la época, Báez demostró ser un perfecto amoral cuyas ejecutorias bien hubieran podido servir de ejemplo a los *gangsters* contemporáneos. Tales diferencias giraban, sin embargo, alrededor de varios comunes denominadores, entre los cuales los más importantes eran la inclinación hacia el absolutismo, el recurso al crimen político, y la meta anexionista de sus respectivas actividades.

Esta meta ofreció múltiples expresiones durante el primer gobierno de Santana. Al perder éste la esperanza de obtener de Francia el protectorado o la anexión, fijó los ojos en España y, para el efecto, se puso en contacto,

a través de Báez, con el Capitán General de Puerto Rico, Conde de Mirasol, a quien utilizó como intermediario entre su gobierno y el de Madrid que, complacido con la proposición, acordó indagar cuál sería la actitud de los gobiernos de Inglaterra y Francia, en el caso de que fuera aceptada y entrara en vías de ejecución. Al ser favorable a Madrid la respuesta de estos gobiernos, la monarquía española resolvió enviar —como paso inicial para la viabilización del mencionado propósito— una flota integrada por seis buques de guerra; pero al llegar éstos a la capital de la República, Santana encontró una firme y candente oposición por parte del Gral. José Joaquín Puello, a la sazón Ministro de lo Interior y Policía y quien —como buen miembro de la clase media— alentaba el ideario nacionalista. A esta oposición se unió la de casi toda la clase media y la clase obrera capitaleñas, y el hecho obligó a Santana a renunciar momentáneamente a dicho propósito.

Todos estos sucesos coincidieron con las gestiones que en nombre del gobierno dominicano hacía en Washington un destacado miembro de la burguesía criolla: el Dr. José M. Caminero. Tendían estas gestiones a obtener el reconocimiento de la recién nacida República, por parte de los Estados Unidos, así como pertrechos y moneda fraccionaria acuñada. Para entonces, gobernaba allí John Tyler, y toda la nación se hallaba sacudida por la fiebre expansionista. La República de Texas estaba al borde de ser incorporada a la Unión, agregando así una nueva estrella a la bandera, y se hacían rápidos preparativos para la guerra con México, que fue desatada por el sucesor de Tyler, James K. Polk, en el 1846. La fiebre expansionista tenía, pues, su centro de irradiación en el propio Washington, y

bajo la administración de dicho Señor Polk, aparecieron tres nuevas manifestaciones de esta fiebre: “una, el inicio de las gestiones para la adquisición de Cuba; otra, la adición a la doctrina de Monroe del llamado ‘corolario de Polk’, que limita el derecho de libre determinación de los países de América; tercera, el comienzo de una activa política en la América Central y Colombia, dirigida a asegurar la posesión de las vías inter-oceánicas de Nicaragua y Panamá”.<sup>19</sup> Tales manifestaciones eran, evidentemente, la culminación de todo un proceso al cual Tyler había contribuido. Ello explica que el gobierno norteamericano, tan pronto se enteró de los pasos dados por Santana a fin de obtener la anexión del país a España, decidió enviar a la capital dominicana a un Agente Comercial cuyas funciones tenían más bien un carácter diplomático, y no reconocer a la nueva República —que era una presa fácil de captar en el porvenir— “antes de tener la seguridad del fracaso de las tentativas de Santana de obtener un protectorado de alguna potencia europea”.<sup>20</sup> En consecuencia, el propósito fundamental de la misión de Caminero se frustró; pero deseoso Washington de atar a su carro la nueva República, mediante un compromiso económico, accedió a las otras solicitudes del enviado de Santana, es decir, a la demanda de pertrechos y de acuñación de monedas.

¿Qué impulsó a Inglaterra y a Francia a inclinarse ante la proyectada anexión a España? Indudablemente, su oposición —mucho más decidida y firme en el caso de la primera— al monroísmo. Es poco probable que Santana y sus colaboradores de entonces tuvieran suficiente capacidad política para captar este motivo. Es más: lo que a ellos interesaba era el hecho en sí de la aceptación de su

propósito, por parte de cualquiera de aquellas potencias. Pero aun cuando este hecho no se hubiera producido, puede afirmarse que el caudillo habría seguido manteniendo su postura anexionista, ya que alrededor de ésta giraban todas sus actuaciones políticas. Siendo ello así, es comprensible que los fracasos expuestos —o sea la negativa de Washington a reconocer la República y los resultados contraproducentes de la visita de la flota española— no lo hicieran desistir de la proditoria meta. En efecto, obediendo a ésta, el brutal y despiadado mandón envió a Europa una comisión integrada por Báez, Juan Esteban Aybar y José María Medrano —miembros destacados de la clase dominante— “con amplios poderes para solicitar el reconocimiento de la independencia de la República y hacer tratados de amistad, comercio y navegación”,<sup>21</sup> preferencialmente con España, y en el caso de que ésta se negara, con Francia e Inglaterra. Pero además de estas finalidades —que se hicieron públicas—, la delegación llevaba una secreta: obtener de España el protectorado, después de haber ésta impartido el reconocimiento.

Les fue imposible a los comisionados materializar sus objetivos: en esa época, España era víctima de una aguda y prolongada crisis política. Ante este fracaso, la Comisión partió de Madrid. Sin embargo, meses después, Santana logró que Francia e Inglaterra reconocieran a la República, lo que a las claras era el paso legal previo para obtener luego el protectorado, por parte de una de estas potencias.

Las gestiones recién mencionadas se realizaron mientras crecía en el país la oposición al gobierno. En realidad, lo acontecido cuando se produjo la visita de los

buques de guerra españoles demostró que Santana, pese a las medidas coactivas que había tomado a fin de liquidar el movimiento nacionalista, no había triunfado en el propósito. A ello se agregaba, para dar fuerza a la oposición, el creciente repudio que inspiraba su absolutismo. El fusilamiento de María Trinidad Sánchez, acusada de urdir una conspiración, el espantoso asesinato “legal” de los hermanos José Joaquín y Gabino Puello, y la continua actuación terrorista de las Comisiones Militares creadas por el gobierno en base al Artículo 210 de la Constitución, habían acarreado un amplio descontento —sobre todo en la clase media— que fue gradualmente ganando a figuras de la burguesía. Ello permite aseverar que mucho más que el nacionalismo superviviente, era el sentimiento liberal lo que daba entonces la tónica de la oposición. Pero hay que admitir que a este sentimiento —vivo aún en la citada clase media— se agregaba al que tuvo su expresión en la velada inconformidad de la clase obrera a determinadas medidas económico—sociales tomadas por el gobierno, que ponían de manifiesto el desprecio del espadón burgués, dueño y señor del país, hacia dicha clase social. Entre estas medidas se hallaban las consignadas por la Ley sobre arrendamientos de bienes rurales<sup>22</sup> —que de hecho imposibilitaba tales arrendamientos a los miembros de esta clase y establecía privilegios notorios para los militares—; la Ley sobre robos —que castigaba con la pena de muerte a quien fuera sorprendido cometiendo este delito<sup>23</sup>—; la Ley sobre bienes comunales<sup>24</sup> —que despojaba de su posesión a los campesinos carentes de títulos que la ampararan—; y por último, la Ley sobre Policía Urbana y Rural —que pretendía suprimir la

vagancia convirtiendo a quien no ejercía ninguna profesión u oficio en un semi-esclavo gubernamental.<sup>25</sup>

¿Obedecía la oposición a una organización merecedora de ser considerada como un partido político? ¡No! Se trataba de un movimiento espontáneo de casi toda la clase obrera y la clase media y con el cual se habían solidarizado determinadas figuras burguesas. Es más: hallándose Juan Pablo Duarte en el exilio y privado de comunicación con el país, dicho movimiento careció durante un buen tiempo, de una cabeza directora. Santana, en cambio, aureolado por sus triunfos militares, era ya un caudillo, y pese a que representaba —tanto en el orden político como económico— a la burguesía, los mencionados triunfos le habían conquistado un sinnúmero de fervorosos prosélitos en todas las clases sociales, muchos de los cuales fueron incorporados al Ejército y a los demás sectores —indudablemente exiguos— de la maquinaria burocrática. Todo esto delató la existencia de una organización política que, sustentada en el caudillismo, respondía a la voluntad del Presidente y acusaba una ideología decididamente reaccionaria, que encubría su anexionismo con el áureo manto de la palabrería patriótica y las insinceras promesas de bien público. Evidentemente esta organización no reposaba en el andamio y las normas funcionales a que obedecían los partidos políticos de los países desarrollados de entonces; pero como éstos, ofrecía la cohesión de una militancia fiel, solidarizada —consciente o inconscientemente— con la aludida ideología. Puede, pues, afirmarse que con Santana surgió en el país el primer partido político, que se desarrolló durante varios años sin que apareciera una organización rival.

La historiografía tradicional niega esta última afirmación. El punto ya ha sido tratado, pero para mayor precisión, es imprescindible la insistencia... Sostiene dicha historiografía que a raíz de haber sido fundada “La Trinitaria” surgió, bajo la dirección de Duarte —su fundador— un partido político de orientación liberal y nacionalista y que, ya nacida la República, la existencia de este partido sirvió de base a Ramón Mella para proclamar a Duarte, en la región cibaeña, candidato presidencial, e impulsó al Padre de la Patria a lanzarse a depurar, el 9 de junio de 1844, la Junta Central Gubernativa. Uno de los textos históricos que obedece a esa corriente llega a decir que durante las semanas anteriores a este último suceso, ya se había producido un “incremento de las luchas de partidos”.<sup>26</sup> Como se ha visto, la afirmación es totalmente falsa. Santana era para esa época exclusivamente un líder militar, y el partido cuya dirección él asumiría más tarde se hallaba en un proceso germinativo. Además, Duarte asomaba entonces como dirigente máximo, no de un partido, sino de un movimiento de la clase media que, para concretar su aspiración inicial —que era la independencia de Haití—, tuvo que recurrir a una alianza con la burguesía, clase social que luego arrastró hacia ella a miembros —algunos de ellos connotados— de la clase media. Dicho movimiento traducía, pues, una de las “tendencias de opinión”. existentes, pero no tenía las características de los partidos políticos.

El foco de la citada oposición contra Santana fue el Congreso: ¡ya existía, pues, una base institucional para el desarrollo del partidismo! En dicho Cuerpo, la burguesía, si no era mayoritaria, actuaba en función dirigente. Durante los primeros tiempos del gobierno de Santana, los congresistas pertenecientes a esta clase social le

habían brindado su cooperación; pero tan pronto se produjo la ruptura del Presidente-Dictador con Bobadilla, la colaboración fue disminuyendo hasta desembocar en la hostilidad. ¿Razones? En algunos, el disgusto que les provocaba el anti-intelectualismo de Santana; en otros, la tendencia del mandón a obrar por su propia cuenta, y el repudio a sus crímenes e imposiciones.

Los miembros de la clase media que aún se sentían liberales y nacionalistas aprovecharon la coyuntura para solidarizarse con los mencionados congresistas burgueses en el propósito de provocar el advenimiento de un nuevo gobierno que respetara los “derechos del hombre y del ciudadano”. Como es probable que este propósito fuera también alentado por la clase obrera urbana —que se solidarizó con el Gral. José Joaquín Puello cuando se produjo la amenaza de los barcos españoles— bien puede afirmarse que el movimiento tuvo una naturaleza policlasista. Pero ¿quién podía substituir a Santana? Los ojos de todos se fijaron en Manuel Jimenes, miembro relevante de la burguesía y quien, habiendo jugado un papel de importancia en la gesta del 27 de febrero, fue minando —desde su posición de Ministro de la Guerra y Marina del gobierno de Santana— las bases “santanistas” del Ejército. Indudablemente, no era el hombre ideal, pues su trayectoria política demostraba inconsistencia: siendo miembro de la Junta Central Gubernativa, aceptó la “limpieza” que en su seno realizó infructuosamente Duarte el citado 9 de junio, y solidarizado luego con Santana, fue uno de los firmantes del decreto de expulsión que pesó sobre el primero y sobre Mella, Sánchez, Pina, Delvalle, Juan Evangelista Jiménez y Juan Isidro Pérez.<sup>27</sup> Pero esta inconsistencia no

podía sorprender: era el producto de un conflicto íntimo... Jimenes se sentía liberal, y dio pruebas de ello cuando ocupó más tarde el cargo de Presidente de la República; pero perteneciendo a la burguesía, se veía constreñido a actuar junto a sus compañeros de clase y a solidarizarse con sus propósitos. Osciló, pues, al ritmo impuesto por las circunstancias, obedeciendo a este conflicto. Como buen burgués, colaboró con Santana; pero impulsado por sus sentimientos liberales, sintió repulsión hacia la política terrorista de éste. A contrapelo, pues, la refrendaba... Sin embargo, impulsado por dicha repulsión se convirtió a la postre en un enemigo oculto del gobierno al cual servía. Los hechos demostraron que procedió con habilidad, y esto, unido a su ubicación clasista y los lauros que se ganó en la gesta del 27 de febrero, lo fueron colocando en el plano cimero de la oposición gubernamental, cuya dirección estaba en manos del grupo congressional burgués.

Convencido Santana de que no podía dominar el movimiento opositor, dado el auge que éste había cobrado y la desconfianza que le inspiraba el Ejército, renunció a la Presidencia de la República reintegrándose de inmediato a la vida privada, en su hacienda de “El Prado”. Es obvio, sin embargo, que consciente de que ya era un caudillo, alentó esperanzas de volver a la vida pública. A raíz de su renuncia, el Congreso nombró a Jimenes Presidente de la República, y éste no demoró en ofrecer pruebas de su liberalismo: la de mayor notoriedad fue la Ley de Amnistía que cubría a los dominicanos expulsos y que hacía mención específica de Juan Pablo y Vicente Duarte, Pedro Alejandrino Pina, Juan E. Jiménez y Juan Isidro Pérez.<sup>28</sup> Con excepción del primero y de algunos más, los otros se

acogieron a los términos de esta Ley y regresaron al país. ¿Por qué no lo hizo el Padre de la Patria? Alcides García Lluberes, pulcro escritor y relevante investigador histórico sostiene al respecto que “es dudoso que Duarte supiera a tiempo de ese decreto de Amnistía”,<sup>29</sup> pues para entonces se encontraba en el interior selvático de Venezuela. Nos adherimos a esta opinión.

¿Provocó el triunfo del movimiento opositor el nacimiento de un nuevo partido político? No. La naturaleza del movimiento lo impedía. Ciertamente es que dicho triunfo respondió a una aspiración popular hartamente extendida; pero fue gracias a la colaboración de un amplio sector burgués y a la actuación política de Jimenes que hubo de alcanzarse. Jimenes carecía de las condiciones del caudillo, y en el aludido sector no había la menor disposición de emprender nuevos rumbos y de convertir al mandatario recién electo en su dirigente máximo. Su actuación sólo obedeció a la idea de que era necesario producir determinados cambios en la vida política que satisficieran a la clase media y a la clase obrera, lo cual bien podía lograrse con Jimenes en el poder. Parece que Jimenes no se opuso a tal idea. Pero confirmó en sus cargos a casi todos los burgueses que formaron parte, junto a él, del gabinete anterior; no mostró interés en abolir las Comisiones Militares ni dio pasos firmes para que se produjera una Reforma Constitucional que consignara la derogación del Artículo 210 y de los demás preceptos que habían legalizado la condición de clase privilegiada, de que gozaba la burguesía. Al obrar así, bien puede decirse que dio cumplimiento a un tácito acuerdo con el referido sector, para cuyos congresistas la Ley de Amnistía era una concesión a que obligaba el

apoyo popular que tuvo el movimiento. Por otra parte, hay que pensar que si éstos se inclinaron ante la vigencia plenaria que bajo el nuevo gobierno cobró la expresión del pensamiento, fue porque lo consideraron conveniente para sus intereses políticos, por lo menos momentáneamente.

Habiendo regresado al país debido a que Jimenes puso fin a su misión en Europa, correspondió a Báez la Presidencia del Congreso, organismo que no demoró en dominar con la fuerza de su talento, su personalidad, su experiencia y sagacidad política y su cultura. Dándose cuenta de que el Emperador Soulouque, gobernante a la sazón de Haití, estaba próximo a invadir la República, estimó que este suceso marcaría para él la hora de dar pábulo a sus ambiciones de poder. Estuvo en lo cierto... A los tres meses de haber Jimenes asumido la Presidencia —evento que se produjo a principios de septiembre del 1848—, Soulouque lanzó tres divisiones sobre la aldea de Las Matas de Farfán; pero el Ejército dominicano, cuyo jefe en las fronteras del Sur era Antonio Duvergé, militar decoroso, de bravura y capacidad probadas, rechazó el ataque. No obstante, el grotesco Emperador —cuya Corte Marx comparó a la de Napoleón III—, insistió; y el 5 de marzo de 1849, lanzó una importante ofensiva sobre la misma zona, ante la cual Duvergé tuvo que ceder.

Sería impropio del tema de esta obra, adentrarnos en el análisis de estos acontecimientos bélicos. Bástenos decir que desde el momento en que Soulouque se adueñó del poder en la nación vecina, se veían venir y que ante ello, lo indicado era que el gobierno desarrollara una política de Unidad Nacional. Desgraciadamente, las realidades lo impedían, pues nuevos conflictos y contradicciones surgieron

tan pronto Jimenes tomó posesión del cargo presidencial. Mella quiso levantarse en armas contra su gobierno; pero según parece, Sánchez y otros lo hicieron renunciar al propósito. En el Congreso, aun antes de que Báez asumiera su Presidencia, miembros de la burguesía —entre los cuales se destacó Teodoro Stanley Heneken, un inglés dominicanizado sobre cuyas actuaciones futuras tendremos mucho que decir— iniciaron una labor de oposición que evidentemente respondía a los intereses del caudillo de “El Prado”. Temeroso Jimenes de que la fuerza principal con que éste contaba —que era el Ejército— volviera a ponerse de su lado, produjo una serie de medidas reorganizativas de este Cuerpo, que el historiador García, con o sin razón crítica. Es más: a juicio de éste, Jimenes fue víctima de los “consejos desacertados de una camarilla tan apasionada como incompetente”, lo que contribuyó a que cundiera “el desaliento, y la desconfianza en el gobierno ganara tanto terreno”. Pero agrega: “No bastaba la decisión; tantas veces probada, del general en jefe del Ejército del Sud, ni el denuedo de los soldados que tenía bajo sus órdenes; era necesario que reinara la más perfecta unión de los dominicanos, que el partido (?) disidente no estuviera en acecho, esperando sacar ventajas de las desgracias que llovieran sobre la situación”,<sup>30</sup> con lo cual ponía de relieve la primacía de las pasiones políticas sobre el interés patrio, entonces.

Lo cierto es que la situación no podía ser más confusa... No cabe afirmar que se produjo exclusivamente una nueva contradicción inter-burguesa. En efecto, también aparecieron contradicciones en el seno de la clase media, especialmente urbana. La superestructura político-jurídica se hallaba, pues, sacudida por conflictos. Pero es bien dudoso que éstos

alcanzaran a la clase obrera, que los ignoraba, o conociendo algunos de ellos permanecía más bien indiferente. Por eso, el juicio de García, en el sentido de que *cundió* “el desaliento y la desconfianza” nos parece estrictamente subjetivo. De todos modos, dentro de aquellas contradicciones era evidente que la *principal* era la pugna entre el “santanismo” renaciente y el gobierno. Tan pronto se produjo el inicio de las hostilidades, los hechos demostraron que las Fuerzas Armadas se hallaban en gran parte desmoralizadas, lo que era con seguridad un producto tanto de la labor de zapa desarrollada por el “santanismo” como de la reorganización que en ellas quiso realizar el Presidente Jimenes, movimiento que causó disgustos en las jerarquías del Cuerpo, y no hay que dudar que dicha desmoralización se acentuó cuando este último cometió el grave yerro de rehabilitar a Valentín Alcántara, quien habiendo caído prisionero de las tropas enemigas en uno de los encuentros que tuvieron lugar durante la primera embestida de Soulouque, recibió dávidas de éste y formó luego parte de un canje de prisioneros.

El gobierno tuvo, pues, que enfrentarse a dos enemigos poderosos: uno interno y otro externo, con la agravante de que dentro de las filas del “santanismo” y en función de dirigente oculto se hallaba Báez, quien había substituído a Juan Nepomuceno Tejera, anexionista de pura cepa disfrazado entonces de liberal y patriota, en la Presidencia del Congreso. Hallándose para la época ausente, Báez no había intervenido en la primera contradicción interburguesa que provocó la renuncia de Santana. Pero tal como se expresó con anterioridad, tan pronto regresó y ocupó el aludido cargo, asumió la dirección política e intelectual del “santanismo”, substituyendo en

esta posición extraoficial al veterano Bobadilla, caído en desgracia.

García tiene plena razón al afirmar que ante la amenaza que representaba para el país la nueva invasión haitiana, se imponía —como se dijo— un concierto de Unidad Nacional, inspirado en el más puro patriotismo. Antes de producirse la invasión aludida, y en una alocución pronunciada el 4 de noviembre, en el curso de un viaje que dio al Cibao; Jimenes abogó por el aludido concierto, llegando a afirmar, según cita del mencionado historiador, que el momento obligaba a “la unánime disposición de todos y de cada uno en particular, para prestar con verdadero patriotismo el servicio que reclama la patria; se requiere que el espíritu nacional sea uno mismo entre todos los dominicanos; ... y que la más sincera y franca unión permanezca entre todos los poderes”... Desgraciadamente, dadas aquellas contradicciones —de hecho insuperables— tal aspiración era un sueño. Pues las ansias de poder, en unos y otros, exacerbaban las pasiones menores. El camino a seguir era, indudablemente, apoyar al gobierno poniendo cada cual al servicio de éste, con el mayor desinterés personal, su capacidad. Pero ello reñía con los propósitos de Santana y Báez. Es más: no hay dudas de que ambos llegaron a la conclusión de que si tomaban este camino y la República salía victoriosa de la prueba, Jimenes se llenaría de gloria, asomando así como un rival poderoso. Lo indicado era, por tanto, suprimir esta posibilidad, lo que a su vez desembocaría en la liquidación del gobierno. Claro está: para ello era imprescindible que Santana asumiera la dirección de las operaciones militares y, gracias a su hoy discutida condición de estratega, derrotara al enemigo.

Obedeciendo a tales ideas, Báez aprovechó los triunfos de Soulouque para imponer en el Congreso la tesis de que se hacía imprescindible llamar a Santana de su retiro, en razón de que era el único hombre con la capacidad, la experiencia y las dotes de mando, para dar un viraje a la guerra, favorable a la República. Considerando que ello era innecesario, ya que tenía una confianza absoluta en la sapiencia militar y el valor de Duvergé y veía en Santana a un enemigo, Jimenes se opuso a la referida tesis, pero a la postre, se vio obligado a inclinarse ante ella. Claro está: Santana no demoró en atender la llamada, que se produjo a través de un oficio del Ministro de la Guerra y Marina, Gral. Román Franco Bidó. Evidentemente, no había razones para postergar a Duvergé. Dándose cuenta de ello, el Congreso acordó que Santana compartiera con éste el mando de los Ejércitos del Sur. Pero esta medida presagiaba futuros males, pues era imposible esperar un éxito militar rotundo de una dirección bicéfala.

Parece que Jimenes así lo comprendió. Partió, pues, hacia la zona del frente, a fin de contribuir a reorganizarlo y establecer los debidos mandos. Después de celebrar una entrevista con Santana —que según los historiadores tradicionales fue más bien un altercado— dictó una medida de aparente carácter salomónico: dejó a Duvergé como Comandante de los ejércitos de las fronteras del Sur, y designó a Santana Comandante en Jefe de los mismos ejércitos. En el fondo, tal decisión convertía a Duvergé en un subordinado del otro, pero siendo aquél estrictamente un militar, no se sintió lastimado, sino más bien decidido a seguir la lucha con mayores bríos. ¡Hermoso ejemplo!

Mientras tanto, la capital se fue llenando de refugiados; pero tanto en éstos como en los residentes de la ciudad se produjo un sentimiento de alivio cuando llegó la noticia de que Duvergé había derrotado las avanzadas haitianas en la región denominada “El Número”. Esta derrota dio un viraje a la situación militar, que Santana supo aprovechar al obtener la victoria sobre el invasor en la batalla de “Las Carreras”, forzando a los remanentes de éste a regresar a Haití. Claro está: **sin “El Número”, no habría habido “Las Carreras”**; pero como Santana fue quien puso punto final a la lucha y ya tenía un partido que lo respaldaba y a la mayoría de los congresistas a su favor, recibió todos los lauros del triunfo. Es más: se negó a acatar órdenes del gobierno, por lo cual fue puesto luego en “estado de acusación”, a lo cual él respondió insurreccionándose contra el poder legítimo y marchando con sus tropas sobre la capital. Para honra suya, Duvergé no lo quiso acompañar en esta actitud proditoria, razón por la cual el caudillo lo redujo a prisión.

Jimenes quiso resistir y, para el efecto, tomó las medidas que consideró necesarias. Es más: perdió la fe en los destinos de la República —como una entidad nacional autónoma— y pidió el protectorado norteamericano... Día tras día; la situación de su gobierno devenía más grave. Haciéndolo responsable de las derrotas iniciales sufridas por los Ejércitos del Sur, el Congreso lo citó para echarle en cara esta responsabilidad. Jimenes asistió a la sesión, que fue tumultuosa. Considerándose sin garantías, los congresistas acordaron trasladar el organismo a San Cristóbal; pero a última hora —habiéndose llegado a una avenencia entre dicho organismo y el Poder Ejecutivo— el acuerdo fue derogado. Fue entonces cuando Jimenes lanzó la acusación

contra Santana. Este, en franca sublevación desde hacía días, respondió con una contra-acusación. Al cercar Santana la capital, el Presidente se consideró perdido, y resolvió capitular. Los cónsules de Francia e Inglaterra y el Agente norteamericano Elliot actuaron como mediadores. Como consecuencia de ello, Santana quedó momentáneamente convertido en Jefe único y absoluto. Luego —el 25 de junio de 1849— fueron convocados los Colegios Electorales para dar paso a una situación legal mediante el nombramiento de un nuevo Presidente y de unos cuantos congresistas.

La contradicción *principal* a que nos hemos referido se resolvió, pues, a favor de Santana, y el artífice político del evento lo fue Báez. Después de su regreso de Europa, éste estudió a fondo la situación. Dándose cuenta de que el gobierno de Jimenes reposaba sobre bases sociales heterogéneas —y, por tanto, frágiles— puso en juego toda su habilidad para atizar la pugna entre el espadón aparentemente retirado de la política y el hombre entonces en el mando. Luego, supo capitalizar la coyuntura brindada por la invasión de Soulouque, obedeciendo así al plan que había previamente trazado. Nadie conocía mejor que él a las dos figuras en lucha. Sabía que Santana era un caudillo que conservaba simpatías en las fuerzas armadas y que no se detenía en ningún tipo de escrúpulo para el logro de sus propósitos; sabía también que Jimenes era un hombre inconsistente, con escaso prestigio militar, que sólo gozaba del apoyo irrestricto de los liberales de la clase media —pese a ser un burgués a quien gran parte de la burguesía contribuyó a elevar a la Presidencia—, e incapaz de recurrir a la felonía y el crimen político. Lo indicado, por tanto, a su juicio, era brindarle la máxima cooperación al primero...

El porvenir demostró la corrección de sus apreciaciones. Pero la historia, tribunal supremo, lo condena. Y sus actuaciones futuras iban a reafirmar este veredicto histórico. ¡Tal vez el país no produjo —a través de todo el pasado siglo— un personaje tan sombrío, y funesto! Junto a su inteligencia vivaz y a su relativa cultura, en él latía un alma de hiena, como en Santana, un alma de chacal. También la historia condena a este último por su actuación de entonces, y reafirmaría esta condena por sus ejecutorias del porvenir. En el momento estudiado, Santana debió haberle ofrecido su espada al gobierno tan pronto asomó el peligro, y obedecer sus órdenes. No lo hizo... A la postre, encendió la tea de la rebelión. Y luego, a pesar de que en la capitulación de Jimenes quedó consignado que sus bienes serían respetados, Santana, junto a Báez, se lanzaron como aves de rapiña, al secuestro de éstos, hundiendo al vencido en la mayor miseria. Habiendo sido un acaudalado burgués, Jimenes quedó convertido casi en un pordiosero, con una numerosa familia a costas. Pero la historia también lo condena. Sin embargo, bien visto el punto, la máxima condena cae sobre la clase social de que ellos formaban parte. Pues obedeciendo a lo que en aquellos años era incontrovertiblemente la meta esencial de esta clase, los tres realizaron gestiones para obtener, con o sin el apoyo congresional, el protectorado o la anexión de la República a la potencia que quisiera brindarlo. Ahora bien: en el caso de Jimenes hay un atenuante: obró así impulsado primero por la desesperada situación en que se vio envuelto su gobierno, con motivo de la traición de Santana, y luego por la desmoralización que en tantos provoca la desgracia. En él, el protectorado

o la anexión no había sido hasta entonces —como en Báez y Santana— un propósito fundamental deliberado.

Al triunfar la sublevación de Santana, el Congreso lo honró con el título de Libertador. Al obrar así, este organismo no tuvo en cuenta que cubría de lauros a quien un año antes había empujado, junto a otras fuerzas, a la renuncia de la Presidencia. ¡Ironías de la historia!

Convertido de nuevo en el supremo jerarca, Santana hubiera podido obtener fácilmente otra nominación presidencial. Pero seguro de su dominio sobre las Fuerzas Armadas y del auge de su prestigio, prefirió abstenerse de cualquier movimiento en dicho sentido. Pensó probablemente que el Presidente que surgiera electo en los comicios convocados, sería un títere suyo. Si ello fue así, los hechos demostraron que erró en el juicio. Habiendo rechazado Santiago Espaillat, miembro importante de la burguesía cibaëña, su postulación, los Colegios Electorales, que sin la menor duda obedecían a la voluntad del “Libertador”, decidieron nombrar a Báez, quien aprovechó la elevada posición para ganarse, con medidas liberales cuya insinceridad el porvenir puso de manifiesto, un amplio apoyo popular, mientras persistió en sus viejos propósitos anexionistas. Al tanto de la política internacional, hizo todo lo posible por sacarle partido a las pugnas existentes entre Inglaterra, Francia y los Estados Unidos en relación con el caso dominicano. Primero fijó los ojos en Francia, a fin de obtener el protectorado o la anexión; pero al comprobar que esta nación no secundaba el propósito, debido a que si lo materializaba iba a chocar con los Estados Unidos, hizo la misma proposición a Inglaterra —representada en el país por el Sr. R. H. Schomburgk, eminente figura del

mundo científico—, que también hubo de rechazarla. Es más: anticipándose a este rechazo, se dirigió con idéntico fin a Washington, cuyos sucesivos representantes en la capital dominicana transmitían constantemente al Departamento de Estado informes sobre el país y sobre los pasos diplomáticos que daba el mandatario.

Mientras tanto Haití, que seguía bajo el dominio del emperador Soulouque, no había renunciado a su vieja intención de someter a su voluntad, mediante la fuerza, a la vecina República; y como en aquellos momentos las potencias que se repartían el mundo estimaron que la política conveniente para cada una de ellas era garantizar—sobre todo por razones raciales— la independencia dominicana, llegaron a un acuerdo al respecto, ante el cual Soulouque tuvo aparentemente que inclinarse. Esto acarreó una tregua en la actividad bélica de los dos Estados insulares. Pero no significó el abandono, por parte de Báez, de su política “proteccionista”.<sup>31</sup> o anexionista, que evidentemente contaba con el respaldo de Santana, y de la burguesía dominicana en su conjunto.<sup>32</sup> Más aún: puede afirmarse que una parte de la clase media, arrastrada por esta última, también se mostraba ya solidarizada con el propósito. En cambio, la clase obrera y el sector más cercano a ella de la citada clase media, no tuvieron conocimiento de que dicho propósito existía, y—claro está—, de las gestiones que para concretarlo se realizaban: su máximo interés era el mantenimiento de la paz, aun cuando se encontraban dispuestos a defender la República en el caso de que Soulouque volviera a invadirla. Para dicho sector y dicha clase, el enemigo principal y a la vez inmediato era Haití, y existía tal vez la impresión

de que habiendo fracasado Santana, durante su gobierno, en su afán de anexión a España, apenas gravitaba ya una amenaza de ese tipo, por parte de las potencias europeas y de los Estados Unidos. Debe recordarse —en relación con este punto— que la ignorancia de ese sector y esa clase abarcaba el desconocimiento de la geografía y, con mayor razón, el de la política internacional norteamericana y europea: para los miembros de los mencionados sector y clase, el mundo casi se reducía a nuestra realidad insular.

Es indudable, además, que a raíz de los triunfos militares de Santana frente a Haití, tales sector y clase olvidaron los viejos agravios que recibieron de este político recién glorificado, durante su gobierno. La aureola heroica del espadón extendió así su relieve caudillista. Báez no dejaba de comprenderlo, y como aspiraba a convertirse en el rival del otro, estimó que la política para él conveniente era la de la captación de simpatías en los aludidos sector y clase, gracias a medidas que, al menos parcialmente, respondieran a sus requerimientos. Ello lo llevó a derogar la ley que establecía la pena de muerte por robo; a interesarse en el fomento agropecuario —que si beneficiaba sobre todo a la burguesía terrateniente, favorecía también a los medianos y pequeños propietarios de tierras que, integrantes de dicho sector de la clase media, eran bastante numerosos en el Cibao, zona la más poblada del país—; y a establecer relaciones cordiales con la Iglesia católica, cuya influencia sobre las masas ignaras era determinante. Gracias a esta política fue obteniendo un prestigio popular creciente que, al alcanzar determinado nivel, lo impulsó a dar pasos sin consultar previamente a Santana y que a menudo contrariaban el pensamiento de éste.

Puede afirmarse que al finalizar su período presidencial en enero de 1853, ya había también alcanzado el rango de caudillo. Convencido, por otra parte, de que Inglaterra, Francia y los Estados Unidos no estaban en disposición de aceptar sus proposiciones colonialistas, orientó su política en este sentido hacia España, con lo cual se granjeó una adhesión mayor del clero católico y puso al desnudo ante aquellas potencias que para él lo básico era obtener el protectorado o la anexión, sin que ello respondiera a preferencias. Este repentino y ardiente “españolismo” se manifestó con carácter público en su proposición —elevada al Congreso— de que se le reconociera a España una elevada indemnización en compensación por las propiedades que los haitianos confiscaron a sus súbditos; y en su afirmación —que consta en el último Informe por él presentado ante dicho organismo— de que “españoles todos por origen o por educación, con las mismas costumbres, la misma religión, el mismo idioma, veremos siempre en los peninsulares a nuestros hermanos y amigos, a los compañeros de las hazañas que en otros tiempos ilustraron estas comarcas, presagiando desde entonces los portentos de que era capaz la raza hispanoamericana”.<sup>33</sup> ¡Es obvio que al hablar de este modo, no tuvo en cuenta que su madre nació esclava y que todos aquéllos que vivieron, durante generaciones y generaciones, sometidos a la esclavitud, nada tenían “por educación, .. costumbres, ... (y) religión” de españoles!

Desde esos momentos comenzó la abierta pugna entre él y Santana. Evidentemente, esta pugna revelaba una nueva contradicción interburguesa, pues reiteramos que ambos eran grandes terratenientes, cuyos ingresos provenían especialmente como se ha dicho del corte y la

exportación de maderas preciosas, y tanto el uno como el otro consideraban —reflejando una tesis con la cual la burguesía encubría el temor a perder su dominio social y sus privilegios que la República carecía de la potencialidad necesaria para su desarrollo autónomo.

Con dicha pugna nació, acusando los rasgos originados por el subdesarrollo, el bi-partidismo político. Dadas las características de la Formación Social existente, el fenómeno abarcó a la clase media y a la clase obrera, tanto en ciudades como en campos. Repetimos que no había en los trabajadores la menor conciencia de clase y que, enajenados por la ideología burguesa, casi todos mostraban conformidad con sus míseras condiciones de vida. Sin embargo, esta conformidad ocultaba a menudo —especialmente en el obrero urbano— una protesta íntima contra las leyes que consagraban su explotación y opresión, por parte de la burguesía. Tratábase, no obstante, de algo excepcional, que en el caso de los obreros rurales —víctimas del modo de producción “colonial”— sólo se manifestaba en los más desamparados. En los otros, en cambio, el frecuente patriarcalismo de los hacendados evitaba el nacimiento y la expresión —siquiera discreta— de dicha protesta.

De todos modos, para esta época, la base económica de la sociedad ofrecía los mismos rasgos de los años anteriores. En consecuencia, el modo de producción capitalista seguía siendo el dominante y las relaciones sociales de producción apenas ofrecían desajustes con las fuerzas productivas: en efecto, el más importante de estos desajustes lo brindaba el fenómeno de la desocupación, cuya amplitud no podía ser más reducida y que encontraba por lo común remedio, en la incorporación a las Fuerzas Armadas de aquéllos que eran sus víctimas.

En cambio, la superestructura ideológica mostró algunas novedades, especialmente en su “región” política; y fue en la clase media donde éstas aparecieron. Debemos hacer hincapié en que las figuras cimeras de esta clase habían sido los máximos abanderados del ideario liberal y nacionalista. Lo fueron desde antes de nacer la República, y el hecho arrastró durante cierto tiempo a la mayoría de los integrantes de la clase. Pero con el derrocamiento del gobierno de Jimenes, casi todas esas figuras dieron un viraje radical: se solidarizaron con la burguesía y, ganadas por el caudillismo en auge, ofrecieron su concurso a Santana o a Báez. Substituyeron, pues, aquel ideario por el del “proteccionismo”, el anexionismo, y los métodos dictatoriales de actuación. Lo increíble del caso es que entre esas figuras se hallaron varios miembros de la sociedad “La Trinitaria”, gestora de la República, como lo fueron Francisco del Rosario Sánchez, Ramón Mella y Félix María Del Monte. Es claro que al proceder así, estos hombres desvanecieron el brillo de sus actuaciones patrióticas en la preparación y ejecución de la gesta del 27 de febrero de 1844, y entraron a formar parte —unos por un tiempo y otros definitivamente— de esa “fracción miserable” que, según Duarte, “siempre se ha pronunciado contra (el) querer del pueblo... logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos, adueñarse de la situación”.<sup>34</sup>

Es ocioso decir que este viraje de la clase media significó un retroceso histórico. Durante varios años dejó de escucharse en el ámbito patrio la voz del ideario liberal-nacionalista, que era en aquella época la voz del patriotismo y del decoro.

## Notas:

- (1) M. Duverger, *Los Partidos Políticos*, Edición francesa, p. 2
- (2) V. I. Lenin: *Obras Completas*. Ed. francesa, t. 25, p. 419.
- (3) *Boletín del Archivo General de la Nación*, Nos. 36-37, Septiembre-diciembre, 1955, Trabajos de M. A. Peña Batlle y E. Rodríguez Demorizi, p. 289 y 296, respectivamente.
- (4) El Art. 160 del documento dice que para ser sufragante en las Asambleas Primarias, es necesario “ser propietario de bienes raíces, o empleado público, u oficial del Ejército de tierra o mar, o patentado para el ejercicio de alguna industria o profesión, o profesor de alguna ciencia o arte liberal, o arrendatario por seis años a lo menos, de un establecimiento rural en actividad de cultivo”, *Colección del Centenario*, t. 1, p. 38.
- (5) Alcides García Lluberes, *Duarte y Otros Temas*, p. 78.
- (6) *Correspondencia del Cónsul de Francia*, t. 1, p. 48.
- (7) *Idem*, p. 60.
- (8) *Idem*, p. 71. Es obvio que entre esos dominicanos citados por el Cónsul se hallaba Francisco del Rosario Sánchez, miembro de la clase media que hasta entonces había mostrado solidaridad con los ideales de Duarte. Lo prueba el hecho de que firmara la Resolución de la Junta Central Gubernativa del 8 de marzo, en la cual se le ofrecía a Francia, “a perpetuidad, la península de Samaná” y la cooperación dominicana en el caso de una invasión francesa a Haití.
- (9) J. I. Jimenes-Grullón, *El Mito de los Padres de la Patria*, p. 53.
- (10) M. Duverger, *ob. cit.*, p. 1.
- (11) Prueba de esto es que en el Arancel de Importación (Ley No. 121, del 7 de julio de 1847, *Colección de Leyes, Decretos, etc.*, t. I, p. 396), el azúcar aparece gravado.
- (12) Carlos Marx, *El Capital*, t. I, p. 289.
- (13) Carlos Marx, *Fundamentos de la Crítica de la Economía Política (Grundrisse)*, Edición francesa, t. 1, p. 13.
- (14) A. Gunder Frank, *Capitalismo y Subdesarrollo, La América Latina*, Edición francesa, p. 203 y siguientes.
- (15) Dentro de la clase media, la lealtad al ideario nacionalista sólo permaneció viva en una minoría escasisima. La personalidad más eminente de esta minoría siguió siendo Juan Pablo Duarte; pero junto a él alcanzaron también prominencia Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez de la Paz.
- (16) *Colección del Centenario*, t. 2, p. 11 y siguientes. Es evidente que este discurso ponía de manifiesto la decisión gubernamental de precipitar, mediante la fuerza y la impostura, la liquidación del movimiento nacionalista.
- (17) *Colección del Centenario*, *ob. cit.*, t. 1, p. 46.
- (18) Rufino Martínez, *Hombres Dominicanos*, t. 1, p. 159.
- (19) Ramiro Guerra y Sánchez, *La Expansión Territorial de los Estados Unidos a Expensas de España y los Países Hispanoamericanos*, p. 226.
- (20) Sumner Welles, *La Viña de Naboth*, Traducción castellana, R. D., t. I., p. 84.

- (21) José Gabriel García, *Compendio de Historia de Santo Domingo*, t. II., p. 317.  
(22) *Colección de Leyes, Decretos, etc.*, ob. cit., t. I., p. 347.  
(23) Idem, p. 377.  
(24) Idem, p. 174.  
(25) *Colección de Leyes, Decretos, etc.*, ob. cit., t. II, p. 43.  
(26) R. Marrero Aristy, *La República Dominicana Origen y Destino del Pueblo Cristiano Más Antiguo de América*, t. 1, p. 287.  
(27) *Colección de Leyes, Decretos, etc.*, ob. cit., t. 1, p. 30.  
(28) *Colección de Leyes, Decretos, etc.*, ob. cit., t. 11, pp. 157-158.  
(29) A. García Lluberes, ob. cit., p. 276.  
(30) José Gabriel García, *Compendio...*, ob. cit., t. III, pp. 15-16.  
(31) Llamamos “proteccionista” a la tendencia que perseguía la obtención del protectorado.  
(32) Nada confirma más este respaldo de la burguesía como la actuación de sus representantes en el Congreso frente a los planes proclinatorios de Santana y Báez.  
(33) José Gabriel García, ob. cit., t. III, p. 92.  
(34) V. Alfau Durán, *Ideario de Duarte*, p. 14.

— Fuente —

\* Juan Isidro Jimenes Grullón, *Sociología Política Dominicana (1844-1853)*, t. 1, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, R. D., 1971.



Fuente: Revista *Rumbo*.

“Seguid, jóvenes amigos,  
dulce esperanza de la patria  
mía, seguid con tesón y ardor  
en la hermosa carrera  
que habéis emprendido  
y alcanzad la gloria  
de dar cima a la grandiosa  
obra de nuestra regeneración  
política, de nuestra  
independencia nacional,  
única garantía  
de las libertades patrias”.

*Juan Pablo Duarte*



## El destino final de los trinitarios

*RAFAEL CHALJUB MEJÍA\**

Poco se habla de la vida política y el destino final de los que, el 16 de julio de 1838, junto al patricio Juan Pablo Duarte, fundaron La Trinitaria para la lucha por la fundación de la República. Aparte de su participación en aquel acto señero, de haber firmado con sangre de sus venas el Juramento de Honor que consignaba sus propósitos comunes, la vida de los ocho que allí estuvieron junto a Duarte no suele ser dilucidada con frecuencia.

Una breve investigación a ese respecto permite deducir que, después de proclamada la República, en la conducta de los trinitarios hubo de todo. Desde los que permanecieron fieles al ideal de Duarte hasta morir, pasando por los que se volvieron indiferentes a la suerte de su patria, hasta llegar a los que renegaron abiertamente de los principios duartianos.

**Félix María Ruiz.** Después del 27 de febrero memorable permaneció por corto tiempo junto a Duarte, fue desterrado y se quedó sus últimos años en Venezuela. Permaneció ignorado y fue ya en 1890 que el Estado le otorgó una pensión y mandó a buscarlo en un barco que

---

\* Político dominicano, escritor, fundador del Partido Comunista del Trabajo (PCT).



Fuente: Fundación Luces y Sombras

Felipe Alfau



Fuente: Fundación Luces y Sombras

Benito González



Fuente: Fundación Luces y Sombras

Félix María Ruiz

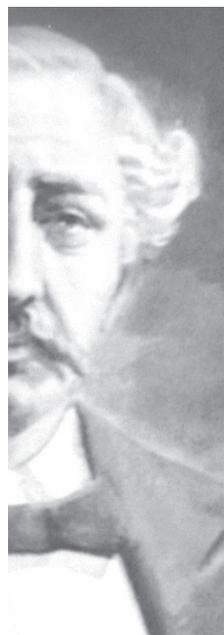


Fuente: Fundación Luces y Sombras

Jacinto de la Concha

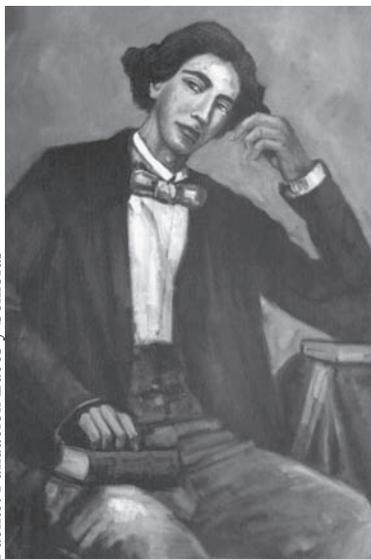


Juan Pablo



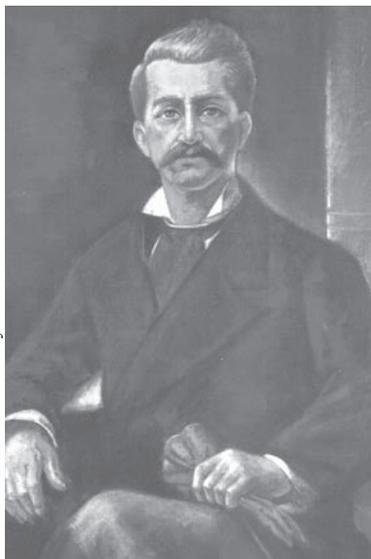
Duarte y Díez

Fuente: Fundación Luces y Sombras



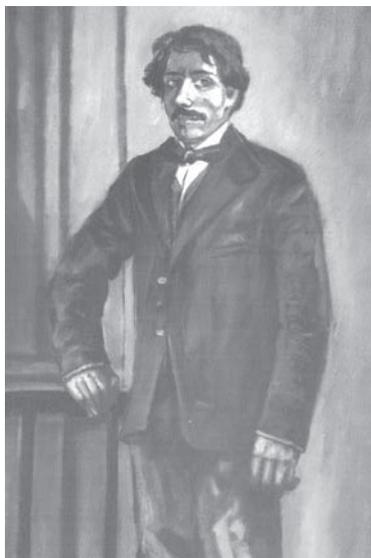
José María Serra

Fuente: Fundación Luces y Sombras



Juan Nepomuceno Ravelo

Fuente: Fundación Luces y Sombras



Juan Isidro Pérez

Fuente: Fundación Luces y Sombras



Pedro Alejandrino Pina

Ruiz no pudo abordar porque se lo impedía la enfermedad a la que sucumbió un año después.

**Benito González.** Estuvo en el Baluarte la noche del 27 de febrero. Poco después se retiró de la lucha política.

**Juan Isidro Pérez.** Fue en casa de su madre donde se fundó La Trinitaria, perseguido y desterrado junto a Duarte en 1843, acérrimo enemigo de Pedro Santana, declarado traidor y desterrado de nuevo por éste en 1844. Volvió al país en 1848 y en estado de completa enajenación mental, murió veinte años después. “El ilustre loco” suelen llamarle algunos historiadores.

**José María Serra.** Siguió junto a Duarte, pero cuando cayó el presidente Manuel Jiménez, bajo el ataque demolidor de Pedro Santana, Serra fue desterrado. Se instaló en Mayagüez, Puerto Rico, donde murió en 1888. Sus restos fueron traídos en 1915.

**Pedro Alejandrino Pina.** Tras el nacimiento de la República peleó contra los haitianos; uno más de las víctimas del destierro. Vino con Sánchez en la expedición antianexionista de junio de 1861, sobrevivió y fue él, según se afirma, quien enteró a Duarte de la guerra de restauración que estaba en marcha desde 1863. Pina regresó después del triunfo de los patriotas, se puso a la orden del general José María Cabral y mientras peleaba en la guerra de resistencia que éste dirigía en la región sur, contra el intento de anexión a Estados Unidos alentado por Buenaventura Báez en su administración de los Seis Años, murió en San Juan de la Maguana.

**Tomás de la Concha.** Fiel a los ideales nacionales y opositor a Santana, quien lo mandó al exilio tras el golpe contra Jiménez. Volvió Tomás en 1853 y dos años

después, acusado de conspiración por orden de Santana fue fusilado en El Seibo, a verdad sabida y buena fue guardada.

**Juan Nepomuceno Ravelo.** Como quien pasa de prócer a villano, se volvió un fanático anexionista. Peleó contra su patria junto a los españoles, y cuando las armas nacionales se impusieron en 1865, se fue con sus amos. Murió como español, en Santiago de Cuba, en 1885.

**Felipe Alfau y Bustamante.** Su ejemplo sirve para probar que los renegados no son un invento nuevo. A poco de proclamarse la República, se transformó en febril partidario de Santana. Persiguió el protectorado francés y en consecuencia se volvió un afrancesado. Enviado por Santana a Madrid, diligenció con afán el sacrificio de la independencia. Gobernador Político de Santo Domingo bajo el régimen de la anexión. Premiado con numerosas distinciones y títulos por Madrid, se fue a vivir a donde pertenecía, hasta morir en 1887, como gobernador de una importante ciudad española.

Solo eran ocho, pero en miniatura reflejaron temprano la tendencia a la dispersión que ha afectado a los movimientos políticos de nuestro país y la desconcertante variedad que ha distinguido desde siempre la cosecha política en cada época de nuestra historia.

---

— Fuente —

---

\* Periódico *El Día*, 13 de marzo de 2014, Santo Domingo, R. D. Reproducido con la anuencia del autor.

## Juramento Trinitario

16 de julio 1838

*En el nombre de la santísima, augustísima e indivisible Trinidad de Dios Omnipotente: juro y prometo, por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro presidente señor Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes habidos y por haber, a la separación definitiva del gobierno haitiano y a implantar una república libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se denominará República Dominicana; la cual tendrá su pabellón tricolor en cuartos, encarnados y azules, atravesado con una cruz blanca; la República establecerá su correspondiente escudo de armas. Mientras tanto seremos reconocidos los Trinitarios con las palabras sacramentales: “Dios, Patria y Libertad”. Así lo ratifico y prometo ante Dios y ante el mundo. Si tal hago, Dios me proteja y de no, me lo tome en cuenta y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición si los vendo.<sup>(\*)</sup>*

\*. Este es el texto del juramento Trinitario “conservado en la memoria, en el alma, por el respetable anciano Félix María Ruiz, el último superviviente de los trinitarios fundadores”.





## Duarte hombre práctico

*PEDRO TRONCOSO SÁNCHEZ\**

Paradójicamente, a Juan Pablo Duarte se le calificó casi oficialmente de “joven inexperto” en el mismo año de 1844, en que se obró el milagro de la independencia preparada bajo su dirección. Estaba desterrado a perpetuidad por “traidor a la Patria” y sus enemigos dominaban en la República.

Viéndolo vencido y expulso, igual que a Sánchez, Mella, Pina, Pérez y demás colaboradores, mientras la facción conservadora y protectoralista gobernaba, mucha gente se inclinó a creer que el autor del calificativo, Tomás Bobadilla, tenía razón.

Y no sólo se comentaba que era un inexperto sino que era un quijote, un iluso, un soñador, que se proponía fines inalcanzables o que no tenía dotas prácticas para llevar a realización lo que se proponía.

A esta creencia se agregaba el fenómeno psíquico-social de la sugestión y el temor que inspiraba el triunfador y gobernante, su adversario Pedro Santana. La moda impuesta por las circunstancias fué apocar a Duarte y exaltar al árbitro de la situación.

---

\* Filósofo, diplomático, ex-Rector de la Universidad de Santo Domingo, ex-Presidente de la Academia de Ciencias y del Instituto Duarteano.

También oficialmente —sin casi— se estableció que el movimiento de independencia arrancaba del mes de enero del mismo año, cuando los grupos de diferentes tendencias se unieron para lanzar la manifestación del día 16, y prácticamente quedó soslayada la heroica y esforzada preparación iniciada por Duarte y los Trinitarios el 16 de julio de 1838.

De este modo se dio entre nosotros la circunstancia de que, disfrutando el pueblo de una independencia que hasta febrero de 1844 parecía una utopía, corriera la fama de que su principal autor era un iluso poco apto para la acción y realización.

Esta fama se mantuvo por muchos años y puede que todavía algunos dominicanos se dejen arrastrar por ella.

Para apoyar la creencia que niega efectividad práctica a Duarte se suelen recordar hechos y situaciones posteriores a su regreso al país el 14 de marzo de aquel año, omitiendo lo que fue e hizo Duarte desde el 16 de julio de 1838 hasta el logro de la independencia.

Para superar una vez por todas este juicio injusto, ha sido necesario enfocar a Duarte en su integridad. Este examen ha revelado que desde su regreso de Europa en 1831 hasta 1844 hay en Duarte un hombre que combina admirablemente las condiciones de apóstol y caudillo con el don de la realización.

---

**Duarte un  
hombre que  
combina  
admirablemente  
las condiciones  
de apóstol y  
caudillo con  
el don de la  
realización.**

---

También nos ha revelado que si de marzo de 1844 en adelante no fué el mismo líder de la acción triunfante, dentro de las pugnas políticas internas —como lo fué cuando luchaba por la libertad—, no se debió a ausencia de aquel don, que demostró poseer en grado eminente y del que necesariamente continuó dotado, sin a que por encima de su habilidad práctica prevaleció en él la falta de ambición personal, el escrúpulo moral ante los procedimientos no democráticos ensayados para contrarrestar la fuerza de Santana, y el anhelo de ver asegurada la unidad del pueblo para que pudiera mantener su conquistada independencia frente a la contra-ofensiva haitiana, y para alcanzar mayores niveles de prosperidad y poder defensivo.

Cuando Duarte regresó de Europa en 1831 vino ya animado por la vehemencia de su ideal patrio. La prueba está en el episodio de su contestación a la pregunta del Dr. Valverde, que recoge Rosa Duarte en sus *Apuntes*. Hay que suponer que este primer diálogo patriótico recogido por la admirable hermana del prócer no fué un hecho aislado sino sólo el símbolo de su permanente actitud y de sus palabras desde que vino.

Sin embargo, su prudencia de hombre práctico, no obstante su juventud, le aconsejó no acometer por el momento una acción concordante con sus anhelos de libertad, que por lo apresurada culminara en fracaso. Hizo prédica discreta y esperó pacientemente a que el ambiente madurara al grado de poder contar con suficientes elementos para un trabajo en grande, organizado y efectivo.

El momento esperado llegó en julio de 1838. El Trinitario José María Serra lo relata hermosamente con palabras delirantes.<sup>1</sup> Duarte se le presentó y le dijo que

ya era hora de dar forma concreta al sueño que inquietaba al círculo de amigos.

El proyecto comenzó a materializarse con la fundación de la sociedad secreta “La Trinitaria” el 16 del mismo mes. Las circunstancias de esta fundación son una prueba elocuente del tacto de Duarte. Se realizó a plena luz del día, en una ocasión festiva y en el lugar mismo de la celebración, a dos pasos del gentío. Es decir, en condiciones menos perceptibles que si hubiera sido en el silencio de la madrugada. La calidad personal de los amigos seleccionados, la estructura y funcionamiento de la sociedad, proyectados por Duarte, todo pone de manifiesto la inteligencia práctica del iniciador, su habilidad como conspirador, abonadas seguramente por estudios previos y por detenida observación de las particularidades del medio en que actuaba.

Bajo la dirección del patricio la sociedad fué ganando adeptos, discretamente, en todo el país entre las personas de más influencia en cada comarca: el cura, el cacique local, los hacendados, y entre las gentes de armas que militaban bajo la autoridad de los jefes haitianos.

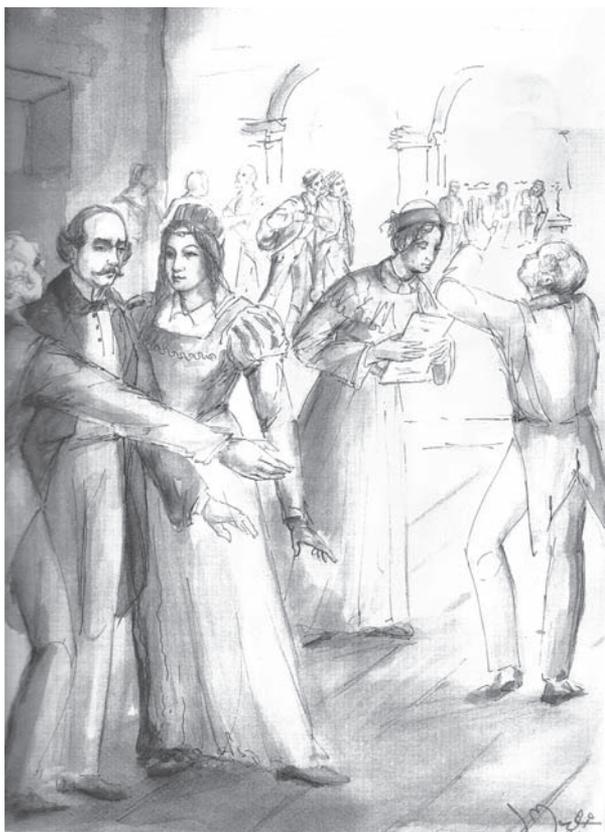
Esta labor de contactos personales secretos con emisarios que viajaban por todas partes —gracias a un seguro sistema de financiamiento centrado en el almacén del padre de Duarte— determinó la formación de una compacta red conspirativa en todo el territorio dominicano, que era continuamente alimentada con hojas revolucionarias clandestinas.

No se sabe ciertamente de delaciones y traiciones, no obstante la vastedad del movimiento, lo cual revela tres cosas: que la independencia era un fuerte anhelo

común; el tacto con que se escogían a los comunicados, y lo disimuladas de las diligencias.

Hubo deserciones del ideal trinitario entre los comprometidos, pero no propiamente traiciones. La que le achacan a Felipe Alfau es falsa, como ha podido demostrarlo un calificado investigador. Su decencia personal nunca ha sido seriamente desmentida.

Llegó un momento en que la preparación tomó una forma notoria, compatible con el estado de opresión. Había que salirse del reducido círculo de los comprometidos; había que educar al mayor número; había que estimular en el público los sentimientos de amor a la libertad y la disposición al sacrificio y a la rebeldía. Había que encender el ánimo de la generalidad apagado por la pobreza, la ignorancia y la rutina. El recurso a la prensa era costoso y arriesgado. El elegido por Duarte fué el teatro.



Dibujo alegórico a La Filantrópica por Juan Medina, en *Iconografía de Juan Pablo Duarte*, Julio Portillo.

El había traído de Europa obras dramáticas de Eugenio de Ochoa, de Martínez de la Rosa y de Vittorio Alfieri, expresamente seleccionadas para suscitar la pasión de patria libre e invitar al heroísmo.

El iniciado Manuel Guerrero costó la construcción de la barraca, y todos los Trinitarios y sus amigos y amigas fueron a un tiempo actores, tramoyistas, utileros y promotores. Duarte era el apuntador.

Las veladas teatrales de los Trinitarios, quienes pasaban como simples aficionados con propósitos filantrópicos, fueron en aquellos días el acontecimiento de mayor resonancia en la pequeña ciudad de Santo Domingo. Su efecto en el espíritu público fué enorme y suplió con ventaja las hojas impresas y cualesquiera otros medios de comunicación. De este modo quedó cumplido uno de los objetivos de los patriotas dirigidos por Duarte, en su preparación de la independencia.

El período de más ostensible actividad duartiana va de 1841 a 1843. El primero fué el año en que se trasladó a Venezuela para extender hasta allí los tentáculos de la conspiración. Entre las muchas familias dominicanas emigradas a Caracas él tenía fuertes vinculaciones de amistad y de negocios. Duarte fué a ellas a hacerles pagar con dinero para la causa su pecado de haberle dado la espalda a la desgracia de su país. El resultado de la prédica del patricio cerca de estas familias se hizo mayormente efectiva en 1844.

El 1842 fué el año más activo de Duarte en el plano del apostolado y la enseñanza, junto con el Padre Gaspar Hernández. Fué también el año en que su notable visión práctica le aconsejó vincularse a los haitianos

que tramaban el derrocamiento del viejo dictador Jean Pierre Boyer, previendo que la caída de éste facilitaría decisivamente el propósito dominicano de expulsar a los invasores al provocar necesariamente la sustitución de un organizado régimen de fuerza por una situación de confusión y caos en la nación vecina. Fue asimismo el año en que ingresó con el grado de capitán en la Guardia Nacional haitiana como un medio de perfeccionarse en el manejo de las armas y de aplicar en ejercicios prácticos el conocimiento teórico que ya tenía del arte militar. Desde esta posición alentó el ingreso al mismo cuerpo armado de lo más granado de la juventud dominicana, considerando que era el camino más efectivo para convertir en soldados potenciales a los jóvenes adictos al movimiento de independencia.

El 1843 fué el año de la lucha abierta para extender hasta el territorio dominicano la revolución haitiana de la Reforma, lucha que tuvo culminaciones el 24 y 26 de marzo, lo que le valió a Duarte ser nombrado miembro de la junta provisional de gobierno de la parte dominicana y coronel jefe de la Guardia Nacional. En calidad de funcionario haitiano recorrió la región oriental del país con la finalidad aparente de dejar formadas las distintas juntas populares revolucionarias de la región y con el verdadero propósito de conquistar importantes adeptos a la conspiración de la independencia. De este modo atrajo para la causa a los hermanos Pedro y Ramón Santana.

En este mismo año de 1843 y gracias a la extensión que ya había cobrado la trama independentista, pudieron Duarte y sus compañeros triunfar en junio, contra las fuerzas reaccionarias, en las elecciones celebradas con

el propósito de formar los colegios electorales llamados a designar a los diputados a la Asamblea Constituyente que debía reunirse en Port-au-Prince para supuestamente aplicar los principios de la revolución reformista. Este triunfo sorprendente, que a los haitianos y a los propios patriotas se les reveló como una clara evidencia del vigor que había ganado en esta porción dominicana de la isla la carrera hacia la independencia, alarmó de tal modo a los nuevos gobernantes del país dominador, que en un imponente movimiento de reacción trataron de detenerla. Pero tan madura estaba ya la obra de preparación, que ni las amenazas, ni los atropellos, ni las prisiones, ni el exilio del caudillo, con toda su cohorte de medios terroríficos, pudieron darle marcha atrás al reloj de la historia.

En la ausencia obligada del más notorio de los jefes revolucionarios, su glorioso sustituto, Francisco del Rosario Sánchez, fué capaz de unir de nuevo los hilos de la trama, momentáneamente dispersos, y dar cima perdurable a la idea que se venía gestando desde 1838.

Después del victorioso grito del 27 de febrero de 1844 regresó Duarte del exilio forzoso. Las condiciones en que fue llamado y traído al suelo patrio, con todos los honores, desde Curazao, son la prueba palmaria de la posición de supremo caudillo de la independencia en que le veían y reconocían los febreristas de cuño trinitario que integraban la junta central gubernativa. El fue el primer artífice de la milagrosa obra. Sus grandes dotes de realizador fueron el eje en torno al cual se forjó la nueva patria. Pero esas mismas dotes, enraizadas en sustancia de santidad, no le iban a servir ya para la lucha interna por posiciones. Sólo para la defensa de la pura

autonomía contra las maquinaciones protectoralistas. Por eso le vemos en toda su enérgica estatura el 26 de mayo y el 9 de junio de 1844. Pero no en el movimiento para llevarlo a la presidencia de la República y oponerlo a la avalancha guerrera guiada por Santana desde los campos del Sur. Primero era la unidad de la nación en el momento de peligro. Primero era la salvación de los principios. Primero era la patria y su futuro.

Esta renuncia dio base para que hiciera fortuna el calificativo de joven inexperto, olvidando lo esencial de la obra de Duarte: el haber rescatado a la comunidad dominicana del destino a que le tenían condenada pesados factores geográficos y demográficos.

Quien albergue todavía alguna duda respecto de las dotes prácticas y la voluntad realizadora de Juan Pablo Duarte, que recuerde la sentencia de Meriño:

*“Si limitados se juzgan los vuelos del prócer esclarecido, suficientes fueron para darnos patria y libertad”.*

**Notas:**

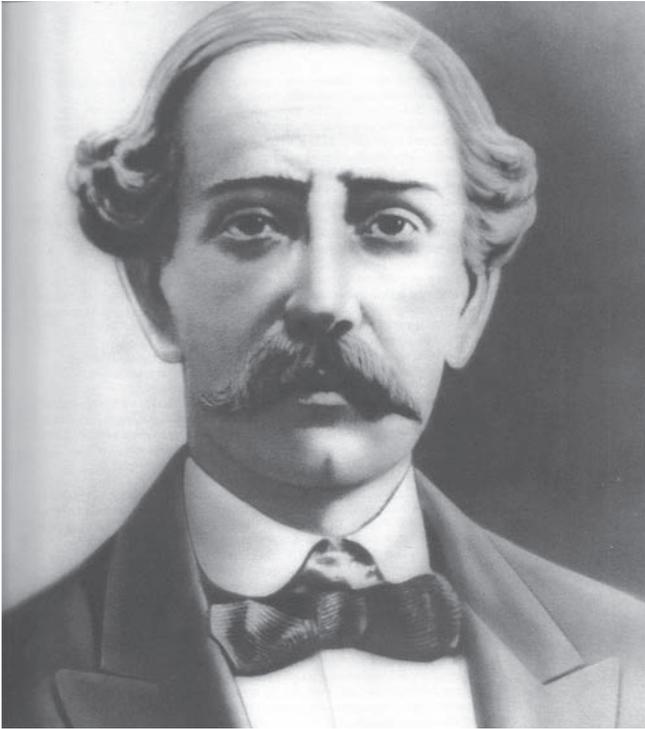
- (1) José María Serra. *Apuntes para la historia de los Trinitarios, fundadores de la República*, 3a. edición. Secretaría de Estado de Educación, Santo Domingo, 1974.

---

— Fuente —

---

\* “Duarte hombre práctico” en *Boletín del Instituto Duarteano*, no. 7, enero-diciembre 1971, Santo Domingo, R.D.



Composición fotográfica por Chaván Morel. 1966, en *Iconografía de Duarte*, Julio Portillo.

**N**o he dejado ni dejaré de trabajar a favor de nuestra santa causa haciendo por ella, como siempre, más de lo que puedo, y si no he hecho todo lo que debo y he querido, quiero y querré hacer siempre en su obsequio, es porque nunca falta quien desbarate con los pies lo que yo hago con las manos.

*Juan Pablo Duarte.*



## Duarte Romántico

EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI\*

### DISCURSO DE INGRESO AL INSTITUTO DUARTIANO

Compañeros del Instituto Duarteiano, damas y caballeros:

Porque pertenecer a este benemérito Instituto Duarteiano implica la doble responsabilidad de una labor y una conducta en que es numen el Padre de la Patria, y porque vengo a ocupar el sitial vacío por la muerte del insigne ciudadano que fue don Haim López Penha, insigne por su noble saber, por su desbordada espiritualidad y por su don de poesía y de bondad, mi honda gratitud para vosotros, a quienes debo tal honor, no la expreso ni encarezco sino que la dejo suspensa en la utópica esperanza de ser integralmente lo que deberíamos ser todos los dominicanos: *duartianos*, *duartianos* en toda la riqueza y extensión de la Palabra.

De aquel diamante humano que fue José Martí, apenas hay una faceta descuidada por los artífices martianos. Como es la época, en las letras cubanas, de la investigación de Martí, cada día se alza una voz devota para mostrar un nuevo aspecto del Apóstol...

---

\* Historiador, autor y editor de numerosas obras de interés nacional.

Así exclamaba lustros atrás y algo así quisiera decir en este instante, dejando de lado el nombre de Martí por el de Duarte, pero es ahora, tardíamente, cuando empieza entre nosotros la investigación del Padre de la Patria, acometida al fin por este meritísimo Instituto de cuya proficua labor no ha de tener duda quien conozca la clara inteligencia, el alto espíritu y el patriotismo del ciudadano ilustre que lo preside.

Emiliano Tejera y su admirable hijo Emilio, Monseñor de Meriño, Federico Henríquez, José Gabriel García y sus dignos hijos Leonidas y Alcides, y tantos otros, estudiaron la mesiánica vida del Patricio, pero es menester un análisis más vasto, análisis de laboratorio en que no quede desconocida una sola sustancia del ser maravilloso; grata y fecunda labor, porque la vida y la obra del Trinitario es *“cristal que para cada luz tiene una irisación”*.

Como quien cumple, pues, un acto de conciencia, vengo a sumarme en la faena colectiva del Instituto, animado por el férvido empeño de señalar uno de los aspectos de mayor trascendencia en la vida de Duarte, el más iluminante y sin embargo apenas conocido: DUARTE ROMÁNTICO.

Decir que Duarte fue un romántico, que su obra política y sus escritos fueron de esencia romántica, tiene capital significación histórica, porque fueron los románticos los revolucionarios del siglo XIX, desde Hugo y Byron, en Europa, hasta Bolívar, en nuestro Continente: de ahí que la palabra libertad fuese el lema del movimiento romántico.

Afirmar que Duarte fue un romántico, en el grado que lo fue, equivale a incorporarlo a la historia del

romanticismo en la América hispana; y es darle más conspicuo lugar en nuestra historia literaria, y asimismo en la política, como glorioso introductor del romanticismo en nuestra Patria, honor que hasta ahora se discernía exclusivamente al poeta y patriota Manuel María Valencia. Duarte, romántico, es ya un prócer de más alta categoría que la que se le reconoce devotamente desde antes de la fundación de la República.

Por el año de 1826 el adolescente Juan Pablo Duarte y Díez parte hacia Europa, vía Norte América, donde ha de pasar algunos años de fecundo aprendizaje, y ha de caldear el alma varonil al Sol de sus antepasados, según la frase de Meriño. Viaja por Inglaterra, Francia y España, y en Barcelona, tierra amada de los dominicanos, fija su residencia de estudiante y de prócer en ciernes, vivos aún los ecos de la caída de Lord Byron, la máxima figura del romanticismo inglés, poeta y héroe romántico por excelencia.

Era la época en que Europa bullía en el vértigo del romanticismo, en los años de plenitud de su primera época, “*como instrumento potencial*” de las grandes causas, de las luchas por los ideales nobles, por la libertad. Los románticos, los poetas, llenaban los aires con las declamaciones y los gritos de sus anhelos y de sus esperanzas. La vida toda, impregnada de aspiraciones vehementes, era “*un caudal de ímpetus*”, de ansias incontenibles, de sed insaciable de todo lo que significara la realización de esos ideales.

Duarte se halló así en la vorágine, en el centro hispano de mayor ebullición romántica. Basta decir que fue la revista barcelonesa *El Europeo* la introductora del



Duarte joven. Dibujo por Gonzalo Briones.

romanticismo en toda la Península Ibérica; de la embriaguez de la naturaleza moral, como lo llama Madama Stael.

¿Cómo, pues, había de permanecer ajeno a lo que se suscitaba en torno suyo en el vasto escenario de Europa? ¿Cuáles fueron las influencias recibidas por su juvenil espíritu, ávido y sensible?

Cuando el joven romántico Théophile Gautier escribió su *Viaje a España*, por el 1840, en que expresara con tan vivos colores su ardiente admiración por la “romántica España”, ya Duarte, apenas salido de la adolescencia, se había ausentado de la tierra española. Esa cálida admiración de Gautier, que procedía de las bulliciosas márgenes del Sena, hace pensar cómo sería la admiración, la sensación y el asombro de Duarte al llegar a Barcelona, procedente de una tierra cautiva y desolada, ajena a la vida del espíritu.

Hallábase, pues, en la animada villa catalana en los momentos memorables en que reunida su juventud en juntas y academias particulares fomentaba los buenos estudios y el desarrollo cultural y político de que tal vez no pudo gloriarse “ninguna otra capital de España”. Desde su llegada a la Metrópoli hasta su retorno a la Isla, hacia 1832, época del delirio romántico español, en toda la Península resonaban los nombres de sus grandes poetas románticos de entonces, unos en plena madurez, como

---

**¿Cómo, pues,  
había de  
permanecer  
ajeno a lo que  
se suscitaba en  
torno suyo en el  
vasto escenario  
de Europa?**

---

Martínez de la Rosa, y otros en los comienzos de su carrera fulgurante, como el Duque de Rivas y Espronceda.

Duarte asistió al singular espectáculo que fue la vida de Espronceda, en España “*el primer romántico en acción*”; vio nacer su poesía y recorrió su ruta del exilio, París y Londres, en los mismos tiempos que él. Podría decirse que en la fundación de La Trinitaria, Duarte se inspiró en la Sociedad Secreta revolucionaria *Los Numantinos*, creada por Espronceda en 1823. Templarios llamó Duarte a sus compañeros de La Trinitaria, y en sus versos repitió tantas veces la palabra templario —puesta en boga por Espronceda que es, como dice Allison Peers, “*el peregrino y el ermitaño utilizados por el movimiento romántico para ilustrar su concepto del cristianismo*”.

En su *Historia del romanticismo español* dice García Mercadal que hay un grupo de composiciones de Espronceda en que se descubren esas íntimas rebeldías con que los espíritus nobles reaccionan frente a las iniquidades e injusticias de que la sociedad egoísta de los hombres está formada; que el poeta se compenetra con el inmenso acervo de las angustias humanas y armoniza, en un fondo de lamentaciones, su propio dolor con el dolor de todos. Tal es el caso de Duarte poeta. Su poesía, poesía de la angustia, fue la expresión de su dolor y del dolor de todos.

Es evidente que Duarte —en la Madre Patria en los mejores tiempos del romanticismo— se saturó de su fuerte acento, inapagable acento que perduraría por siempre en su vida y su obra. Así, al entrar en el reino de la poesía, se revelaría en él, inevitablemente, la influencia de los poetas románticos de España, en cuyo ámbito se había formado.

En las estrofas en que Duarte evoca la amistad de Jacinto de la Concha, dice:

*Soy Templario, me decías un día,  
Jacinto un tiempo de la Patria amada,  
y en sacro fuego el corazón se ardía,  
y Ozama el alma se sentía abrasada.  
Tomás entonces con placer te oyó,  
y el alto honor de ser primera ofrenda,  
como un templario merecer juró  
en la sagrada nacional contienda...  
...Soy Templario, repetir, sí, debes  
allá en el cielo tu mirar clavando...  
...Soy Templario, repetir debemos  
los que en el pecho el honor sintamos...*

Espronceda, en la leyenda que tiene precisamente el título de *El Templario*, dice:

*Mi nombre, aunque ilustre, me es fuerza ocultar;  
saber es bastante que soy un cruzado  
que vuelve de tierras de allende la mar...*

El templario de Espronceda es también el templario de Duarte; el *cruzado* del poeta español es el cruzado del poeta dominicano.

Pero todavía son más patentes las reminiscencias del Duque de Rivas, del “*Víctor Hugo español*”, en la poesía de Duarte. En *El Criollo*, versos imprecatorios contra la Anexión a España, exclama airado:

*Y ¡oh! cual tronara  
allá el Benavente,  
si al mundo tornara  
y viera a su gente:  
¿Ya no hay castellanos  
diría, en mi nación?  
¡Afuera, gitanos!  
¡Afuera el Borbón!  
Mas ni hay Benavente,  
ni hay ya más España:  
su cetro potente  
tornóse de caña  
tan extraña y vana  
cual son los Borbones:  
su timbre un Santana,  
blasón sus traiciones.*

En los versos de Duarte hay la clara evocación de *Un Castellano Leal*, romance del Duque de Rivas en que aparecen las figuras opuestas de Benavente y de Borbón. Para Duarte, Benavente es el patriota, y Borbón, Santana. Son dos situaciones semejantes, ostensiblemente reveladoras de cómo Duarte abrevaba en las más nobles fuentes del romanticismo hispano. Para su evidencia bastan estas estrofas del Duque de Rivas, paralelas a las de Duarte:

*No profane mi palacio  
un fementido traidor  
que contra su Rey combate  
y que a su Patria vendió.  
Pues si él es de Reyes primo  
primo de Reyes soy yo;*

*y Conde de Benavente,  
si él es Duque de Borbón.  
Al verso del Duque de Rivas,  
un fementido traidor,  
corresponde este verso de Duarte:  
sino un traidor fementido...*

Para la definición de Duarte romántico tiene notorio interés otra de sus *impregnaciones* románticas de Barcelona. Está allí en tiempos de auge, en la villa catalana, del poeta inglés Eduardo Young, según Díaz Plaja una de las personalidades que pesaron “*más decididamente en la elaboración del sentimiento romántico europeo*”, del que parte toda la escenografía nocturna y sepulcral, una modalidad específica de la época. Y es el caso que Duarte, en cuyos escritos no hay otras menciones de escritores, repite, en su carta del 18 de marzo de 1865, dirigida a su amigo Félix María Del Monte, una frase de Young por demás romántica:

*“...pues si bien dice Young que cual las flores se cierran a la caída de la tarde así el corazón del hombre en la tarde de la vida, el mío aún ha permanecido abierto al amor de mi Patria”.*

Honda influencia tendría el romántico Young en Duarte, renovada en sus largos años de soledad y de dolor, cuando a la altura del 1865 aún le recordaba, si no es que por entonces sublimaba su angustia en los sombríos versos del poeta.

Duarte está allí, junto al azul Mediterráneo, cuando se producen las más estruendosas explosiones del liberalismo

catalán, de 1820 a 1833, es decir, en un período que sobrepasa su estada en Barcelona, y estas manifestaciones del romanticismo activo de tal modo influyen en él que de regreso en sus lares, al preguntarle el Dr. Valverde qué había sido lo que más le había llamado la atención en sus viajes, respondió vivamente: “*los fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero demos nosotros un día a nuestra Patria*”.

Pero todavía hay otras resonancias de Barcelona en la vida y obra del Patricio. Allá, en su tiempo, se repetían las delirantes representaciones de *Bruto o Roma Libre*, de Alfieri, y de *La Viuda de Padilla*, de Martínez de la Rosa, dramas que él haría representar aquí en las patrióticas funciones de La Filantrópica. Con Duarte llega a su Patria, pues, toda la actividad romántica de Europa. Su impregnación romántica había sido total. Su inmersión en las prístinas fuentes del nuevo credo, en Londres, en París y particularmente en Barcelona, hizo de él un romántico auténtico, más que un poeta de las letras, un poeta de la libertad.

El futuro patricio también se hallaba en Barcelona en el período de exacerbación romántica en que predominaba allí la adoración por Walter Scott, quien —como apunta Díaz Plaja— había ofrecido a los primeros románticos “*un inundo exaltado y misterioso, propicio a la más alocada de las imaginaciones*”. En 1833, en un artículo acerca de la *influencia de las obras de Scott en la generación actual* —la generación de Duarte— el periódico catalán *El Vapor* decía: “*¿Rehusaremos a Walter Scott el privilegio hermoso de habernos hecho amable la pureza de costumbres, de haber contribuido*

*al acrecentamiento del trabajo, no menos que a la honra de la virtud?... El importante dogma de la fraternidad humana, este dogma desconocido de todos y tan útil en época cual la nuestra, resuelta, pendenciera y fratricida, no halló intérprete más hábil ni abogado más ardiente”.*

No vacilemos en afirmar que Duarte recibió en Barcelona la romántica influencia ejercida allí por Scott. El dogma scottiano de la fraternidad humana fue dogma de Duarte y nadie como él le dio vida entre nosotros. En ningún momento de nuestra historia hubo en tan excelso grado, como en los aurales días de La Trinitaria, “*intérprete más hábil ni abogado más ardiente del dogma de la fraternidad humana*”. De ese dogma romántico nació nuestra República.

El hijo de Manuela Díez tuvo el extraordinario privilegio de ser espectador —directo o indirecto— del máximo escándalo romántico de todos los tiempos: el estreno de *Hernani*. Quizás estaba en aquel momento singular en París; quizás, con mayores probabilidades, en Barcelona, pero siempre en un punto presa de la febril agitación romántica, al que llegaban de inmediato los estruendosos ecos del escándalo.

La hora triunfal del romanticismo francés —dice Allison Peers— fue la del estreno de *Hernani*, el 25 de febrero de 1830, verdadera batalla victoriosa librada contra los clasicistas —a la que asistió complacido Chateaubriand, adelantado romántico de Francia— y que devino célebre hasta por detalles pintorescos, como el del chaleco rojo que Gautier ostentaba en la ocasión a. manera de enseña desafiante contra los adversarios de Hugo.

Y he aquí un sugestivo testimonio de la repercusión que tuvo en Duarte la representación del drama de Hugo. En su interesante obra *Ayer o el Santo Domingo de hace 50 años*, Luis E. Gómez Alfau ofreció esta noticia sin parar mientes en su importancia: “*Los chalecos eran generalmente de color blanco o negro. Se comenzaron a usar de otros colores en el año 1832 cuando Duarte regresó de Europa y le trajo a sus amigos como obsequio unos muy finos que estaban de moda en París. A Felipe Alfau le regaló uno rojo muy elegante*”. Era, ¡nada menos! que el chaleco rojo de los románticos, el que lució Gautier, convertido desde entonces en símbolo romántico.

En Duarte no hay un solo elemento volitivo que pueda separarse de su ideal romántico, de su ideal de Patria. En ninguna de sus nobles actividades, ni en sus escritos, verso y prosa, ni en los libros que poseía, en ninguna de las excelsas manifestaciones de su vida, está ausente la Patria, encarnación romántica. Hasta cuando el amor le encadena fugazmente, una y otra vez, la Patria está presente y se interpone victoriosa.

Todo en él se mueve dentro del ámbito más definitivamente romántico: su vida en el Viejo Mundo en un momento romántico culminante; su retorno a la Patria con el caudal de su experiencia romántica, en los oscuros días del cautiverio haitiano, para convertir toda esa experiencia en acción liberadora; su actividad revolucionaria netamente romántica, animada por las nuevas armas del romanticismo: la poesía, los libros, el teatro, las sociedades conspirativas. En su constructiva rebeldía, en su magisterio, en sus angustiosos versos del exilio, en su vida errabunda y en su soledad, en su romántica

odisea de la Restauración, en sus nostalgias, en su desolación, en su muerte, la muerte de un romántico; en todos los aspectos de su vida atormentada y miseranda, se manifiesta su acendrado romanticismo.

Sus conceptos de Patria y de Política, magnificados por el humanismo que le impulsa a abogar por la uni-

dad de las razas, se funden en sus versos patrióticos, en los que predomina el acento, el estilo romántico, con sus claras reminiscencias de Espronceda y del Duarte de Rivas. Duarte, fue, así, por excelencia, el romántico de la libertad. Este es, después del de Padre de la Patria, su grande y mejor título, el más propio y más pleno de significación y de sustancia.

Quien gritó a los jóvenes trinitarios, entre la hirviente multitud, el mote de *florios*, lo que quiso decirles fue románticos. Decirle Quijote a Duarte, como le dijeron sus detractores, era llamarle romántico. Y le llamaron joven inexperto y anarquista, que también equivalía a romántico, porque todavía no parecía infamante la palabra comunista.

Duarte fue entre nosotros el primero en el romanticismo social. Para ello hubo de ser, como lo fue, uno de los primeros en el romanticismo literario. A su paso por Francia vio que el alma y el espíritu francés —como dice Picard— estaban nutridos de entusiasmo, de fe, de



George Gordon Byron, según un cuadro de Thomas Phillips de 1813.

Fuente: [http://es.wikipedia.org/wiki/Lord\\_Byron](http://es.wikipedia.org/wiki/Lord_Byron)

ternura y de amor; que se había apoderado de la Patria de Hugo un sueño de justicia y libertad; que se nadaba en el ideal y en la ideología; que se afirmaba el derecho a la felicidad para todos y cada uno; que la escuela romántica había querido dar a las obras del espíritu un alcance filosófico, una fuerza capaz de obrar sobre la conciencia de los hombres y sobre los destinos sociales; que los hombres de pensamiento estaban preocupados por los problemas sociales de la época, por los padecimientos de la clase obrera, por los anhelos de independencia de los pueblos. Son ideas y sentimientos que hallamos, como transplantados en tierra por demás fértil, a todo lo largo de la vida de Duarte. Es la parte que le toca a Francia en la acción romántica del egregio patricio.

Las ideas democráticas de Duarte, saturadas de profundo romanticismo, de su enraizado romanticismo social, se enlazan a cada paso con las efervescentes ideas democráticas de hoy: que el Gobierno se establece para bien general de la asociación; que es y *deberá ser siempre popular en cuanto a su origen*, son expresiones de Duarte que parecerían, más que de Américo Lugo, de los jóvenes adalides de la generación presente.

En su Proyecto de Constitución, en el revelador artículo veinte, dice:

*“La Nación está obligada a conservar y proteger por medio de sus delegados, y a favor de leyes sabias y justas, la libertad personal, civil e individual, así como la propiedad y demás derechos legítimos de todos los individuos que la componen sin olvidarse para con los extraños, a quienes también se les debe justicia, de los deberes que impone la Filantropía”.*

Lo que revela que Duarte fue el primero entre nosotros en unir el concepto de libertad y el de propiedad a los conceptos derivados de las leyes sabias y justas y de los deberes que impone la Filantropía, que son en esencia los principios de las luchas sociales de nuestro tiempo, desde Hostos —se dijera— hasta Juan XXIII. El ideario político de Duarte, pues, su magno apostolado, es cosa vigente, de fuerza imperativa, quizás mucho más para mañana que para nuestros días.

No es caudal escaso el que trae consigo, en la mente y en el corazón, quien llega a su Patria con ansias de libertarla, después de fecundo viaje bajo el delirio romántico de la época. Como José Mazzini, creador de los ideales románticos de los jóvenes italianos y de la Joven Europa, en 1832, lo primero que ha de hacer al llegar al Ozama es despertar el sentimiento romántico entre sus compatriotas, y así crea, en acto por demás romántico, La Trinitaria, sociedad definidamente romántica. Hasta el número de sus fundadores es cifra romántica, nueve, como los nueve templarios de Godofredo de Bouillón que permanecieron con él en Jerusalén después de la partida de los cruzados.

Como el romanticismo alemán, que libra su primera gran batalla contra Napoleón, el romanticismo dominicano, animado por Duarte, se forja y enriquece en su lucha

---

**No es caudal  
escaso el que  
trae consigo, en  
la mente y en el  
corazón, quien  
llega a su Patria  
con ansias de  
libertarla...**

---

contra el haitiano. El medio es también medio romántico, propicio al surgimiento de poetas y de libertadores: el recinto, conventual y militar al mismo tiempo; el ancho Ozama, con su lentitud lacustre; las ruinas de edificios ilustres, tan cantadas por los románticos; y por encima de todo la inenarrable tristeza de los dominicanos, hundidos en la lobreteza de la dominación haitiana, del “*cautiverio babilónico*”, sin la más remota esperanza de redención. Tal es el ámbito de la villa que ya merece el título de Ciudad Romántica, en que Duarte inicia su empresa libertadora y en la que ha de contar con románticos de tan definidas características como Juan Isidro Pérez, el Ilustre Loco, o quizás mejor, el romántico loco.

El caso de Duarte, pues, es decir, del hispanoamericano que viaja al Mundo Antiguo y que retorna a su Patria con el singular presente del romanticismo, se repite sorprendentemente en nuestra América, en primer término en Venezuela, porque fue Bolívar la mayor figura romántica, americana, de su tiempo. Pero es un romántico argentino el de mayores semejanzas con el romántico dominicano. Después de haber vivido en París durante los agitados años de la batalla romántica, de haber asistido a la resonante representación de *Hernani*, el argentino Echeverría regresa a Buenos Aires y junto con otros jóvenes forma una sociedad literaria en que se congrega la primera generación romántica bonaerense opuesta al tirano Rosas. Como Echeverría, que fue el numen de los antirrosistas que dieron a la Argentina su organización liberal, así Duarte, en la actividad romántica que culminó en la creación de La Trinitaria, fue el numen del separatismo, pórtico de la República.

La prédica de Echeverría —señala Anderson Imbert, quizás el más brillante discípulo de Pedro Henríquez Ureña— fue sobre todo oral. Hemos perdido —dice— lo mejor de su inteligencia y el secreto de su magisterio sobre los jóvenes que le rodeaban y seguían; pero por pálidos que sus escritos resulten en comparación con el efecto de su palabra viva, hay en sus obras enseñanzas permanentemente sólidas.

Huelga señalar la identidad entre la labor de Echeverría y la de Duarte. La prédica del eximio dominicano fue también sobre todo oral: también se perdió lo mejor de su inteligencia y el secreto de su magisterio sobre los jóvenes trinitarios que le rodearon y siguieron, y ni aun sus escasos escritos recogen la resonancia de su palabra, la palabra mesiánica que encendió la llama del patriotismo dominicano para luego apagarse en el olvido, pero cuya desaparición fue como la de la simiente cuando nace el árbol.

Todas las características del tipo romántico aparecen cabalmente en Duarte: el espíritu revolucionario, el vehemente nacionalismo, la propensión a lo sentimental y generoso, la imaginación mística, el cálido y vivo sentimiento de la amistad, de la que es paradigma la que le une a Juan Isidro Pérez, el más ardiente y más sensible de todos sus amigos; el amor a la soledad, refugio del romántico desdichado, que llega en Duarte a la máxima culminación en sus largos años de olvido en su propio hogar caraqueño, perdido en las oscuras lejanías de Venezuela.

Poseído de sus sueños, de su invencible ideal de Patria, ideal romántico, no se aviene a la realidad y prefiere vagar triste y solitario por las selvas inescrutables. Hay en él el conflicto entre el ideal y la realidad —propio de algunas magnas figuras del romanticismo, como Novalis,

Schiller, Schlegel y aun de Goethe— el conflicto representado en *Manfredo*, el poema de Byron.

Otra de las características del romántico, su devoción por los grandes autores del Siglo de Oro, se descubre en Duarte, en su evidente reminiscencia de la Egloga segunda de Garcilaso:

*Vosotros los del Tajo en su ribera  
cantaréis la mi muerte cada día...*

Y Duarte:

*Cantad sublimes cantoras,  
las de la patria ribera...  
Cantad alegres sirenas,  
las del Ozama en la orilla*

La poesía de Duarte contiene los ingredientes típicos de la poesía romántica: en primer término la preferencia por el romance, característica de los poetas románticos, el metro nacional, como lo llamaba el Duque de Rivas; el amor a la naturaleza, la historia heroica, las confesiones dolorosas, las quejas contra el destino, la melancolía, la aspiraciones sociales y patrióticas, todo ello en “*una versificación profusa y varia*”. Guardadas las distancias, en Duarte hay algo de lo grandes poetas del romanticismo; algo de Espronceda, particularmente del político; algo del Duque de Rivas, de sus romances, de su poesía patriótica; algo de Leopardi, “*estoico que clama el dolor de la vida*” expresa el sufrimiento de un pueblo sojuzgado.

El himno de la Restauración escrito por Duarte en 1864 corresponde a lo que podría llamarse su última aventura romántica, en la que le acompaña el joven poeta Rodríguez Objío, arquetipo romántico de su generación. No es un Byron, que corre a libertar la Patria ajena, sino el expatriado que a la manera de los poetas de destierro, de que ha sido tan pródiga la América hispana, torna a su Patria a ofrendarle su último servicio, aun a costa de la vida, como lo dice en el Coro:

*Por la Cruz, por la Patria y su gloria  
denodados al campo marchemos:  
si nos niega el laurel la victoria,  
del martirio la palma alcancemos.*



Sueño de Duarte. Por Luis Desangles, Sibilly, 1892.

Toda la poesía de Duarte, en fin, como toda su prosa, es de la más pura esencia romántica. Fue un romántico del pensamiento y de la acción.

Si a Manuel María Valencia se le atribuyen las primeras notas poéticas románticas, no más allá del marco literario, **a Duarte es menester reconocerle como precursor de nuestra poesía civil; como el verdadero introductor del romanticismo en su tierra nativa: darle a la juventud de su tiempo un ideal de cultura y libertad, fundar La Trinitaria y crear la República, fue una auténtica actividad romántica.**

**Que en cada uno de nosotros, los duartianos, haya, pues, ese ardiente afán de descubrir en Duarte alguna virtud nueva; que cada uno de nosotros aspire a la gloria inefable del hallazgo de algún aspecto desconocido del Patricio; que en cada uno de nosotros haya algo del romanticismo del Padre de la Patria.**

**Que sobre nuestras conciencias no se proyecte la sombra de ningún acto antidemocrático, es decir, de ningún acto antiduartiano.**

---

— Fuente —

---

✧ Emilio Rodríguez Demorizi, “*Discurso de ingreso al Instituto Duartiano*” en *En Torno a Duarte*, vol. XLII, Academia de la Historia, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1976.

#### LAMENTO

*Pensé cantar mi desventura impía  
y airado el numen se negó a mi intento;  
pensé cantar y en la garganta mía  
opreso el canto se trocó en lamento.*

*Juan Pablo Duarte.*



## Regreso de Duarte\*

JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ SAVIÑÓN\*

Se piensa con razón que fue muy justa la idea de enviar la goleta “Leonor” a buscar a Duarte a Curazao, porque fue Juan Pablo el hombre de la idea de libertar la Patria y también de la acción incansable para conseguirla.

Esta labor empezó desde su regreso de Europa con los trabajos de concienciación y aglutinamiento de la juventud dominicana en el almacén de las Atarazanas, en la Guardia Nacional, en la Trinitaria, la Filantrópica, la Dramática, en la iglesia, las logias masónicas, la acción en la revolución de la reforma contra Boyer, en las juntas populares, en todas las ocasiones y en todas partes Duarte se multiplicó para lograr su sueño de darnos una patria libre. Había que reconocerle con el agradecimiento de toda la sociedad. Por tanto, esos justos, emotivos y acertados actos del 15 de marzo en el 1844. Se diría que ese fue el día más feliz en la vida de Juan Pablo.

Pero lo verdaderamente importante de su regreso no fue que le hicieran un apoteósico recibimiento de héroe y que el vicario Portes le proclamara “PADRE DE LA PATRIA” recién nacida.

---

\* Presidente del Instituto Duarteano.

Lo más trascendental de su regreso fue que Duarte estaba presente para proteger adecuadamente la República. Él se enteró, por los alarmantes informes de Sánchez y sus compañeros, que esa Patria, antes que nada, había ahora que defenderla de todos los males que la asechaban. Que nuestra preciosa libertad corría un grave peligro y era no solo por las inminentes invasiones haitianas, ya que él tenía fe en el

dominicano y en su habilidad para defenderse, la mayor importancia de su regreso al país fue enterarse de las maquinaciones del cónsul Saint Dennis con la complicidad de Bobadilla, Santana y otros traidorzuelos y oponerse categóricamente a la traición y la sesión de la Península y Bahía de Samaná de por vida a la nación francesa y la consecuente transformación de la República en un protectorado francés con un gobernante extranjero y la pérdida total de nuestros derechos.

Por eso, en la mañana del domingo 26 de mayo de ese inolvidable año, su voz firme y varonil resonó como un trueno en la Junta Central Gubernativa, derrotando los planes de los pusilánimes y enfrentando los poderosos intereses imperiales del cónsul francés, dejando así para siempre el ejemplo de sus puros ideales gravados en la conciencia de los dominicanos.

Aún más, fue necesario que organizara la acción cívica militar del 9 de junio mediante la cual el gobierno

—◆—  
**su voz firme  
y varonil  
resonó como  
un trueno en la  
Junta Central  
Gubernativa,  
derrotando  
los planes**  
—◆—

trinitario borró definitivamente ese peligro francés para la Patria querida. El resto lo realizó el valor del dominicano en valles, montañas y cañadas, con su machete de labranzas como arma principal, demostrando toda la razón que tenía Juan Pablo Duarte en la fe que siempre mantuvo en la República. Había patria para siempre. Hay incluso una prueba más de lo trascendente de esa acción del 26 de mayo de 1844, y es de fuente haitiana. El recordado historiador Dr. Julio Campillo Pérez trajo de Puerto príncipe una fotocopia de “La feuille Du commerce” del 7 de julio de 1844 que fue reproducida por Emilio Rodríguez Demorizi, la cual informa que fue tan enérgica la protesta de Duarte, que la mayoría de la asamblea rechazó el protectorado.

¿Porqué los haitianos se hicieron eco de ese acontecimiento? Pues sencillamente, era importantísimo para Haití que no se permitiera la entrada nuevamente de tropas francesas a la isla de Santo Domingo, porque era una amenaza para la nación haitiana que naturalmente recordaba la reciente salvaje esclavitud a que los habían sometido los franceses.

Así pues, Duarte no solamente protegió la República Dominicana, sino también indirectamente, la nación haitiana, estos son importantísimos acontecimientos casi desconocidos para nuestro pueblo.

Hermanos dominicanos, nuestra nación ha sido víctima siempre de las vicisitudes históricas desde su nacimiento, no crean que es solo ahora que tenemos problemas. Es una necesidad la unión de todos los dominicanos con fe en la Patria, bajo la sombra espiritual de Duarte, haciendo a éste nuestro Norte, nuestro ejemplo a

seguir, por su honradez insobornable, su espíritu de lucha y su trabajo incansable deben ser la inspiración, la mística necesaria para vencer los males que agobian a nuestro pueblo y con fe en Dios, en la patria y en el dominicano, que es un pueblo noble y bueno mayoritariamente, nos encausemos por caminos seguros hacia la república justa y feliz que soñó Juan Pablo Duarte y Díez.

***¡Salve Padre de la Patria, te proclama tu pueblo,  
tu República agradecida siempre te recuerda  
y te honra!***



Bergantín *La Leonor*. Fuente: Colección Patria Visual.



## La Guerra de la Restauración y la Independencia Nacional

JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ SAVIÑÓN\*

*Se analiza la importancia de ambas gestas en la formación del ser nacional.*

La Guerra de la Restauración de la Independencia fue uno de los más importantes acontecimientos de la historia del país. Fue todo un pueblo que hizo suya esa lucha por sus derechos conculcados, por su tierra, su familia, sus propiedades, sus costumbres, por su Patria toda. Por eso cuando la bandera de Duarte fue desplegada en el cerro de Capotillo todo el país se lanzó a la lucha por esos ideales de Patria libre que ya habían saboreado durante diecisiete años de Independencia. Los ideales que Duarte y los trinitarios habían sembrado, habían germinado profusamente en el alma de cada dominicano y estos eran ya invencibles.

El pueblo se convenció de la realidad de los hechos, pues las acciones y argumentos de los traidores, además de negativos y sucios no tenían ninguna justificación, pues todo el bello panorama de supuestas ventajas económicas, sociales, organizativas etc., que ellos pregonaban con la

---

\* Presidente del Instituto Duarteano.

anexión a España eran puro espejismo. Ninguno se materializó, sino todo lo contrario, el dominicano recibió discriminación y maltrato en todas las actividades y a todos los niveles y hasta los mismos traidores fueron desplazados para favorecer a los personeros de los invasores.

Esa es una lección que deben aprender todos los pueblos, y no olvidarla nunca, pues las fuerzas invasoras siempre buscan sus ventajas e intereses.

Ahora bien, todas esas jornadas gloriosas no opacan para nada la epopeya de la Independencia y los esfuerzos para mantenerla. Todos sabemos el trabajo de concienciación y organización metódica y genial de Duarte y sus trinitarios, para lograr al fin el glorioso 27 de febrero y el rápido respaldo de todos los pueblos, lo cual hizo posible la exitosa defensa de nuestras libertades.



Si bien la proclamación de la República fue incruenta, no es menos cierto que fue imprescindible el triunfo de nuestras armas a costa de la sangre del pueblo en Azua el 19 de marzo de 1844, frenando la poderosa invasión haitiana, obra que fue completada con la aplastante victoria de Santiago el 30 de marzo y mas luego un rosario de triunfos sobre las tercas y constantes invasiones que inventaban todos los gobernantes del vecino país, devastando nuestros campos y ciudades durante doce largos años, hasta la victoria definitiva de nuestra Nación en el 1865.

Pero además, Juan Pablo Duarte tuvo que enfrentar las conspiraciones anexionistas de Bobadilla, Santana y su camarilla impidiendo la anexión a Francia y la perdida de por vida de la importante Península y Bahía de Samaná.

Los hechos y la historia son claros, ambas gestas heroicas se complementan pues, sin la gesta de la Independencia no era posible la restauración de la Independencia. Ambas fueron necesarias para tener esta Patria que todavía necesita nuestra dedicación para una mejor educación y formación de nuestro país, derrotando ahora la delincuencia, corrupción y drogas y preservando todo nuestros valores, cultura y tradiciones, anulando los esfuerzos negativos y peligrosos de los que nunca han creído ni querido a este hermoso y mayoritariamente bueno pueblo dominicano.

---

— Fuente —

---

\* Periódico *Diario Libre*, 29 de agosto de 2014, Santo Domingo, R. D.



Juan Pablo Duarte y Díez. Dibujo por Abelardo Rodríguez Urdaneta.

*Nuestra Patria ha de ser libre e  
independiente de toda Potencia  
extranjera o se hunde la isla.*

*Juan Pablo Duarte.*

## Instituto Duarteano rescata al Patricio



ÁNGELA PEÑA\*

Pocas instituciones culturales dominicanas tienen el dinamismo, la constante actividad, el celo por difundir la historia y los valores de la dominicanidad como el Instituto Duarteano, levantado de la marginalidad, la indiferencia, el atraso, y hoy incorporado a la modernidad, los avances tecnológicos, la comunicación, para promover por el país y el mundo el ejemplo y las enseñanzas de Juan Pablo Duarte y demás forjadores de la Patria.

Es un hervidero de niños y adultos, estudiantes, historiadores y otros profesionales reverenciando símbolos, consultando ejemplares de su biblioteca, realizando recorridos para aprender del valor de los patriotas, admirar las efigies de los próceres en sus murales imponentes, contemplar fotos, documentos, participar de talleres con temas escogidos sobre el acontecer nacional o escuchar las conferencias de un equipo de historiógrafos que han batido récord en sus disertaciones: en un día han desarrollado hasta 15 exposiciones.

---

\* Periodista notable, investigadora, autora de la obra *Así era Duarte*. Mantiene una columna en el periódico *Hoy*.

El Instituto, que prácticamente sólo era visitado en fechas patrias, vive a diario lleno de público hasta en el precioso patio. Contaba con dos o tres sillas desvencijadas en su salón de conferencias y ahora tiene más de un centenar nuevas y lustrosas. Su maquinilla de escribir mecánica que no servía ni para escribir una carta pidiendo auxilio, fue sustituida por modernas computadoras. Además de aires acondicionados, tiene planta eléctrica de emergencia.

El Museo, antes depósito de contadas piezas de la familia Duarte, es uno de sus lugares más atractivos con los artísticos dioramas encendidos recreando la fundación de La Trinitaria, el Trabucazo de Matías Mella en la Puerta de la Misericordia, el primer izamiento de la Bandera en el Conde, el regreso triunfal de Duarte a Santo Domingo...

Siempre se encuentra en los tres históricos inmuebles, uno de los cuales fue morada de la familia Duarte-Díez, a un historiador del interior que va a llevar libros o a solicitar publicaciones, afiches, hojas sueltas, calcomanías, banderines, que el Instituto distribuye gratuitamente porque este diligente organismo de promoción histórica cuenta con veintitrés Centros Duartianos en igual número de provincias y con filiales en Nueva York, Miami, Filadelfia, Long Island, Boston, Caracas, Madrid, Puerto Rico, Curazao.

Tiene programa de radio cada sábado en la mañana, por *La Voz de las Fuerzas Armadas*. Ha impreso y reeditado una considerable cantidad de obras, muchas ya agotadas, y presenta videos con la vida de Duarte que han protagonizado algunos de los miembros de su personal,



como Rosanna Félix Obregón, la secretaria del director, que actuó en uno de ellos como Manuela Díez. Inmigrantes haitianos fueron uniformados como soldados y las legendarias edificaciones sirvieron de escenario para recrear este esfuerzo, luego superado por filmaciones más profesionales, como las del general Héctor Lachapelle. Una radionovela sobre Duarte, de Taty Olmos, que se transmite por emisoras nacionales, contó con la colaboración y la asesoría de los historiadores del Instituto.

Abierto de nueve de la mañana a cinco de la tarde, el Instituto Duarte sale de su sede con escolares que lleva a murallas, puertas y otros sitios y bastiones significativos donde el profesor e historiador Manuel Pérez Saviñón les explica el hecho acontecido en el pasado en esos lugares.

Con tal entrega y devoción trabaja el Instituto que logró sembrar en los militares, antes defensores y admi-

radores de Pedro Santana, el entusiasmo por reverenciar al Padre de la Patria. Aunque el llamado Marqués de las Carreras “fue la espada libertadora, traicionó el ideal de los Trinitarios, y el mérito de Duarte, al lado de Santana, no es comparable”, explica el presidente del Instituto, José Joaquín Pérez Saviñón, mostrando orgulloso el más reciente ejemplar de la revista Proa, de la Marina de Guerra, bellamente impresa a color con fotos y consideraciones duartianas. “Tienen la historia de Juan Pablo Duarte en su manual y se han convertido en aliados para llevar los ideales del patricio a todo el pueblo. Algunos oficiales historiadores son miembros del Instituto, como el general Rafael Leonidas Pérez y el coronel Justo del Orbe Piña”, reveló Pérez Saviñón.

Con treinta empleados imbuidos del ideal Duartiano, el Instituto no es ya la cenicienta olvidada de los gobiernos. Duarte no es el gran desconocido.

### **Duarte en el pueblo**

José Joaquín Pérez Saviñón, es un ferviente seguidor de las ideas y la conducta de Juan Pablo Duarte desde los dieciséis años cuando fundó la tropa de Scouts con el nombre del prócer. Es, además, eficiente y transparente administrador pero, sobre todo, un organizador admirable. Esas tres cualidades conjugadas han hecho posible lo que algunos califican como “la magia” o “el milagro” que es hoy el Duartiano, que ha logrado llevar al Padre de la Patria a las masas populares, la diplomacia, las escuelas, los maestros, masones, militares, periodistas, obreros, locutores, Leones, Jaycees, Rotarios...

Era miembro de la institución, la confianza del ex presidente Manuel Marino Merino, a quien sustituyó José Joaquín Hungría, pero éste enfermó y Pérez, entonces vicepresidente, asumió la dirección. Oficialmente es presidente desde 1994. “Me di cuenta de que había muchos libros sobre Duarte y un sinnúmero de historiadores, muy notables, prestigiosos hombres de letras que han escrito sobre él, sin embargo, el Instituto Duarteño, para mí, no estaba cumpliendo su función, que era llegarle a todo pueblo, aunque sí era conocido por los intelectuales”.

Pobrementemente, con un presupuesto de tres mil pesos, comenzó a imprimir volantes con la vida de Duarte, y con la ayuda desinteresada de Mariano Lebrón Saviñón, Francisco Alberto Henríquez y Enrique Patín Veloz inició los talleres educativos sobre el patriota. Logró interesar en ellos a la secretaría de Educación, para dirigirlos a los maestros y hoy, esa iniciativa se ha extendido a otras figuras y acontecimientos nacionales.

Representativas instituciones ponen como requisito a sus alumnos tomar cursos en el Instituto Duarteño para graduarse, que se ofrecen con la colaboración de la Academia Dominicana de la Historia. Los miembros fallecidos o enfermos están siendo sustituidos por investigadores jóvenes, como Wilson Gómez, Nelly García, Francisco Hilario Liz.

La asignación de cincuenta mil pesos que Pérez Saviñón diligenció en el gobierno de Balaguer fue aumentada sustancialmente en la primera administración de Leonel Fernández haciendo posible el resurgir de un organismo que hoy tiene guías adiestrados, consultor jurídico, encargado de Finanzas, director de la biblioteca

especializada en la vida de Duarte y los demás próceres, ingeniero y operadores de informática, un autorizado asesor histórico fijo, que es el doctor Abelardo Jiménez, treinta y cinco conferenciantes que ofrecen sus charlas en el Instituto y se desplazan por donde los soliciten. El Instituto, por otro lado, ha sido reconocido por Ley del Congreso como entidad Oficial y Autónoma.

Hoy Duarte y las demás figuras preponderantes de la historia dominicana están en el corazón del pueblo. El Padre de la Patria es más que bustos, retratos, libros, folletos y más que una conmemoración los 26 de enero, día de su nacimiento o 27 de Febrero, aniversario de la Independencia. Está latente en el sentimiento colectivo gracias a esta invaluable labor patriótica del Instituto que deja esa sensación hasta tras una llamada telefónica cuando la voz vigorosa de Osvaldo Cepeda, con el Himno Nacional de fondo responde: *“Este es el Instituto Duarteano, que difunde el pensamiento y la obra del ilustre Fundador de la República Dominicana. Después del tono, por favor, deje su mensaje, con gusto le atenderemos”*.

---

— Fuente —

---

\* Periódico *Hoy*, 19 de febrero de 2005, Santo Domingo, R.D.

## Necrología de Juan Pablo Duarte

ANDRÉS SALVADOR DE VIZCARRONDO\*

A las tres de la madrugada del día 15 del presente mes [15 de julio del año 1876] pasó a mejor vida el ilustre General Dominicano Juan Pablo Duarte, después de una larga y penosa enfermedad y sufrimientos morales que sin duda anticiparon su muerte, la cual supo esperar con su valor acostumbrado y resignación cristiana hasta su último aliento. Sus venerados restos fueron trasladados al templo de Santa Rosalía, acompañándolos sus deudos y sus muchos amigos hasta el nuevo cementerio, en donde reposarán hasta que sean trasladados a su patria, santuario de sus glorias, que sin duda los reclamará para honrar sus cenizas poniéndolas en lugar distinguido, digno de los grandes méritos de este prohombre.

Valiosos fueron los señalados servicios que este ilustre varón prestó siempre a su patria, como buen cristiano político, financista, militar, y como instruído en varias ciencias, poseyendo los idiomas Español, Inglés, Francés, Alemán y Portugués: conocimientos que adquirió, primero, en su país, perfeccionándolos en sus viajes por los Estados Unidos del Norte, Londres, París, Hamburgo, España y últimamente Venezuela, en donde recorrió toda la parte Oriental y Occidental.

El general Duarte, honrado, persuasivo, dulce y afable por su ilustración y buenas maneras, se hizo estimar y respetar en todo el que tuvo la honra de tratarlo, y deja entre sus amigos y conciudadanos la grata e inolvidable memoria, que cual brillante estela sigue a los que como él dejan la tierra para ocupar puesto distinguido en las espléndidas regiones del Cielo.

Este caballero distinguido en todos conceptos, nació el 26 de enero de 1813, en la capital de Santo Domingo; fueron sus padres el señor Juan José Duarte y la señora Manuela Díez, miembros de familias muy respetables, acomodadas, y de la primera sociedad de Santo Domingo.

El General JUAN PABLO DUARTE, fue el primero que concibió el pensamiento de sacudir la dominación de los Haitianos, que por 22 años sufrió su país natal; a la cabeza de algunos otros jóvenes contemporáneos dominicanos, llenos de abnegación y patriotismo y agitados por el noble sentimiento de la independencia de su patria, comenzó a fraguar la revolución que dio por resultado la total separación de Haití, proclamada el 27 de Febrero de 1844. Sus primeros trabajos fueron establecer una sociedad dramática, de aficionados, con cuyo pretexto se reunían para combinar sus planes revolucionarios, porque de este modo no se hacían sospechosos a las autoridades. El general Duarte fue el primero que se lanzó a la revolución, el primero que sacrificó sus afecciones de familia, su reposo, exponiendo su vida mil veces por dar libertad a sus conciudadanos; y luego que consiguió su laudable propósito, la recompensa que obtuvo de sus copartidarios fue la calumnia y verse arrojado ignominiosamente de su patria, el 22 de agosto del mismo

año de 1844, por la segunda Junta Central gubernativa, en cuyo año vino a ocultar sus lágrimas en el centro de Venezuela, permaneciendo oscurecido hasta que viendo alevemente inmolada por sus mismos perseguidores la patria independencia, volvió a su país ofreciendo su valiente espada a la revolución regeneradora. Enviado después al extranjero a desempeñar una alta misión, se fijó en Caracas, donde ha residido desde entonces y vivido delirando siempre con el porvenir de su patria hasta los últimos momentos de su vida.

El que suscribe, amigo verdadero del General Juan Pablo Duarte, consagra estos mal trazados renglones a la memoria del finado y da el más sentido y cumplido pésame a sus señoras hermanas, hermano y demás miembros de su familia.

Caracas, julio 17 de 1876.

### Nota por Vetilio Alfau Durán:

\* VIZCARRONDO- El autor de esta interesante Necrología de Duarte, publicada el noveno día de su fallecimiento en el *Diario de Avisos* de Caracas, o sea el 24 de julio de 1876, es una de las más altas figuras del archipiélago antillano que en las luchas por su libertad se agigantaron. En efecto, don Andrés Salvador de Vizcarrondo fue el primero que en su patria, la irredenta isla de Borinquen, levantó la voz contra el coloniaje y organizó la primera conspiración libertadora, precisamente, en los mismos días en que Duarte le daba viabilidad a sus pensamientos con la fundación de La Trinitaria. Con Vizcarrondo se inició en Puerto Rico esa constelación de patriotas insignes entre cuyos ápices fulguran Ramón Emeterio Betances, Segundo Ruiz Belvis, Eugenio M. de Hostos, José de Diego y Pedro Albizu Campos. Vizcarrondo estuvo a la vanguardia de las actividades libertadoras de 1838 que llevaron muchas vidas al patíbulo, entre ellas la del dominicano Sterlin (mencionado por Duarte), y que segó en flor, misteriosamente, en las tenebrosidades de un estrecho calabozo, la del gallardo Buenaventura Quiñones, vástago de antiguas familias de la ciudad de las Lomas, el viejo San Germán. Condenado Vizcarrondo en contumacia por un consejo de guerra que se reunió en la plaza de San Juan en marzo de 1839, logró salir clandestinamente de la isla y llegar a las playas de Venezuela, donde murió, después de largas décadas de ostracismo, sin

volver a ver su patrio suelo. En la patria de Bolívar y de Páez conoció a Duarte y fueron fraternales amigos estos dos varones de Plutarco. En 1868 llegaron hasta él los ecos del grito angustioso y redentor de Lares, donde por primera vez flotó la bandera de Puerto Rico, “obra de Betances, que se inspiró en la bandera dominicana”, según el historiador Coll y Toste. Para entonces ya Vizcarrondo lucía los entorchados de General que le había otorgado él Gobierno de Venezuela. Amigo leal, no solamente escribió la necrología que reproducimos, sino que en 1884, cuando los comisionados dominicanos licenciados Álvaro Logroño y José Francisco Pichardo procedieron a la exhumación de los restos de Duarte, cuyo cadáver había sido uno de los primeros sepultados en el cementerio caraqueño de TIERRA DE JUGO, en el paraje Del Valle (1), en el séquito funerario constituido principalmente por Aristides Rojas y Espaillat, J. R. Pachano, Marco Antonio Saluzzo, León Colina, Salomón Baíz, Rafael Seijas, Mariano Diez, Sotero Soyo y otros, se vio caminar con paso cansado a un anciano de luengas barbas y aspecto venerable que hacía marchar con lentitud a la silenciosa comitiva. Era Vizcarrondo, para quien se entreabrían ya las puertas del sepulcro. Hasta más allá de la muerte perduró la amistad que profesaba a Duarte el glorioso desterrado puertorriqueño, que había sido el primero en la grandeza libertadora de su patria.

### Nota.

- (1) El Cementerio General del Sur, en el Rincón de El Valle construido en un terreno que llamaban TIERRA DE JUGO dizque por el apellido de unos de sus antiguos dueños, se inauguró seis días antes del entierro de Duarte, o sea el 10 de julio de 1876. (Manuel Landaeta Rosalez; LOS CEMENTERIOS DE CARACAS DESDE 1567 HASTA 1906. Tip. Herrera Irigoyen & Ca. Caracas, 1906. Sobre la tumba del patricio el laude sepulcral decía: “GRAL. J. P. DUARTE/ 15 DE JULIO DE 1876/ SUS HERMANAS”. (JUAN PABLO DUARTE. Documentos relativos a la traslación de sus restos. Imprenta de García Hermanos. S. D. 1884, 23 de julio de 1969, *Listín Diario*. Santo Domingo, R.D.

---

— Fuente —

---

\* Periódico *Listín Diario*, 23 de julio de 1969, Santo Domingo, R.D.



## Duarte en Santiago\*

EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI\*

*“Uno de mis primeros pensamientos al llegar a la presidencia fue el de llamar la atención nacional sobre la suerte del Mártir del Patriotismo”*  
(Ulises F. Espaillat, 1876 —Carta a Rosa Duarte—).

Marte, cuyos templos permanecían gloriosamente abiertos desde el 27 de febrero de 1844, había escogido para escenario de la batalla que asegurase la estabilidad de la República, los campos de Santiago.

En las inmediaciones de la invicta ciudad de los Treinta Caballeros, para los dominicanos lo que Platea para los griegos, todavía rodaba el carro de la victoria; aún quedaba allí, como una luz suspensa, el fulgor del machete de Imbert, de López, de Valerio y de sus denodados legionarios. Los laureles del 30 de marzo estaban recién cortados; mirabanse frescas las huellas de los haitianos en derrota, y ya surgían la desavenencia y el recelo, la discordia de la razón, el desbordamiento de las pasiones.

---

\* Este trabajo juvenil, recibió un primer premio en el Certamen histórico literario del Centenario de la Trinitaria, en 1938. Se publicó entonces, y se reproduce ahora respetando formas y conceptos de aquel tiempo.

Los generales Mella, Imbert y Villanueva hacían sobrehumanos esfuerzos por mantener compacta la opinión pública desorientada por alarmantes propagandas: decíase que la odiada esclavitud iba a ser restablecida; que el país sería vendido a Francia. Así, después de la victoria, había surgido el caos. En realidad, esas trastornadoras especies tenían por plausible objeto desacreditar los planes de Bobadilla y de Santana, que faltos de fe en el triunfo de la causa separatista, trabajaban sorda y tesoneramente, de consuno, por lograr la lesiva protección de Francia negociada el 8 de marzo con el Cónsul Eustache de Juchereau de Saint Denys.

Y es natural que esos propósitos hallen acogida entusiasta en el corazón francés del héroe del 30 de marzo. Por eso le envuelven la frialdad y hasta el encono de sus opositores; y lo que él juzga ingratitud en el heroico pueblo de Santiago, es algo más que eso: es la reconvención



José María Imbert



Matías Ramón Mella

del naciente nacionalismo en pugna con las pretendidas limitaciones de la soberanía.

En esas horas conflictivas, el 13 de junio, desde su Cuartel General de Santiago, José María Imbert le hace trascendentales confidencias al Cónsul Saint Denys:

*“Señor Cónsul: Desde hace tiempo tenía la intención de escribirle, pero como la mayoría de las cosas que hubiera querido decirle, por su naturaleza debía ser comunicada de viva voz, y como yo creía siempre estar a punto de hacer un viaje a Santo Domingo, la diferí hasta hoy. Pudiendo todavía, las actuales circunstancias, exigir mi presencia aquí durante cierto tiempo, creo conveniente entrar confidencialmente en algunas comunicaciones con Ud.*

*“Los pocos franceses que hay en esta parte, todos han abrazado con ardor la causa dominicana y han contribuido en toda forma y tanto como han podido, en hacerla triunfar. Quizás no habrá orgullo en decir que, sin ellos, sin su buen comportamiento, que ha sostenido el valor, sin las buenas disposiciones que, de concierto con ellos me apresuré en tomar tan pronto como me fue confiado el mando, es decir, tres días antes del 30 de marzo, la ciudad de Santiago y con ella todo el territorio dominicano hasta el pie de las murallas de Santo Domingo, caía sin defensa en poder del enemigo. Entonces nosotros éramos elogiados, elevados hasta las nubes; se me llamaba el Salvador de Santiago; hoy, las pasiones odiosas y la ambición que el peligro no había sino adormecido, sin extinguirlas, fermentan cada día más; se preguntan por qué el mando ha sido confiado a un francés; por qué se le han dado grados a tres o cuatro franceses; como si*

*olvidaran los motivos que ellos mismos tuvieron para hacerlos otorgar. Los malévolos, que son bastante numerosos, animan esas malas disposiciones, no sólo contra los franceses que hay aquí, sino contra todo lo que lleva nombre francés. Publican sordamente, por todas partes, que la Junta Central Gubernativa ha vendido el país a Francia; que la intención de Francia es apoderarse de todo el país y de restablecer la esclavitud. Desgraciadamente, las gentes sencillas y crédulas de los campos entre las cuales se han hecho circular esas propagandas y muchas otras, fácilmente le dan crédito, y esto ocasiona deserciones y tal disgusto en la defensa de su patria que no es sino a duras penas que puede llegar a reunir un número de hombres suficiente para ocupar los principales puestos. Las cosas han ido hasta el punto de hacer nacer el condenable pensamiento de una separación entre esta parte y la de Santo Domingo. Por todos esos motivos me he visto en la necesidad de tomar medidas enérgicas y coercitivas y creo haber llegado a frustrar los pérfidos propósitos de los perturbadores. He sabido, por el Coronel Sigaud, que sus odiosos sentimientos contra los franceses no eran participados por los habitantes de Santo Domingo y que el gobierno dominicano, sobre todo, los desaprobaba altamente y mantenía relaciones de franca amistad con el gobierno francés, en cuya protección fundaba toda su confianza.*

*“Me he creído en el deber, Señor Cónsul, de hacerle partícipe de todas estas circunstancias. Espero pronto contener y tranquilizar los espíritus, tanto más cuanto que la clase sencilla, que se puede extraviar en un momento, no estando guiada por ningún interés, no*

*participa del odio que algunos ambiciosos quisieran inspirarles contra nosotros, y no disimula en ningún modo la confianza que ellos tienen en nosotros y su reconocimiento por la conducta que hemos seguido. Yo desearía, sin embargo, que Ud. me hiciese conocer, si esto le es posible, sobre qué pie está Francia con el gobierno dominicano y si él puede contar, y nosotros particularmente, con la protección de Francia.*

*Esta seguridad nos bastaría para desafiar y soportar todas las dificultades”.*

A la Junta Central Gubernativa también le llegan noticias de las graves disidencias que mantienen en creciente zozobra a Santiago y a todo el Cibao. Mientras Imbert le escribe a Saint Denys, el mismo 13 de junio, los Jefes y Oficiales del Ejército del Norte, encabezados por el Comandante Manuel Mejía, le dirigen a la Junta una larga exposición de agravios contra el General Imbert. ¡Qué apasionado y virulento escrito! El que ayer fue saludado y bendecido como héroe, ahora es violentamente denigrado. Dijérase que Imbert ha sido descubierto; que se conoce su indiscreta pregunta a Saint Denys: si él, Pelletier, Michel y los demás franceses que le acompañan, pueden contar *particularmente* con la protección de Francia, seguridad que les *bastaría para desafiar y soportar todas las dificultades*. Los Jefes y Oficiales, sin respeto a los méritos y a la gerarquía militar de Imbert, le

---

**El que ayer  
fue saludado  
y bendecido  
como héroe,  
ahora es  
violentamente  
denigrado**

---

acusan de haber llevado a la cárcel, el 12 de junio, entre bayonetas, a los Tenientes Coroneles Juan Evangelista Jiménez y Gregorio Delvalle, *“vilipendiando su honor y delicadeza de una manera vergonzosa”*. *“La autoridad arbitraria del proscrito Riviere —dicen—, está sustituida en el General Imbert; en un hombre impotente para el mando; es un extranjero indigno de pisar nuestro territorio y que es indudablemente la escoria de la sociedad... Somos españoles dominicanos y obedientes a las órdenes del gobierno supremo, y pedimos en nombre del pueblo y del ejército la pronta separación de este sujeto y su expulsión de Santiago, de otro modo, Señores, no responderemos de la tranquilidad del país, que no ve en él sino un monstruo, que tiene presos a todas horas honrados ciudadanos por solo su capricho”*.

El General Mella no queda inactivo frente a tanta confusión, pero su voluntad no basta para vencerla. Dirígele alarmantes notas a la Junta Gubernativa en vista de las cuales, el 18 de junio, la Corporación le retira sus poderes a la Delegación que se hallaba en el Cibao, compuesta por Pedro Ramón de Mena, Domingo de la Rocha y José Ramón Delorve, cuyas gestiones habían sido ineficaces para apagar los disturbios de Santiago.

Urgía conjurar el desacuerdo; de conciliar los exaltados ánimos, aún enardecidos por la dantesca visión de la batalla providencialmente ganada sin pérdida de sangre dominicana.

No hay vacilaciones en la Junta Gubernativa, ahora presidida por Francisco del Rosario Sánchez. Juan Pablo Duarte, el prócer máximo, es el escogido para que en nombre y representación del Gobierno intervenga en

las discordias y restablezca la paz en el Cibao, y se le da ese difícil encargo y el de proceder, siempre que fuese posible, a la elección y establecimiento de los cuerpos municipales.

Duarte se apresura a salir para Santiago, y el 20 de junio está en camino. Le acompañan los oficiales del Estado Mayor que le rodea en su calidad de general y de Jefe del Departamento de Santo Domingo. Son, casi todos, jóvenes resueltos y adictos a su persona. El Mayor de guías, Félix Lluberes, es un adolescente: luego será llevado a la justicia por haber tomado en requisición, para el largo viaje, el famoso caballo del Coronel Machado, furibundo esbirro de Santana y encarnizado enemigo de los *duartistas*, pero la justicia se alzará por encima de la omnipotencia de Santana y le descargará de toda responsabilidad.

Los pueblos del camino reciben jubilosamente al Maestro del patriotismo. El día 24 llega a la villa de Cotuí; se detiene algunas horas; al día siguiente está en La Vega, donde le da la bienvenida, entre transportes de vieja devoción y de entusiasmo, su amigo y compañero en los trabajos separatistas, el Pbro. José Eugenio Espinosa, acompañado por el Comandante de la Plaza, Manuel Mejía. Para complacer a los amigos y al pueblo que le ha recibido con tantas demostraciones de simpatía, Duarte permanece en la ciudad del Camú hasta el día 29. El 30 llega al término de su peregrinación. Santiago le abre su noble corazón y le acoge en él con el mismo regocijo que desbordara en su pueblo natal, el 14 de marzo, al regresar del ostracismo. Cuando retorne a su vida de proscrito, Duarte hablará de esas dos efemérides como los dos gran-

des días de su vida: así quedaba en su pensamiento y en su alma el nombre de Santiago.

Sin pérdida de tiempo, Duarte le da principio a su difícil misión; y cesa en sus funciones la ineficaz Delegación de Mena, Rocha y Delorve. Mena, que es partidario de Bobadilla y de Santana, no abandona a Santiago. Se queda allí, al margen de los sucesos, presto a comunicarse con el sagaz Bobadilla, poderoso enemigo de Duarte y causa de su desgracia.

Mientras Duarte, ayudado por Mella, trabaja en el restablecimiento del orden en Santiago, en el Sur tienen lugar trascendentales acontecimientos. Crecen las desavenencias entre la Junta Gubernativa y el héroe del 19 de marzo, amargado por la inesperada muerte de su hermano Ramón. Continúa la intensa lucha entre afrancesados y duartistas. El 3 de julio se efectúa, en Azua, el primer acto de insubordinación del ejército dominicano, al mantener en su jefatura al General Santana, por encima de las disposiciones del Gobierno. Desde ese instante, el ejército, representado por Santana, es el funesto e irreflexivo árbitro de los destinos de la triste República.

El incontenible oleaje de las pasiones y las intrigas llega hasta Santiago. El heroico Mella, hombre de audaces resoluciones, ve la inminente perdición de la causa separatista; el peligroso auge de los planes de Bobadilla, cuyo ascendiente sobre Santana y Saint

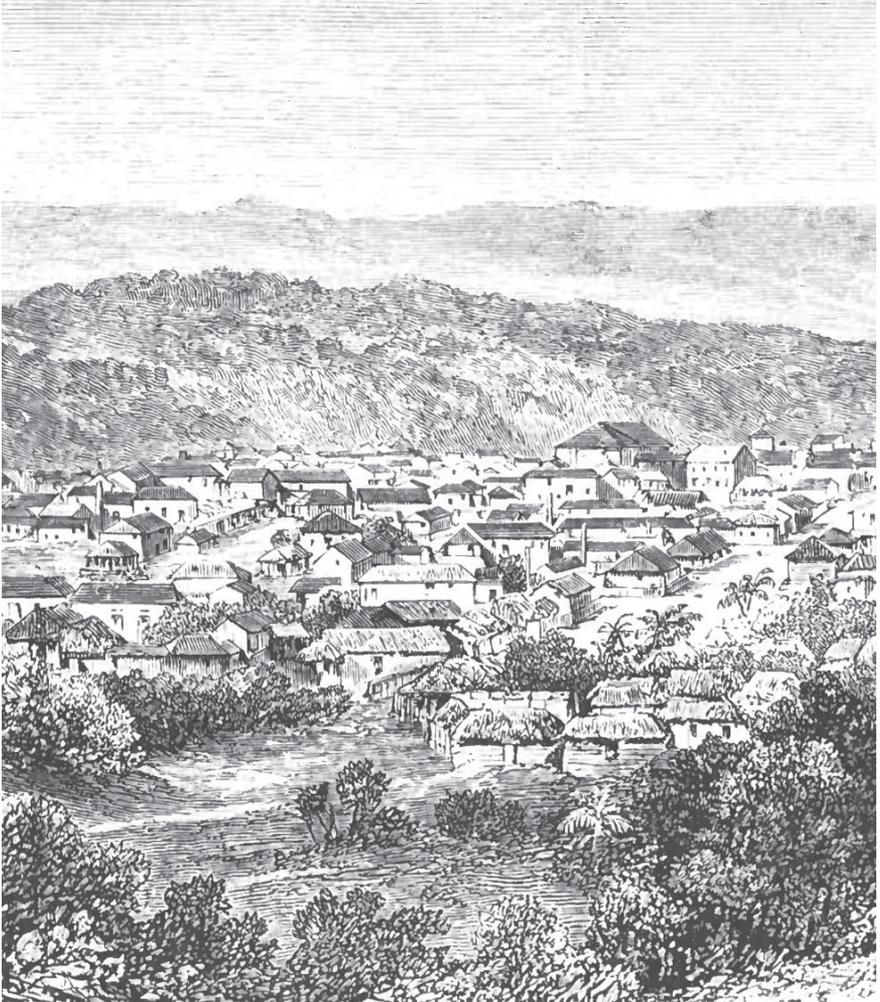
◆

**Mientras  
Duarte,  
ayudado  
por Mella,  
trabaja en el  
restablecimiento  
del orden en  
Santiago**

◆

Denys constituyen una fuerza incontrastable. ¿Cuál es el salvador camino a que hay que lanzarse, sin demora, en tan grave situación? ¿Cómo lograr que en el atormentado seno de la República reinen la pureza, la abnegación y el civismo que fue divisa en la excelsa escuela de la Trinitaria? Ahí está, precisamente, su glorioso Fundador, ajeno al propósito de Mella, cálidamente acogido por los principales elementos de Santiago. Ahí está el Maestro, el fatal Mesías. Y está en Santiago, noblemente propicio a su exaltación.

Con la misma ardorosa resolución con que disparara su trabuco en la memorable noche del 27 de febrero, Mella hace otro acto digno de su nombre, aunque menos afortunado: el día 4 de julio es el escogido por Mella para presentarle al ejército al nuevo Delegado, General Juan Pablo Duarte. Reúnense las tropas, y en presencia del pueblo de Santiago que se ha congregado para participar de la grandiosa escena, el decidido Mella les habla con patriótico regocijo del insigne creador de la Trinitaria, y lo recomienda para que “*en su día*” lo tengan presente para la primera magistratura del Estado. A las cálidas palabras de Mella siguen estruendosos vivas a Duarte. Ignacio Contreras, prócer santiagués, ayudante de Mella, va más lejos que todos. Resueltamente grita: ¡Viva el Presidente de la República! Con este grito —prendido en el alma de aquel pueblo enardecido—, que debió resonar sobre las ondas del Yaque y sobre la majestad de Diego de Ocampo como una desesperada voz arrancada del propio corazón de la Patria, se inició la ruidosa aclamación de Duarte para la Presidencia de



Grabado de Hazard de la ciudad de Santiago, R.D., 1844.

la República, flor de su espíritu de la que sólo debía recoger la corona de espinas que ensangrentó su frente.

En el mismo día, una selecta Comisión pone en manos del sorprendido Duarte el acta del pronunciamiento de Santiago, y él la recibe con emoción tan honda, que ante ella se desvanece, para que su nacionalismo se arraigue aun más en su espíritu, el sedimento de vanidad que hay en todo hombre. El no tendrá el condenable orgullo de conservar la desdichada presidencia a costa de sangre hermana; él hace ahora lo que más tarde hará un hijo de Santiago, un adolescente, digno del abrazo que recibirá de él, y que también más tarde sufrirá como Duarte las amargas desazones del patriotismo.

El 8 de julio sale Duarte hacia Puerto Plata. Allí le reciben con inusitadas fiestas y alegrías. El día 11 también lo proclaman Presidente de la República. El General Villanueva, Comandante del Departamento, le hace entrega del acta del pronunciamiento de la ciudad de Isabel de Torres, donde luego habrá de oír las primeras noticias de su próxima desgracia. Algunos días después, de retorno a Santiago, dirige a los puertoplateños una hermosa carta, escrita con el corazón, más que con el pensamiento:

*“Conciudadanos: Sensible a la honra que acabáis de hacerme, dispensándome vuestros sufragios para la primera Magistratura del Estado, nada me será más lisonjero que saber corresponder a ella llenando el hueco de vuestras esperanzas, no por la gloria que de ello me resultaría, sino por la satisfacción de veros, cual lo deseo, libres, felices, independientes y tranquilos, y en perfecta unión y armonía llenar vuestros destinos, cumpliendo religiosamente los deberes que habéis contraído para*

*con Dios, para con la Patria, para con la libertad y para con vosotros mismos.*

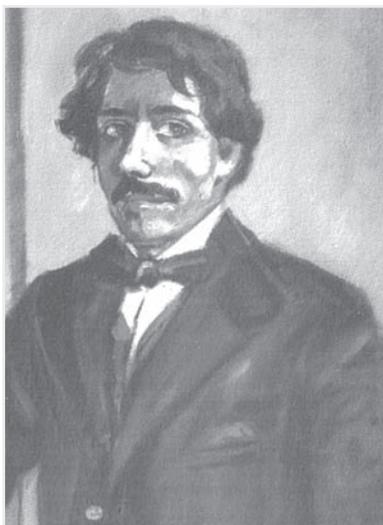
*“Me habéis dado una prueba inequívoca de vuestro amor, y mi corazón agradecido debe dároslo de gratitud. Ella es ardiente como los votos que formo por vuestra felicidad. Sed felices, hijos de Puerto Plata, y mi corazón estará satisfecho aun exonerado del mando que queréis que obtenga; pero sed justos lo primero, si queréis ser felices. Ese es el primer deber del hombre; y sed unidos, y así apagaréis la tea de la discordia y venceréis a vuestros enemigos, y la patria será libre y salva. Yo obtendré la mayor recompensa, la única a que aspiro, al veros libres, felices, independientes y tranquilos”.*

El día 19 de julio, Mella designa una Comisión compuesta por el Coronel Domingo Mallol y el Comandante Juan Luis Franco Bidó, la que se dirige a Santo Domingo con el encargo de exponerle a la Junta Gubernativa, en representación de los pueblos del Cibao, las necesidades de la región, y de participarle que Duarte ha sido proclamado Presidente de la República, con la condición de que *“salve el país de la dominación extranjera y que convoque la Constituyente y remedie la crisis de la hacienda pública”.*

Mella no vislumbra la tragedia que se avecina. Con candoroso entusiasmo le escribe a Sánchez, quien preside la Junta:

*“Estos pueblos no tuvieron más trastornos que la venida de la Delegación; se acabó ésta con la llegada de Juan Pablo, ¡gracias a Dios! En fin, concluyo diciéndote, que llegó mi deseado y que lo devolveré Presidente de la República Dominicana”.*

Mientras tanto, los actos de insubordinación militar iniciados en Azua el 3 de julio, se repiten. El 12 de julio, al frente de las tropas que los reaccionarios convirtieron en irrefrenables hordas, Santana traspone los viejos muros de la consternada ciudad de Santo Domingo; el ejército le proclama Jefe Supremo de la República; disuelve dictatorialmente



Juan Isidro Pérez

Fuente: Fundación Luces y Sombras

la Junta Gubernativa; la reorganiza a sus antojos y asume él su Presidencia; y como ya conoce los sucesos de Santiago por los rápidos informes que los resentidos ex-delegados Mena y Delorve se habían apresurado a transmitirle con un expreso enviado a Bobadilla, encarcela a los principales *duartistas*, entre otros a Sánchez, Pina, Pérez, Díez, Valverde y Vicente Celestino Duarte.

Los comisionados Mallol y Franco Bidó llegaron a su destino el 24 de julio. La junta integrada por Santana, Bobadilla, Jimenes, Medrano, Mercenario y Delorve, se reúne para recibirlos y para darle pública lectura a la comunicación de Mella de que son portadores, y en vista de la cual la Junta manifiesta, intempestivamente, que *“mira como una calamidad que algunos pueblos del Departamento de Santiago, de un modo tumultuario, sin forma legal ya se hayan adelantado a nombrar Presidente de la República al General Duarte”*; y declara

que “*no reconoce ni reconocerá el nombramiento de Presidente en el General Duarte... que el General Mella cesa en sus funciones de Comandante en Jefe del Departamento de Santiago; y que el General Duarte ha cesado y debe cesar en sus funciones de Delegado del Gobierno*”.

Como si no bastaran esas radicales declaraciones, el 28 de julio Santana publica una proclama dirigida al pueblo y al ejército, en la que le dedica a Duarte los más torpes y violentos insultos, pretendiendo desacreditar los méritos del insigne patricio a fuerza de injurias, de inexactitudes y de calumnias. ¡Cómo empequeñecen a Santana los redactores de esos libelos infamantes! La siniestra mano de Bobadilla, cargada de odios contra Duarte, lanza sobre el fértil surco del ejército la simiente de la insidia. He aquí un hombre que, en cierto modo, lucha por la patria, a la vez que combate a los próceres más puros. Bobadilla es opositor de Duarte. También es antagonista de Santiago: así lo demostrará en 1858, en 1865 y en otras lamentables ocasiones.

Cuando tan graves nuevas llegan al Cibao, cunde la alarma por todas partes. Los patriotas se lanzan a conjurar la crisis. De Puerto Plata pasan a Santiago el Pbro. Dr. Manuel González Regalado y Muñoz y el General Villanueva, quienes inducen a Mella a celebrar una junta de notabilidades políticas y sociales, y se resuelve en ella

---

**Mella fue  
destinado a  
Samaná, tras  
ser designado  
secretario de  
Guerra por  
el presidente  
José Desiderio  
Valverde**

---

enviar a Santo Domingo una comisión *“encargada de promover un acuerdo que tuviera por base la renuncia momentánea de los dos prohombres que se hallaban enfrentados, a condición de ser propuestos indistintamente como candidatos para la presidencia y la vicepresidencia de la República, debiendo considerarse el fallo de la nación como irrevocable”*.

Duarte, presente en la reunión, acepta el oportuno acuerdo y sale para Puerto Plata a esperar allí el desenlace del drama.

Pero ya no hay empeño eficaz, a mano de los angustiados próceres de Santiago, que remedie la situación en que se hallan.

Días después del desairado recibimiento de Mallol y de Franco Bidó, las tropas de Santana se reúnen en la Plaza de Armas de Santo Domingo, y allí se le da lectura a la execrable Resolución de la Junta Central Gubernativa, del 22 de agosto, que declara traidores e infieles a la Patria a Duarte, Mella, Sánchez, Pina, Pérez, Gregorio Delvalle, Juan Evangelista Jiménez y Juan José Illas. A la lectura del terrible documento siguen las vociferaciones de la soldadesca. Se oyen estruendosos *vivas* a Santana; se pide la cabeza de Duarte y la sangre de sus adictos.

Tan pronto se recibe en Santiago, el día 28, la Resolución de la Junta del 22 de agosto, el General Mella se pone en camino de Santo Domingo en compañía de Imbert, Miguel Rojas, Vidal Pichardo, Vallón Simón, Juan José Illas y otros militares. Pero no bien ha dado la espalda, el General Salcedo, de antemano comprometido con Pedro Ramón de Mena a apoyar a Santana en sus propósitos reaccionarios, promueve en Moca y en Santiago, en las

filas del ejército, una asonada en la que se desconoce lo que se había resuelto en la reunión promovida por el Pbro. Regalado, y le presta obediencia al gobierno presidido por Santana.

A su llegada a Santo Domingo, Mella es aprehendido en la misma Puerta del Conde, pedestal de su gloria, y seriamente ultrajado por el Coronel José Familias, pariente y esbirro de Santana.

En Puerto Plata, una salva de veintiún cañonazos disparada en la vieja fortaleza de San Felipe, es el primer aviso que tiene Duarte de la evolución efectuada, ante la que no le queda otro recurso que ceder a las nobles instancias de algunos amigos que le estimulan a retirarse, como discreta medida de precaución, a una casa de campo situada en las faldas de Isabel de Torres. Allí le reducen a prisión y con él a los oficiales de su Estado Mayor, por orden de Santana rigurosamente cumplida por Mena, quien lo embarca bajo segura escolta en la goleta de guerra *Separación Dominicana*. La histórica nave arriba al Ozama el 2 de septiembre. Junto con los leales Juan Isidro Pérez, Juan Evangelista Jiménez y Gregorio Delvalle, por entre dos filas de soldados conducen a Duarte a oscura prisión. En la Torre del Homenaje lo cargan de viles hierros, y el día 10 de septiembre lo arrojan de la tierra natal que había redimido, hacia el distante y frío Hamburgo.

¡Ah! Duele al espíritu, acongoja el alma, pensar que de no alzarse contra Duarte el irresistible poderío de Santana, cruelmente azuzado por los odios de Tomás Bobadilla, la proclamación de Santiago quedara en nuestra historia por encima de la proclamación de la Puerta del Conde: éste era un inaplazable triunfo de un pueblo oprimido contra otro

de distinta raza; aquélla habría sido la más alta de todas las victorias: la victoria del civismo contra la fuerza despótica, la del nacionalismo contra los empeños proditorios, males de todo un siglo, funestos males, cuyos siniestros frutos serían carga y baldón de la República.

Años después, en abril de 1864, en los solemnes días de la Restauración, Duarte vuelve a Santiago. El ilustre Ulises Francisco Espaillat lo recibe a nombre del gobierno y le abre los brazos filialmente. En el estrecho abrazo se hace más hondo y puro el civismo del joven restaurador, gloria de Santiago, honra de la República.

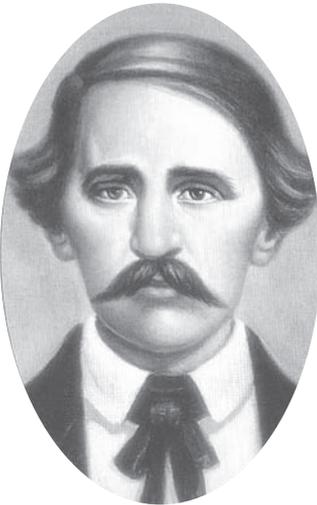
¡Cómo recordaría Duarte aquellos lejanos días en que Santiago le abrió su corazón, tocado por la mano de Mella! Allí encontraría al héroe de la Puerta de la Misericordia casi moribundo. Del otro lado de las montañas que cruzara un día, lleno de optimismo y entre ruidosas ovaciones, los ojos de su apesarado espíritu verían alzarse las siniestras sombras de Bobadilla y de Santana. ¡Siempre igual! ¡El mismo drama! En vano habían transcurrido veinte largos años. Ahora también, como antes, había recelo y discordia entre los próceres. Y así, llenándosele el alma de amargos desalientos, volvió sus tristes pasos hacia el destierro definitivo. Pero algo de su esencia inmortal quedaba en la ciudad invicta. Algo de sus virtudes cívicas quedaría en el heroico pueblo del 7 de julio de 1857 y de Ulises Francisco Espaillat. Algo de sus padecimientos y de su abnegación. Algo de su invencible amor a la Patria y de su indesmayable vocación de libertad. En el ambiente del glorioso pueblo quedaría para

siempre, como una luz inapagable, la irradiación de Duarte: ¡Aquel destello de patriótico goce que debió desprenderse de su espíritu, cuando Santiago hizo de él su primera bandera de civismo!

— Fuente —

\* Emilio Rodríguez Demorizi, “*Duarte en Santiago*”, en la obra *En Torno a Duarte*, vol. XLII, Academia de la Historia, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1976.

\* Publicado en Certamen de la Trinitaria, Santiago, 1938, y en *Boletín del Instituto Duartiano*, No. 11, Santo Domingo, 1975.



*Todo poder  
dominicano está y  
deberá estar siempre  
limitado por la ley y  
ésta por la justicia, la  
cual consiste en dar  
a cada uno lo que en  
derecho le pertenezca.*

*Juan Pablo Duarte*



## Matías Ramón Mella

ROBERTO CASSÁ\*

### EL PATRIOTISMO HECHO ACCIÓN

#### Su dimensión

Matías Ramón Mella fue una de las figuras de mayor relieve en las luchas patrióticas del siglo XIX. Compañero temprano del padre de la patria Juan Pablo Duarte en los afanes libertarios, se distinguió por una especial capacidad para la acción, que lo llevó a brillar en todos los capítulos de la lucha nacional de su tiempo. Combinó la compenetración con los postulados nacionales y democráticos pregonados por Duarte con la voluntad de hacerlos prevalecer.

Compelido por las circunstancias de su tiempo, y al igual que casi todos sus compañeros de la sociedad La Trinitaria, desde cierto momento transigió con el predominio conservador, ocupando funciones estatales entre los años 1849 y 1859. Incluso estableció relaciones personales con Pedro Santana, el prototipo del conservadurismo anexionista; pero no se trató de una debilidad personal, sino del resultado de las circunstancias de su época: para los

---

\* Historiador dominicano, autor de importantes obras. Director General del Archivo General de la Nación.

liberales como Mella, resultaba más adecuado insertarse en la situación política, pese al predominio conservador, que mantenerse aislado. Al igual que otros, no estaba movido por aspiraciones de carrera o por conveniencias, sino por el convencimiento de con su participación en los asuntos públicos contribuía a que



Matías Ramón Mella.

<http://gregoriogilbert1102.minerd.edu.do/2014/02/cantando-el-himno-matias-ramon-mella.html>

el proceso tomara los mejores cauces dentro de lo posible. Puede juzgarse, sin embargo, que esa alternativa dificultó la consolidación de una corriente liberal, lo que retrasó la evolución política del país. Adicionalmente, se pueden advertir fallas en determinadas actuaciones de Mella, quien se involucró en episodios que no tenían relación con una finalidad patriótica.

Pero, al igual que para Francisco del Rosario Sánchez, había un límite fundamental en esta cooperación con los conservadores: que se respetara la independencia dominicana. Ese principio hizo que se convirtiera en uno de los adalides de la soberanía dominicana y rompiera relaciones con Santana cuando decidió anexar el país a España.

## Iniciación revolucionaria

Matías Ramón Mella nació en Santo Domingo el 25 de febrero de 1816, vástago de Antonio Mella y Francisca Castillo, quienes conformaban un hogar típico de clase media. El padre era mercader de profesión. Es poco lo que ha trascendido acerca de su niñez, pero se puede suponer que recibió la educación que podía adquirirse en aquella época.

Contrajo matrimonio en 1836, a los 20 años, con Josefa Brea, su compañera en afanes patrióticos, también de familia urbana de clase media. La pareja Mella-Brea tuvo cuatro hijos: Ramón María, Antonio Nicanor, América María e Ildefonso, nacidos entre 1837 y 1850. Uno de ellos, Ramón María, fue un continuador del ejemplo de su padre: sirvió en la Restauración y luego combatió la implantación del gobierno de los Seis Años de Buenaventura Báez para fallecer en prisión en 1868. Un nieto, Julio Antonio Mella, hijo de Nicanor, fue un prominente líder estudiantil revolucionario de Cuba.

Los hijos de Mella mantuvieron la tradición patriótica de la familia. Su hermano Ildefonso Mella Castillo lo acompañó en los trajines de La Trinitaria y fue uno de los primeros en protestar contra la anexión a España. Encontrándose en Puerto Plata, recorrió a caballo la ciudad ondeando una bandera mientras gritaba: “Viva la bandera dominicana, pésele a quien le pese”. Más tarde fue remitido preso a Cuba.

Dadas sus responsabilidades familiares, Mella se dedicó desde joven a faenas productivas, combinando sus actividades patrióticas y políticas con una vocación constante por el trabajo. En esa época era común que

personas del medio urbano se dedicaran a los cortes de maderas preciosas, en especial la caoba. A menudo los cortadores de madera estaban vinculados a posiciones oficiales, ante todo porque la labor requería del recurso de la autoridad. Mella se inició en esa actividad económica en San Cristóbal y la continuó en Puerto Plata después de su retorno del exilio en 1848. Sin embargo, como era usual, tal desempeño no le proporcionó fortuna, sino un nivel de vida modesto.

Aunque tal vez no figuró entre los que prestaron juramento el 16 de julio de 1838, al decir del propio Duarte, Mella fue uno de los fundadores de la sociedad secreta La Trinitaria. En todo caso, sobresalió como uno de los activistas más connotados del contingente de jóvenes que se propusieron derrocar el yugo haitiano y fundar la República Dominicana. La divisa de su personalidad fue la acción, pero penetrada de las motivaciones excel-sas que había predicado Duarte. Precisamente por ello, Mella fue uno de los jóvenes que se inició en las luchas patrióticas teniendo por enseña el culto a la personalidad del padre de la patria.

### **Hacia el 27 de febrero**

Duarte y sus compañeros lograron crear en el ánimo de muchos dominicanos la convicción de que era factible lograr la independencia. Es lo que explica que estuvieran preparados cuando se iniciaron pugnas por el poder entre sectores dirigentes de la sociedad haitiana. Desde inicios de la década de 1830, en la Cámara de Diputados de Haití surgió una oposición liberal contra el presidente

Jean Pierre Boyer. Casi todos los delegados del Departamento del Sur formaban parte de esta oposición, que tenía por base social a un segmento del mismo sector mulato dirigente. Boyer procedió a destituir a algunos de los liberales electos, principalmente Hérard Dumesle y David Saint Preux, con lo que su gobierno adoptó tintes dictatoriales no disimulados.

Los jefes liberales acudieron a la conspiración con el objetivo de derrocar a Boyer. Enterado de los planes de los liberales haitianos y dando muestras de lucidez sobre lo que debía ser el proceso de preparación de las condiciones para la independencia dominicana, Duarte decidió entablar una alianza con ellos. El padre de la patria debió calcular que la caída del régimen de Boyer daría lugar a un agravamiento de los conflictos en el interior de Haití y debilitaría el Estado haitiano.

En esa tesitura y conscientes de que se avecinaban grandes acontecimientos, los trinitarios entablaron relaciones con haitianos liberales que residían en la ciudad de Santo Domingo. Duarte envió a Mella a Les Cayes, bastión de la oposición liberal haitiana, con el fin de ofrecer apoyo y coordinar actividades. Mella llegó a la ciudad meridional de Haití un día antes de que se iniciara la sublevación contra Boyer, pero tuvo tiempo para entrevistarse con algunos dirigentes políticos liberales de esa ciudad. Para facilitarse libertad de movimientos, se hospedó en la casa de Maximilien de Borgella, quien había establecido amistad con su familia mientras desempeñaba la función de gobernador de Santo Domingo.

Por esos días, a finales de enero de 1843, en la finca Praslin, propiedad de Charles Hérard (*Rivière*), situada

en los alrededores de la ciudad de Les Cayes, estalló el movimiento insurreccional denominado La Reforma. Al cabo de mes y medio de operaciones militares en la dilatada península del sur de Haití, las tropas de Boyer acabaron siendo derrotadas, lo que determinó la huída del dictador y la instalación de Charles Hérard como presidente provisional.

Puede inferirse que los trinitarios y los liberales haitianos de la ciudad de Santo Domingo no disponían de mucha fuerza, pues tuvieron que esperar a que llegaran las noticias de que Boyer había presentado renuncia para iniciar una sublevación a favor de La Reforma. En realidad, mucha gente se tiró a la calle espontáneamente cuando se supo de los acontecimientos en la capital haitiana. Pero los trinitarios se pusieron al frente de las manifestaciones, con lo que se convirtieron en los representantes de los anhelos de la población.

Mella fue uno de los que sobresalieron en los acontecimientos que llevaron a la capitulación de las autoridades boyeristas de Santo Domingo. Por eso fue designado, junto a Duarte, miembro de la Junta Popular de Santo Domingo, órgano local de poder en el que coexistieron trinitarios y liberales haitianos. Rápidamente las relaciones entre los dos sectores se deterioraron. Los trinitarios pasaron a realizar una propaganda independentista casi abierta, y sobre la base de esa prédica ganaron en Santo Domingo las elecciones locales celebradas el 15 de junio. En este momento se consumó la ruptura entre liberales haitianos (reformistas) y los liberales dominicanos (trinitarios), al igual que entre estos últimos y los conservadores dominicanos, quienes se propusieron a

partir de entonces separarse de los haitianos a través del protectorado y su posterior anexión a Francia, por lo que fueron designados como afrancesados.

La importancia de Mella en los acontecimientos se aprecia de nuevo en la decisión de Duarte de enviarlo a hacer propaganda independentista al Cibao. En ese momento se debatía quién obtendría la representación del pueblo dominicano, abriéndose un antagonismo entre liberales y conservadores. La misión de Mella consistió en obtener el mayor número de adhesiones entre las personas de significación social y política de las ciudades cibaenas, centrando sus acciones en San Francisco de Macorís y Cotuí.

Algunos conservadores dominicanos delataron a las autoridades haitianas los propósitos de los trinitarios, por lo que, a principios de julio, el presidente Hérard estimó necesario realizar una marcha de intimidación. Por cada localidad que pasaba, hacía arrestar a los sospechosos de albergar intenciones independentistas. Mella fue detenido en San Francisco de Macorís en una redada de patriotas y remitido a Port-au-Prince.

Cuando estimó que había sido superado el peligro de un estallido independentista, a mediados de septiembre de 1843, Hérard ordenó que los dominicanos apresados fueran liberados. El presidente haitiano llegó a la conclusión equivocada de que los dominicanos carecían de la fuerza necesaria para hacerse independientes. Podía partir del cálculo de que la población dominicana ascendía a unas 135,000 personas, frente a unas 800,000 en Haití. Hérard también debió calcular que las medidas represivas que había aplicado bastaban para aplacar la

agitación, por lo que prefirió concentrarse en la solución de otros problemas que estimaba más apremiantes para su supervivencia en el poder. Los partidarios de Boyer maniobraban para retomar el mando, lo que hizo que Hérard dejara de prestar atención a lo que sucedía en la lejana, pobre y poco poblada “Partie de L’Est”, hecho que benefició a los trinitarios.

Mella reinició sus labores en pro de la independencia y tomó iniciativas por su cuenta. La más importante, por lo que indican los documentos, fue propugnar por una alianza con los conservadores. Al hacer balance de la redada practicada por Hérard, llegó a la conclusión de que el sector liberal carecía de la fuerza necesaria para derrocar por sí solo al dominio haitiano. Inicialmente, Francisco del Rosario Sánchez, quien había quedado al frente de los trinitarios tras la salida de Duarte, se opuso a este planteamiento, intentando que la declaración de independencia fuera hecha por los trinitarios por separado. Finalmente Sánchez fue convencido de la pertinencia de la alianza, por lo que retomó la colaboración con Mella. Este último había establecido relaciones con Tomás Bobadilla, uno de los conservadores de más prestancia, quien también había llegado a la conclusión de que procedía superar las divergencias con los “muchachos”, puesto que ninguna de las dos partes tenía la capacidad de impulsar la independencia sin el concurso de la otra.

La incidencia de Mella en el acuerdo entre liberales y conservadores lo llevó a ser uno de los inspiradores del Manifiesto del 16 de Enero de 1844, documento que exponía los motivos de la independencia de Haití. El conte-

nido del documento fue primero discutido entre Sánchez y Mella, quienes luego lo presentaron a Bobadilla, a fin de que le introdujera correcciones y ampliaciones, en reconocimiento a su experiencia y capacidad intelectual y porque actuaba como el representante de los sectores sociales superiores. En los días previos al 27 de febrero, tras el acuerdo entre liberales y conservadores, Mella tuvo participación en todo lo que se tramaba.

Fue de los primeros en presentarse la noche del 27 de febrero a la Puerta de la Misericordia, donde se había dado cita el contingente que participaba en la conspiración independentista. Al apreciar vacilaciones, decidió disparar el célebre trabucazo, que obligó a los presentes a mantenerse en sus puestos. Algunos de los asistentes recordaron que Mella acompañó el trabucazo de malas palabras, lo que desmiente la versión de que el disparo fuera accidental. Manuel Dolores Galván relata que antes de lanzar el trabucazo expresó: *“No, ya no es dado retroceder: cobardes como valientes, todos hemos de ir hasta el fin. Viva la República Dominicana”*. Un hecho aparentemente tan trivial como un disparo fue decisivo en la culminación de lo planeado para la noche del 27 de febrero.

### De vuelta al Cibao

El 28 de febrero se constituyó la Junta Central Gubernativa, primer gobierno dominicano, donde Mella quedó como vocal. La primera misión que se le encomendó fue marchar hacia el Cibao, con el fin de dirigir la defensa frente a los haitianos y proceder a la organización del

nuevo Estado en esa región, la más importante del país desde el punto de vista de la riqueza económica y la cuantía de su población.

Con el grado de coronel y delegado de la Junta, Mella se propuso organizar la defensa alrededor de Santiago, epicentro de la región. Tenía conciencia de que si esa ciudad caía se le abriría el camino a los haitianos para marchar sobre Santo Domingo. Al llegar, sustituyó a su comandante de armas y captó que faltaba gente para la defensa, por lo que dejó un cuadro de mando y un plan de combate antes de marchar hacia San José de las Matas, principal localidad de lo que se conocía como La Sierra, a fin de hacer reclutamientos. También dejó instrucciones para obligar a los personajes influyentes de la Línea Noroeste que aún vacilaban a subordinarse al gobierno dominicano, evitar acciones de poca monta contra los haitianos y concentrar todos los recursos en la defensa de Santiago, puesto que resultaba la posición de más fácil defensa. Ponderaba, además, que Santiago estaba lejos de la frontera, por lo que llegar hasta allí implicaba marchas agotadoras y dificultades de abastecimiento.

Al abandonar Santiago en dirección a La Sierra, Mella no calculó la capacidad de maniobra del enemigo. El gobernador del Departamento del Norte de Haití, general Louis Pierrot, dispuso el avance de 10,000 hombres sobre Santiago a marchas forzadas. Esto se facilitó por el hecho de que no registró casi ninguna oposición a causa de la superioridad numérica y de la directriz de Mella de concentrar todos los recursos disponibles en Santiago.

Mella había dejado el mando de la ciudad en manos del francés José María Imbert, residente en Moca, quien

tenía formación militar. Las previsiones tomadas por Mella y la competente dirección de Imbert dieron por resultado que el 30 de marzo se infligiese una derrota aplastante a los haitianos, quienes tuvieron cientos de muertos, mientras que, al parecer, pocos dominicanos perdieron la vida. El desconcierto para los haitianos fue tan grande que Pierrot aceptó una tregua y decidió retornar precipitadamente a Cabo Haitiano cuando le fue mostrado un volante que recogía la falsa noticia de que el presidente Hérard había muerto en Azua. Esta retirada garantizó la seguridad del Cibao.

En abril y mayo Mella se dedicó a consolidar la defensa de la región y dispuso el avance de las tropas dominicanas hasta la frontera. Como representaba a los liberales, enfrentó la oposición de sectores conservadores de la región, quienes obedecían a la orientación de la mayoría de la Junta Gubernativa. Pero Mella obtuvo un amplio apoyo, lo que era una señal de que en el Cibao las posiciones liberales hallaban mayor acogida que en Santo Domingo. La capital era el foco del grupo conservador, como residencia de los sectores dirigentes provenientes de la colonia.

Por otra parte, en la Banda Sur subsistían relaciones sociales que en gran medida tenían origen en los tiempos coloniales, sobre todo la ganadería extensiva. En cambio, en los alrededores de Santiago se había ido desarrollando la producción de tabaco que permitía la aparición de un campesinado vinculado al mercado y de una clase media urbana más moderna y dinámica que la existente en Santo Domingo.

A pesar de ese contexto social favorable, las dificultades que confrontaba Mella se agudizaron después de

que Duarte impulsó la expulsión de los conservadores de la Junta Gubernativa en junio de 1844. Como lo expone Federico García Godoy en su novela histórica *Ru-finito*, los sectores conservadores del Cibao se dedicaron a intrigar y a relacionarse con Santana, en quien depositaban su confianza.

Ante tal situación de divergencias, los trinitarios, que controlaban el gobierno tras la expulsión de los conservadores, decidieron enviar a Duarte al Cibao, a fin de reforzar la autoridad de Mella.

Este promocionó que Duarte fuera recibido en forma apoteósica en todas las poblaciones que iba atravesando. En Santiago la tropa y el pueblo reunidos aclamaron a Duarte como presidente de la República. Tal vez Mella promovió el pronunciamiento, aunque no cabe duda que Duarte era considerado como el padre de la patria y operó como intérprete de un sentir popular, contrario a lo que han afirmado algunos historiadores, que sostienen que los trinitarios carecían de influencia en esos álgidos momentos.

Varios historiadores también han criticado a Mella por haber encabezado la proclama de Duarte como presidente, con el argumento de que fue un acto improvisado y el primero de los pronunciamientos ilícitos que darían lugar posteriormente a las contiendas civiles. En realidad, la proclama respondía a un criterio bien definido

—◆—  
**los trinitarios,  
que  
controlaban el  
gobierno tras  
la expulsión  
de los  
conservadores,  
decidieron  
enviar a Duarte  
al Cibao...**  
—◆—

que tenían los trinitarios acerca de su jefe y maestro. Adicionalmente, en esos momentos Mella y otros liberales entendían que la suerte de la República corría peligro, lo que justificaba que Duarte fuera elevado al mando supremo. Ellos estimaban imperativo enfrentar los manejos antinacionales de los conservadores, que por todos los medios querían que el país pasara a ser una colonia encubierta de Francia. Por otra parte, no se pretendía establecer una dictadura ilegal, pues la presidencia de Duarte se consideró siempre como provisional, sujeta a posterior consulta con la población, de acuerdo con las concepciones democráticas de los trinitarios.

Lejos de haber sido un error, la proclama de Duarte a la presidencia enaltece la memoria de Mella; muestra que captó en toda su intensidad la grandeza del padre de la patria y lo que representaba contra el anexionismo de los conservadores. Mella evidenció estar dotado de ideas superiores y dio muestras de arrojo y audacia, rasgos que le permitieron un protagonismo práctico sin igual en la lucha por la independencia.

Empero, la proclama de Duarte a la presidencia careció de consecuencias prácticas en la resolución del debate que enfrentaba a conservadores y liberales. El 12 de julio, Santana marchó sobre la ciudad de Santo Domingo, donde no encontró oposición, y al otro día dio un golpe de Estado. Cuando se conocieron los cambios acaecidos en Santo Domingo se debilitó la posición de Mella. Los conservadores cibaños arreciaron la conspiración y los liberales se encontraron sin condiciones para enfrentar la implantación de la dictadura de Santana. De todas

maneras, al inicio Mella logró mantener la fidelidad de las principales autoridades, pero su situación se tornaba cada vez más inestable.

A pesar de su peso económico y demográfico, la región del Cibao carecía de mecanismos de poder, sobre todo en el aspecto militar, al no existir sistemas de mando que pudieran competir con los de Santo Domingo. Una parte considerable de sus dirigentes –aunque no eran partidarios de Santana y los conservadores–, llegaron a la conclusión de que resultaba imposible oponerse a ellos, porque se introducía el riesgo de una guerra civil, en la que probablemente serían derrotados y abrirían las puertas al retorno de los haitianos. El temor de los dirigentes cibaños a la guerra civil, que los llevó a inclinarse por un acuerdo con la autoridad establecida en Santo Domingo, significó la derrota de la región frente al centralismo de Santo Domingo, lo que se reiteraría en ocasiones ulteriores.

Sometido a la presión de algunas figuras prestigiosas de la zona, Mella decidió ir a Santo Domingo a negociar con Santana a nombre del Cibao. Al llegar, a finales de agosto, fue de inmediato reducido a prisión, lo que dio la señal para que todas las autoridades cibañas decidieran acatar la autoridad de Santana. La hostilidad hacia Mella fue encabezada por el general Francisco A. Salcedo (*Tito*), pero otras figuras con postura dubitativa, como el general Antonio López Villanueva, decidieron plegarse a la Junta conservadora. De hecho, nadie osó prestarle apoyo a Duarte después de que Mella abandonó Santiago.

## Con Santana

Mella fue deportado a Europa junto a los otros trinitarios que habían escenificado hasta el final el conflicto con los conservadores. Se estableció en Puerto Rico, en espera del desarrollo de los acontecimientos. Al igual que otros, retornó al país en ocasión de la amnistía del presidente Manuel Jiménez, en 1848. Casi inmediatamente después de retornar, Mella se incorporó a la administración pública, dado el deseo de Jiménez de contar con el respaldo de sus antiguos compañeros de La Trinitaria. Pero, por razones no claras, se mostró hostil con Manuel, anatematizado en forma caricaturesca por supuesta ineptitud. Cuando el presidente haitiano Soulouque inició su ofensiva, en marzo de 1849, Mella encabezó una tropa enviada hacia la frontera para hacerle frente. Forzado a retirarse hasta Azua, aconsejó a Antonio Duvergé continuar la retirada hacia Baní. Dos semanas después, Santana ocupaba la jefatura del ejército por imposición del Congreso. Mella tomó parte en el combate de Las Carreras, en uno de los principales puestos de mando.

Tras propinar la célebre derrota a las tropas haitianas, Santana desconoció al gobierno de Jiménez. Mella se vinculó a Santana, quien lo nombró su secretario particular. Al igual que Sánchez, Mella visualizó que no había posibilidad de reconstituir un agrupamiento liberal, por lo que creyó necesario integrarse a la política vigente. Ahora bien, los dos próceres tomaron posturas en gran medida divergentes en la política de la época: mientras Sánchez se asoció con Buenaventura Báez, Mella mantuvo una relación constante con Santana. Mella llegó al error de secundar al autócrata en la orientación de asociar la suerte

del país con la protección de una potencia. Esa posición abre una etapa difícil de evaluar de la vida de Mella, que como parte del equipo dirigente que rodeaba a Santana, mantuvo silencio ante las actuaciones despóticas del gobernante. Sin embargo, no renunció a sus concepciones liberales; aun cuando llegó a aceptar el establecimiento de un protectorado, en todo momento lo condicionó a que se respetara el *status* independiente del Estado.

En la primera administración de Buenaventura Báez, Mella fue designado secretario de Hacienda, posición en la que se mantuvo por breve tiempo. Por razones que no están claras, no estableció buenas relaciones con el mandatario y se retiró a la vida privada en Puerto Plata, donde montó un corte de caoba. Cuando Santana retornó al poder, denunció a Báez y lo desterró, Mella se puso de parte del primero.

### Misión en España

La actuación más importante de Mella durante esos años fue la misión diplomática ante el gobierno español, con el fin de que aceptara hacerse cargo de un protectorado sobre la República o, en caso de no interesarle, que hiciera un reconocimiento diplomático. Mella creía que los planes de Soulouque constituían un peligro real e inminente, y que al país no le quedaba otra salida que obtener la protección de una potencia. En la memoria colectiva seguía vivo el pánico que produjo la invasión del jefe haitiano en 1849, y los informes que llegaban a la capital dominicana indicaban que en cualquier momento se produciría una nueva invasión. Se puede colegir que en este temor radicaba la base del acuerdo de Mella con

la jefatura de Santana, quien era visto como garantía de la independencia frente a las agresiones del Estado haitiano.

A mediados de diciembre de 1853, Mella se embarcó hacia Puerto Rico, donde obtuvo credenciales del gobernador, y de ahí continuó hacia España. Llegó a la antigua metrópoli a inicios de febrero de 1854 y durante los meses siguientes sostuvo negociaciones con funcionarios de Madrid, sin consecuencia alguna. En ese momento España no tenía interés en hacerse cargo de un protectorado sobre República Dominicana, y se negó a reconocer la independencia por considerar que no le acarrearía ventajas. Mella argumentó a los funcionarios españoles que mediante el protectorado sobre República Dominicana se consolidaría la posesión de Cuba y Puerto Rico. Estos argumentos indican que, al menos en ese momento, carecía de una concepción de solidaridad con los pueblos antillanos. La misión de Mella en pos del protectorado español constituye el episodio más controversial de su vida, puesto que entraba en flagrante contradicción con los postulados nacionales del liberalismo. Es posible que, en medio de su tarea, él captara la ambivalencia de lo que hacía, de lo que hay señal por la prisa que tuvo desde cierto momento en retornar al país.

A fines de mayo abandonó Madrid y llegó enfermo a Santo Domingo en los primeros días de agosto. Días después recibió votos para la vicepresidencia.

### **En la Revolución de 1857**

Al retornar de España, Mella pidió que se lo comisionara en Puerto Plata, a fin de poder atender su corte de caoba; tras declinar el nombramiento de secretario

de Guerra fue designado comandante de armas de esa plaza. Aceptó poco después el puesto de gobernador de La Vega y se hizo uno de los consejeros de Santana en los momentos en que era atacado por el cónsul español Antonio María Segovia. Esta hostilidad de España se debió a que, al fracasar la misión de Mella en Madrid, Santana orientó la búsqueda de protección hacia Estados Unidos. Alarmada, España consideró que debía reconocer la independencia dominicana, a fin de evitar que el país cayera en la órbita de Estados Unidos, lo que podría tener efectos perjudiciales para la estabilidad de su dominio sobre Cuba, isla que los norteamericanos aspiraban anexarse.

En 1856, el cónsul español Antonio María Segovia dispuso que los dominicanos que lo quisieran se inscribiesen como súbditos españoles, lo que puso en jaque al régimen de Santana. Los partidarios de Báez se inscribieron en el consulado y se ampararon en su condición de españoles para desplegar una oposición activa. En un momento se propuso a Mella para que ejerciera la dictadura a fin de contrarrestar al cónsul español, pero no aceptó. En cambio, él abogó por expulsar a Segovia, propuesta que Santana desestimó. Se refiere que en esa ocasión Mella exclamó:

***“El Gobierno Constitucional tiene fuerza bastante en la ley para hacerse respetar y salvar la Nación. Yo, Gobierno, cojo a Segovia, lo envuelvo en su bandera y lo expulso del país”.***

En el proceso de renuncia de Santana, Mella fue propuesto para la vicepresidencia, lo que indica la importancia que había adquirido entre sus seguidores. Este,

sin embargo, prefirió a figuras de mayor confianza, como Felipe Alfau. Fue designado Manuel de Regla Mota, pero tuvo que renunciar al poco tiempo para cederle el paso a Báez.

Desde que volvió por segunda vez a la presidencia, Báez dispuso el arresto y expulsión de Santana, mas permitió que casi todos sus partidarios permanecieran en el país. Mella se mantuvo en Puerto Plata, alejado de los asuntos públicos y concentrado en su corte de madera.

El 7 de julio de 1857, al año de que Báez volviera al poder, estalló en Santiago una rebelión que desconoció su autoridad. Se estableció un gobierno en Santiago y sus tropas avanzaron con rapidez por todo el país. Uno de los escasos puntos donde los cibaños pudieron ser contenidos fue en Samaná, cuya defensa estuvo a cargo del general Emilio Parmantier. Las fuerzas atacantes se mostraron impotentes para expulsar a los baecistas. El cerco a la amurallada Santo Domingo y los combates en Samaná fueron las acciones que concentraron la atención del gobierno de Santiago. La dirección del cerco de Santo Domingo fue encomendada a Santana, mientras Mella fue destinado a Samaná, tras ser designado secretario de Guerra por el presidente José Desiderio Valverde en febrero de 1858. En mayo Mella desalojó a los baecistas de Samaná. Aunque no coin-

---

◆

**Mella fue  
destinado a  
Samaná, tras  
ser designado  
secretario de  
Guerra por  
el presidente  
José Desiderio  
Valverde**

---

◆

cidieron en combate frontal, la Revolución de 1857, puso en bandos contrarios a Mella y a Sánchez, este último con el cargo de gobernador de Santo Domingo del gobierno de Báez.

### Ruptura con Santana

Mella se mantuvo relacionado a Santana después que tomó la presidencia de la República por última vez en agosto de 1858, tras la huida de Báez. A pesar de la consideración que le había mostrado el presidente Valverde, Mella apoyó el golpe de Estado de Santana, quien lo nombró de nuevo comandante de armas de Puerto Plata. Pero las relaciones entre ambos empezaron a deteriorarse a consecuencia de las gestiones para anexar el país que desplegabá Santana, con las cuales Mella mostró desacuerdo. En enero de 1860 Santana dispuso la deportación de Mella hacia Saint Thomas. En esa pequeña isla Mella experimentó terribles padecimientos de enfermedad y pobreza y, apremiado por necesidades, aceptó pequeñas ayudas del gobierno. Después de un tiempo, se le permitió retornar al país.

Cuando se hizo patente que la anexión era inminente, Mella reiteró su desacuerdo y anunció que no acataría la disposición, y de nuevo fue apresado y deportado. Desde un barco inglés, intentó iniciar un movimiento armado en Puerto Plata días después de proclamada la anexión. En carta a Santana del 3 de julio de 1861 le expresó:

***“Ha llegado el caso de recordarle por medio de esta carta que no soy súbdito de Su Majestad Católica ni he trocado ni deseo trocar mi nacionalidad por otra alguna, habiendo jurado desde el día 27 de febrero de 1844 ser***

*ciudadano de la República Dominicana, por cuya independencia y soberanía he prestado mis servicios, y ofreciéndolos cuando mi escasa capacidad y poco valimiento me lo han permitido. Por idénticas razones jamás me ha ocurrido pensar, menos pretender, ser general español, cuyo título en mí, como general dominicano que ningún servicio he prestado a España, fuera un sarcasmo que poniéndome en ridículo, me haría a la vez objeto de discreta desconfianza entre los mismos españoles”.*

En la carta Mella le advertía al autócrata anexionista: *“Cumpliré con mi deber del modo que me sea posible, siempre como hijo y ciudadano de la República Dominicana”.* Con esta declaración ante la traición de Santana, recobró su estatura de prócer. No pudo alistarse a la expedición de Sánchez a causa de su mal estado de salud.

### **Vicepresidente restaurador**

Después del fusilamiento de Sánchez, Mella se mantenía atento a la evolución de los acontecimientos, buscando la forma de reiniciar la lucha contra el dominio español. En dos ocasiones intentó ingresar al país por Puerto Plata, pero fue sorprendido por las autoridades. Se puede entender que el 15 de agosto de 1863, un día antes del grito de Capotillo, ingresara al territorio nacional tras haber hecho el simulacro de aceptar la ciudadanía española. A los pocos días de llegar a Puerto Plata se unió a las tropas restauradoras y fue requerido por el gobierno formado en Santiago a mediados de septiembre.

Desde su inicio, el gobierno nacional de Santiago le encomendó tareas de primera importancia, en reconocimiento de su capacidad militar y sus méritos patrióticos.

En los primeros días de 1864 fue designado ministro de Guerra. En tal calidad fue comisionado como delegado del gobierno en el sur, misión que aceptó pese a su deteriorado estado de salud, consciente de las dificultades que enfrentaba la guerra nacional en la región. Hizo el trayecto a San Juan a través de Jarabacoa y Constanza en febrero de 1864. No le pudo cumplir su cometido, a causa de la resistencia que le opuso el general Juan de Jesús Salcedo, *Perico*, un sujeto carente de cualquier condición patriótica. Mella permaneció solo unos días en su destino y tuvo que retornar a través de abruptos caminos en Haití. Ese viaje agravó su salud, carcomida por el cáncer. El gobierno de Santiago tuvo que enviarle una litera para que pudiera llegar a la ciudad.

Desde antes de hacerse cargo del Ministerio de Guerra, trazó orientaciones para las operaciones contra las tropas españolas. Había observado que los encuentros frontales llevaban a la derrota de los dominicanos, como le había ocurrido al presidente José Antonio Salcedo, *Pepillo*, en San Pedro, en enero de 1864. Emitió una circular relativa al empleo del método guerrillero. En el texto, que condensaba su genio militar y su compenetración con el medio dominicano, argumentaba que las desventajas en organización y armamentos obligaban a los dominicanos a adoptar una táctica de guerra de guerrilla, adelantándose a las exposiciones teóricas sobre esta táctica. Algunos de los puntos principales de su extraordinario texto son los siguientes:

***Nuestras operaciones deberán limitarse a no arriesgar jamás un encuentro general, ni exponer tampoco a la fortuna caprichosa de un combate la suerte de la***

*República; tirar pronto, mucho y bien, hostilizar al enemigo día y noche; interceptarles sus bagajes, sus comunicaciones, y cortarles el agua cada vez que se pueda [...].*

*Agobiarlo con guerrillas ambulantes, racionadas por dos, tres o más días, que tengan unidad de acción a su frente, por su flanco y a retaguardia, no dejándoles descansar ni de día ni de noche, para que no sean dueños más que del terreno que pisan, prendiéndolos siempre que se pueda [...].*

*No dejarlo dormir ni de día ni de noche, para que las enfermedades hagan en ellos más estragos que nuestras armas; este servicio lo deben hacer sólo pequeños grupos de los nuestros, y que el resto descanse y duerma.*

*Si el enemigo repliega, averígüese, ese bien, si es una retirada falsa, que es una estratagema muy común en la guerra; si no lo es, sígasele en la retirada y destaquen en guerrillas ambulantes que le hostilicen por todos lados; si avanzan hágaseles caer en emboscadas y acribílese a todo trance con guerrillas, como se ha dicho arriba, en una palabra, hágasele a todo trance y en toda la extensión de la palabra, la guerra de manigua y de un enemigo invisible.*

Después de retornar del sur fue designado vicepresidente de la República, pero el agravamiento de su enfermedad le impidió desempeñar funciones. Al poco tiempo quedaba postrado en su pobre morada de Santiago, construida apresuradamente después del incendio que sufrió la ciudad. En el lecho de muerte tuvo la satisfacción de recibir la visita de Duarte, tras 20 años sin verse; se

reencontraban en el fragor de una guerra que daba plena razón a los postulados que ambos habían defendido.

Antes de morir, Mella pidió que su cadáver fuera envuelto en la bandera dominicana. Expiró en la cama el 4 de junio de 1864, con tal temple como si lo hubiera hecho en combate. Al advertir la llegada del momento final sacó fuerzas para exclamar “*Viva la República Dominicana*”.

### Bibliografía

- Academia Dominicana de la Historia. *Homenaje a Mella*. Santo Domingo, 1964.
- Cruz Sánchez, Filiberto. Mella. *Biografía política*. 2da ed. Santo Domingo, 1999.
- García, José Gabriel. *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*. Santo Domingo, 1971.
- Jiménes Grullón, Juan Isidro. *Sociología política dominicana*. Vol. I. Santo Domingo, 1975.
- Martínez, Rufino. *Diccionario biográfico-histórico dominicano (1821- 1930)*. Santo Domingo, 1997.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Antecedentes de la Anexión a España*. Ciudad Trujillo, 1955.
- \_\_\_\_\_. *Actos y doctrina del gobierno de la Restauración*. Santo Domingo, 1963.
- Soto Jiménez, José M. *Semblanzas de los adalides militares de la independencia: galería de nuestros próceres militares de la guerra de la separación*. Santo Domingo, 1988.

---

— Fuente —

---

\* Roberto Cassá, *Personajes Dominicanos*, t. I, Editora Alfa y Omega, Santo Domingo, R. D., 2013. Reproducido con la anuencia de la Editora.



Juan Pablo Duarte  
Exposición dirigida al  
Congreso Nacional 1894

EMILIANO TEJERA\*

Señores Diputados:

Es ley natural de todo organismo crecer y progresar. Tiende a crecer y desarrollarse la planta; tiende a crecer y mejorar el bruto; tiende a crecer y progresar el hombre; tienden a crecer y progresar las sociedades, que no son otra cosa que agrupaciones de hombres, unidos con el propósito de cumplir esa ley de progreso, mediante los beneficios de toda clase que, a fuertes y débiles, proporciona el poderoso medio de la reunión de esfuerzos comunes, o la asociación, siempre que ésta se halle vivificada en todas sus manifestaciones, por los eternos principios de la equidad y de la justicia.

Pero para vivir, crecer y mejorar, necesitan, así el hombre como los pueblos, que el espacio de terreno en que deben existir se preste a facilitarles los medios necesarios para cumplir la ley del progreso, y que esos medios

---

\* Poeta e historiador dominicano, siglo XIX.

no sean disminuidos o anulados por fuerzas absorbentes propias o extrañas. Podrá vivir, pero no desarrollarse convenientemente, el pueblo que no pueda tener toda la expansión que su progreso exija, o que vea mermados o mal distribuidos los productos de su actividad. Para prosperar, tanto los individuos como las sociedades, necesitan ser inteligentes, instruidos, trabajadores y morales, y además, independientes, libres y bien gobernados.

Los hombres se vanaglorian a menudo del estado de su civilización; pero los hechos demuestran que hombres y gobiernos obedecen con gran frecuencia el egoísmo, que es la ley del animal, menospreciando o no acatando el derecho, que es la ley del ser racional. Muchos siglos transcurrirán antes de que el débil, el bárbaro y el ignorante encuentren un escudo eficaz para su derecho en la conciencia del fuerte, armado e irresponsable.

Los dominicanos —entendiendo por este nombre los habitantes de la parte española de Santo Domingo— estuvieron por siglos bajo el dominio de la noble nación que enlazó el Nuevo Mundo con el Antiguo. Más bien que vivir, vegetaban; pero vegetaban contentos, porque el gobierno era paternal, y todos, gobernantes y gobernados, libres y esclavos, formaban casi una familia. España daba de corazón a su colonia lo que a su juicio era mejor, y Santo Domingo no parecía echar de menos ni aún siquiera la libertad comercial, pedida desde los comienzos de la conquista, y que probablemente habría variado a la larga las condiciones de su existencia social y política. Así se vegetó por siglos entre peripecias de todo género.

Un día, el 1º de diciembre de 1821, se proclamó la separación de la parte española de Santo Domingo y su

<http://www.buscabiografias.com>



José Núñez de Cáceres

<http://www.wikipedia.com>



Jean-Piere Boyer

reunión a Colombia. El paso era muy aventurado. Escasa la población —apenas 80,000 habitantes—; mermada la riqueza pública; nulas las rentas; insignificante el comercio; vacilante o contraria la opinión pública, arraigada a sus antiguos hábitos ¿cómo iba a sostenerse la naciente entidad política, sin un solo ejército contra un vecino diez veces más numeroso, organizado, aguerrido, provisto de recursos de todo género, agujijoneado por el vivo deseo de adueñarse por completo del territorio de la Isla, y ensoberbecido con los recientes triunfos que produjeron la unidad haitiana? Son hasta ahora un secreto para la historia las causas que impulsaron a Don José Núñez de Cáceres a separar a su país de España en momentos tan expuestos; aunque se nota que había comprendido los peligros de la empresa en el hecho de no proclamar la independencia absoluta —que tal vez era su anhelo— y sí, la unión a Colombia, que le ofrecía más probabilidades de éxito. Pero ¿podía él contar realmente con el asentimiento y los recursos de Colombia? ¿Podrían llegarle a tiempo para sostener su obra? Los hechos destruyeron su esperanza, si la fundaba en semejantes bases. Boyer, que espía el

momento oportuno para caer sobre su presa, esparció sus agentes por todas partes, y sin más espera, y desdeñando sabios consejos que le fueron dados por un previsor estadista haitiano, invadió el país, dominándolo a poco a favor de dos cuerpos de tropa numerosos, que entraron por las fronteras del Norte y del Sud. Setenta días después de proclamada la unión a Colombia, el ejército de Haití ocupaba las fortalezas de Santo Domingo, y sus hijos tenían que agregar al dolor de verse sometidos a odiosos extranjeros, el que les causaba el sarcasmo de oír calificar de voluntaria y solicitada esa unión, que el país entero rechazaba, y que sólo algunos pocos esclavos habrían quizás deseado entre las amarguras de su triste condición.

Veintidós años gimió el dominicano en la dura servidumbre. ¿Qué ocurrió en ese lapso de tiempo? ¿Qué pasos se dieron en la vía del progreso? ¿Qué otro beneficio, fuera de la redención de los esclavos, se derivó de acontecimiento tan trascendental?

¡Ah! contrita el ánimo el solo recuerdo de época tan luctuosa. ¡Cuánto horror! ¡Cuánta ruina! ¡Cuanta amargura deborada en las soledades del hogar! ¡Nunca la elegía animada por intenso y legítimo dolor, produjo quejas más lastimeras que las exhaladas por las madres dominicanas en sus eternas horas de angustia! Pena causaba el nacimiento del niño, pena verlo crecer. ¿Para qué la hermosura de la virgen, sino para que fuera más codiciada por el bárbaro dominador? ¿Para qué el fuerte brazo del varón, si no iba a servirle sino para sostener el arma, que debía elevar en las civiles contiendas, no al más hábil ni más liberal, sino al mejor representante de las preocupaciones populares de raza? ¿Para qué la inteligencia del joven, sino para hacerle

comprender en toda su fuerza la intensidad de su degradación? ¡Qué dolor el del padre al despedirse de la vida, dejando a sus hijos en aquel mar sin orillas, más sombrío y pavoroso que los antros infernales del adusto poeta florentino! ¡Nada grande, nada útil quedaba! Las enredaderas silvestres crecían a su antojo donde antes el cafeto doblaba sus ramas al peso de las rojas bayas, o donde el prolífico cacao encerraba en urnas de oro o púrpura el manjar de los dioses. El grito de los mochuelos interrumpía el silencio de los claustros, que habían resonado un día con los viriles acentos de los Córdoba, Las Casas y Montesinos, y la araña cubría de cortinas polvorientas la cátedra de los sabios profesores que con su ciencia habían conquistado para su patria el honroso calificativo de Atenas del Nuevo Mundo. Los templos iban convirtiéndose en ruinas, o en cuarteles de los sectarios del Vodoux y los conventos eran morada de lagartos y lechuzas. La Iglesia, oprimida en Occidente por la autoridad civil, no podía llenar con entera libertad su misión civilizadora, y los buenos pastores, o tomaban el bordón del peregrino, o debían resignarse, por amor a sus feligreses, a soportar prácticas sociales contrarias a las buenas costumbres antiguas. Las familias pudientes huían de Santo Domingo como se huía antes de Sodoma y Gomorra, y con ellas los capitales, el saber, la ilustración, las prácticas agrícolas. Las confiscaciones legales hacían bambolear el derecho de propiedad, y se preveía la llegada del momento en que el color fuese una sentencia de muerte, y el nacimiento en el país un crimen imperdonable. ¡Y esa situación la soportaban los descendientes de los conquistadores de América! ¡Los que habían vencido a los franceses en cien combates! ¡Los que rechazaron

virilmente los ataques de Penn y Venables! ¡A qué abismos se había descendido! ¡Esclavos de los sucesores de Cristóbal y Dessalines, cuando antes, en mar y tierra, los dominicanos habían paseado enhiesto el pabellón de la victoria, y su sangre había corrido a torrentes, para que la tierra que cubriese sus restos no fuese profanada por la sombra de una bandera extraña!

Pero es una noble raza la viril raza española, la de entidades más individualistas entre todas las que existen en el globo.

Cuando se levanta airada contra la opresión, si su tirano es omnipotente podrá cavarle tumbas; pero imponerle cadenas, jamás. ¡Ah! si como está poseída del sentimiento de su libertad individual, estuviera poseída del respeto que debe tener a la de los demás, y de que, fuera de casos extremos, el derecho no debe sostenerse sino con el derecho, y no con la fuerza ¡qué gran raza sería! Los pueblos, que tienen siquiera una gota de esa sangre generosa no han nacido para la esclavitud. El dominicano es el hijo primogénito de los conquistadores de América, y no le extrañan las heroicidades de Sagunto y de Numancia. Pueblo igual no puede ser esclavo para siempre.

Así lo comprendió Juan Pablo Duarte, al pisar en 1834, de regreso de Europa, las playas de la patria —de la patria no, porque entonces no tenía patria el dominicano— del suelo esclavizado en donde perecían entre las torturas del cuerpo y del espíritu sus infelices coterráneos. Pero en aquella raza había fermento de héroes; en aquella tierra virgen, que recordaba la antigua Grecia, vasto campo para la actividad de un pueblo civilizado; en las ruinas, en los recuerdos, en la historia, mil excitantes enérgicos

con que enardecer el espíritu público y convertir los esclavos en ciudadanos. ¡La cuna de América destinada a ser un girón de África! ¡Cuánto dolor para su ilustre Descubridor! ¡Cuanta afrenta para la España! ¡Y ellos, los descendientes de Colón, de Garay, de Ojeda, de Oviedo, soportarían con vida esa ignominia, cuando ocho siglos de lucha contra otra imposición africana, les mostraban, a la vez que la senda gloriosa, las palmas inmortales que el destino concede a la virilidad y al heroísmo!

Duarte aspiró a plenos pulmones el aire de la patria, y por los poros de su cuerpo se infiltraron sus sentimientos, sus dolores, sus aspiraciones. Hubo unificación íntima, absoluta, entre él y aquella patria adorada. Lamentó con el hacendado la ruina de la finca paterna, obra de años de laboriosos esfuerzos; lloró con la madre, que al recibir en sus brazos al fruto de sus entrañas, lo bañaba con sus lágrimas, sabiendo que ese pedazo de su alma era sólo un esclavo y una preocupación más; compartió las angustias del padre, a quien desvelaban el desquiciamiento de la familia, el incierto y tal vez deshonesto porvenir de la hija, y el cierto vergonzoso destino del hijo, y hasta se enorgulleció con el antiguo esclavo dominicano que, sintiéndose superior en todo a su dominador exótico, sufría con impaciencia su dominio, y anhelaba el momento de probarle que en la tierra dominicana no había división de castas ni de condiciones, y que todos sus moradores formaban una sola familia, unida por la religión y el amor, y dispuesta a confundir sus esfuerzos y su sangre en las luchas gloriosas por la libertad.

Desde ese momento el destino de Duarte quedó fijado para siempre. Todo por la patria y para la patria. ¡Nombre,

juventud, fortuna, esperanzas, cuanto era, cuanto podía ser, todo lo ofrendó en aras de la tierra de su amor! Las grandes causas necesitan grandes sacrificios, y él, puro y justo, se ofreció como víctima propiciatoria. Amor de madre, cariño de hermanas, afectos juveniles tan caros al corazón, ilusiones de perpetuidad cimentadas en un heredero de nuestra sangre y de nuestras virtudes; ¡alejaos, alejaos para siempre! El destino es inexorable, y el sacrificio se consumará. El entendimiento como que vislumbra a veces la razón de estos hechos, al parecer llenos de injusticia; pero el corazón, que no discurre, se acongoja fuertemente, al encontrar que la base de toda obra perdurable es el cadáver de un justo, que no participó en las prevaricaciones pasadas, ni gozará en los festines venideros. ¿Por qué la Independencia necesitó el sacrificio de un Duarte? ¿Por qué la Restauración, el sacrificio de un Sánchez?

Pero a lo lejos brillaba la esperanza. Los errores de Boyer comenzaban a producir sus naturales frutos, y Duarte, que deseaba utilizar en beneficio de su patria la conmoción social esperada, se dio a trabajar con toda la energía de su inquebrantable voluntad. Amistades, relaciones, conciudadanía, todo lo aprovechó en bien de su empresa. Excitó a los indolentes, animó a los tibios, templó a los fogosos, convenció a los errados, y pronto tuvo el placer de notar que la Patria tenía campeones decididos, y que no era un sueño su esperanza de redimirla. La juventud sobre todo, correspondió a su anhelo, y el 16 de julio de 1838 vio nacer “La Trinitaria”, grupo de apóstoles que debían propagar las doctrinas del maestro y mantener siempre encendida la antorcha del patriotismo. Los nombres de sus primeros miembros son: Juan

Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina, Jacinto de la Concha, Félix María Ruiz, José María Serra, Benito González, Felipe Alfau y Juan Nepomuceno Ravelo. Todos firmaron con su sangre el juramento de morir o hacer libre la tierra de sus antepasados.

Entre las decisiones más importantes de “La Trinitaria”, unas tomadas en el comienzo de su existencia y otras más tarde, figuran el nombramiento de Duarte como General en Jefe de los Ejércitos de la República y Director general de la Revolución, y los Pina, Pérez, Sánchez y Mella como Coroneles de los mismos Ejércitos. Estos fueron los únicos grados militares concedidos por “La Trinitaria”; los demás, hasta la creación de la Junta Central, los hizo Duarte, en uso de sus facultades como Jefe de la Revolución.

Los antiguos paladines tenían un lema que sintetizaba sus ideales. Duarte, paladín del derecho, tenía también el suyo, que sintetizaba sus propósitos, y que transmitió íntegro a la futura República: “Patria” y “Libertad”. Pero como la lucha que se iba a sostener era tan desigual, conocidas las fuerzas y la organización del dominador, era preciso buscar en una fuerza moral la compensación que no existía en las materiales. Duarte la encontró en Dios, fuente de justicia y de derecho, y al cual creyó desde luego de su parte, por ser tan santa la causa que sustentaba. No se engañó en esta apreciación, que tenía fundamento sólido en el espíritu religioso de sus compatriotas. El lema de la República Dominicana fue: “Dios”, “Patria” y “Libertad”, y era tanta su influencia, que los primeros campeones de la República invocaban a Dios al comenzar las batallas, creyendo

con esto asegurado el triunfo, y con el nombre de Dios en los labios morían, si la suerte los había destinado a perecer en los combates.

Respira decisión y profundo amor cívico el juramento de los “trinitarios”, ideado por Duarte y firmado con sangre:

*“En el nombre de la santísima, augustísima e indivisible Trinidad de Dios Omnipotente, juro y prometo, por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro Presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes habidos y por haber, a la Separación definitiva del gobierno haitiano, y a implantar una República libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se denominará República Dominicana, la cual tendrá su pabellón tricolor, en cuartos encarnados y azules, atravesados con una cruz blanca; la República establecerá su correspondiente escudo de armas. Mientras tanto, seremos reconocidos los Trinitarios con las palabras sacramentales: “Dios”, “Patria” y “Libertad”. Así lo prometo ante Dios y el mundo: si lo hago, Días me proteja, y de no, me lo tome en cuenta, y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición, si los vendo”.*

El principio racional de la fusión de las razas, que será la salvación de la América tropical, dotándola con una población apropiada a sus necesidades, encontró en Duarte un intérprete fiel, cuando ideó el pabellón dominicano. Dessalines no quería que el elemento blanco entrase en la composición de la nacionalidad haitiana. Duarte lo hizo figurar en la constitución de la dominicana, como elemento civilizador y lazo de unión respecto de los pueblos hispano-americanos y de los demás civilizados del

globo. La bandera dominicana puede cobijar a todas las razas: no excluye ni le da predominio a ninguna. Bajo su sombra todas pueden crecer, fundirse, prosperar.

Sin instrucción no hay ciudadanos verdaderamente libres. Duarte trató de que sus compañeros se elevaran a la altura del destino que estaban llamados a cumplir, y en esta tarea fue ayudado eficazmente por el Presbítero Don Gaspar Hernández, peruano instruido, que continuó la obra de los Cruzados, Moscosos, Valverdes y Cigaranes. También los hizo ejercitarse en las artes de la guerra, para que luchasen sin desventaja con el enemigo que tenían que combatir. A pocos permitió la suerte medir sus armas con los haitianos; pero entre ellos sobresalieron algunos como militares, sobre todo Mella, que en la tarde de su vida, formuló en una circular memorable el plan de guerra\* que permitió a los dominicanos combatir con éxito en la guerra de la Restauración.

Duarte y sus compañeros no se dieron tregua en sus trabajos de propaganda, y al expirar el año de 1842 los adeptos eran numerosos y de valía. Sánchez, los Mellas, Duvergé, los Jiménez, los Conchas, Imbert, Salcedo, los Castillos, los Santanas, Espinosa, los Valverdes, Acosta, los Ramírez, Carrasco, Peña, los Pichardos, Soñé, Tabera, Alvarez, Sosa, Roca, Sandoval, los Contreras, Galván, Lluberes, los Breas, Delmonte, los Bonillas, Perdomo, Rijo, Linares, Abreu, Santamaría, Leguisamón, Regalado, y cien y cien otros, que sería prolijo enumerar, habían sido iniciados en la idea redentora, y a su vez la propagaban

---

\* N. E.: La instrucciones para los dominicanos luchar contra los españoles en la “guerra de guerrillas”.

con ardor. Teatro, asociaciones benéficas, romerías, fiestas campestres y urbanas, trabajos agrícolas... todo se había utilizado como medio a propósito para unificar voluntades y encaminarlas a la redención de la Patria. Las damas emulaban las varoniles matronas de Esparta, y una pléyade de jóvenes, sedientos de gloria, ansiaban por el momento en que, a la voz del jefe amado, debían destrozarse cadenas tan pesadas e ignominiosas. De Oriente a Poniente, de Mediodía a Setentrión corría aire de entusiasmo y libertad, que enardeciendo la sangre juvenil, hacían parecer actos cotidianos la decisión de Daoiz y Velarde y el sacrificio sublime de Ricaurte.

Para fines del 42 estaban prestas al combate las fuerzas que debían derribar el gobierno estacionado de Boyer. Duarte y sus compañeros, siempre activos y en acecho trataron de aprovechar esta oportunidad para el progreso de su obra, y se unieron con los liberales haitianos o “reformistas”, que eran los que deseaban variar el estado de cosas existente. Ramón Mella había sido enviado por Duarte a Los Cayos, para entenderse con los reformistas y combinar el movimiento que debía efectuarse en la Parte española, luego que la haitiana enarbolase el estandarte de la insurrección. Los reformistas comprendieron la importancia que tendría un alzamiento general del país para derribar el arraigado poder de Boyer, y convinieron con el Comisionado dominicano en ponerlo en relaciones íntimas con los amigos que tenían en la Parte española, y en los beneficios que ésta debía obtener por su cooperación en la obra revolucionaria. Con la unión a los liberales se obtenían varios beneficios: facilidades para reunirse sin inspirar sospechas; conocimiento exacto de

las opiniones en juego, y quizá, si las cosas llegaban al terreno de la guerra, adquisición de armas y formación de cuerpos de tropas amigas, utilísimas en lo adelante. Un solo peligro corrían: que el partido reformista triunfante cumpliera sus promesas, y esto aplazase la Separación dominicana. Pero ¿ignoraban ellos acaso que los partidos de oposición tienen cien bocas para ofrecer, y adueñados del mando, sólo una voluntad inactiva para cumplir?

El año 1843 fue fecundo en acontecimientos políticos. La revolución que a principios de él estalló en Los Cayos, acogiendo el manifiesto de Praslin, tuvo fuerza bastante para obligar a Boyer a deponer el mando el 13 de marzo del mismo año. Once días después, el 24, aún luchaba el General Carrié en Santo Domingo, tratando de contener el movimiento de los reformistas, entre los cuales figuraban como elemento importante Duarte y sus compañeros, que con habilidad suma habían logrado que los dominicanos secundaran el pronunciamiento de la Parte haitiana. Al fin, el General Carrié capituló el 26 de marzo, y una Junta Popular de cinco individuos, (Duarte, Jiménez, Pina, Alcuis Ponthieux y M. Morin) en su mayoría dominicanos, vino a dirigir los asuntos públicos, en unión de la autoridad militar, confiada a un reformista.

En 7 de abril de 1843 recibió Duarte de la Junta Popular de Santo Domingo el encargo de instalar y regularizar las Juntas Populares del Este de la Parte Española. No fue desaprovechada esta oportunidad, y las Juntas fueron compuestas en gran parte de elementos favorables a la Revolución dominicana. En este viaje se puso Duarte en relaciones íntimas con el patriota Ramón Santana, a quien poco después dio el grado de Coronel, habiendo logrado

atraerlo por completo a sus miras de independizar el país, sin la ayuda de un poder extranjero. Ramón Santana, con el desinterés característico entonces de los verdaderos patriotas, rogó a Duarte diese el nombramiento de Coronel a su hermano Pedro, que él se conformaba con servir bajo sus órdenes. Duarte no pudo menos de complacer al patriota seibano, cuyo desprendimiento y rectas miras sabía tan bien apreciar.

La lucha entre el elemento dominicano y el elemento haitiano se caracterizó [se perfiló] entonces, pues éste quería aprovecharse exclusivamente de los beneficios de la Reforma, en tanto que aquél deseaba utilizarlos para sus propósitos de independencia. Para este tiempo contaban los duartistas con el valioso contingente de los Puellos, Parmantier y otros, a quienes el honor militar retenía en las filas haitianas, y a los que la Reforma arrojó en el puesto glorioso que la Providencia les tenía destinado. Duarte invitó entonces a una reunión en casa de su tío, quien como militar retenía en las filas haitianas, y a los que la Reforma con el objeto de unificarlos en el pensamiento de la Separación, y decidirlos a efectuarla cuanto antes. La mayoría, sobre todo la juventud, correspondió entusiastamente a su propósito; pero encontró tibieza y aún oposición en algunos, debida en parte a miras egoístas, y en parte a los temores que les inspiraba el fracaso de la tentativa de Don José Núñez de Cáceres. Pudo él comprobar a la vez la existencia de un tercer partido, pues queriendo como el suyo la Separación de Haití, no se atrevía a efectuarla, sino con el apoyo de una potencia extranjera. Este partido recibió más tarde de los duartistas el calificativo de “afrancesado”.

Cada partido creía tener razones poderosas en que fundar sus determinaciones. La de los tibios u opositores, que recibieron el nombre de “haitianizados”, eran puramente egoístas y personales, y por tanto condenables por la historia. Como ellos no sentían la pesadumbre de la exótica dominación, poco o ningún deseo tenían de que desapareciera, sin darse cuenta de que querer la continuación del dominio de Haití sobre la Parte dominicana era querer la completa destrucción de ésta, máxime si los acontecimientos políticos llevaban al poder al elemento que había predominado con Cristóbal y Dessalines.

Los afrancesados —entre los cuales había más adictos a España que a Francia— se preguntaban a su vez con qué recursos iban a sostener los duartistas o independientes puros la nacionalidad que intentaban crear, y hasta dudaban de que llegara a existir, si no se contaba con un apoyo extranjero. Este apoyo, en forma de protectorado, lo solicitaban de España y de Francia, sin tal vez parar mientes en la compensación que por él había de exigírseles. Se ha dicho que este partido había convenido con agentes franceses en la cesión a Francia de la bahía de Samaná. Tal cargo no ha sido justificado hasta ahora con ningún documento fidedigno, y ni aún se sabe, en caso de ser fundado, si debe pesar sobre todo el partido, que más era afecto a españoles que a franceses, o sobre algunos de sus miembros más prominentes. La verdad es que este partido quería de corazón la independencia de la Patria, y que ayudó mucho a ella, tanto en Puerto Príncipe, como en la memorable jornada del 27 de Febrero, sirviéndose en esta ocasión de la influencia del cónsul francés en Santo Domingo sobre las autoridades

haitianas que gobernaban la plaza, y de la existencia, casual o intencional, de buques de guerra franceses en la costa sud de Santo Domingo. Se nota que la preocupación de los afrancesados era el fracaso de la empresa de Don José Núñez de Cáceres y el éxito desgraciado de las tentativas posteriores. No les faltaba razón en ello, y por esto no puede culpárseles. Lo que sí hizo más tarde antipático el nombre de este partido, fue que de su seno salieron varios de los individuos, que, en unión de los haitianizados, persiguieron de muerte, y con ingratitud extrema, a los duartistas o independientes puros.

En cuanto a éstos, tenían completa fe en el triunfo de la causa. Los sostenía y vivificaba el varonil espíritu de la raza española, que cree radicado el triunfo en donde sienta la planta. Para combatir a Goliat les bastaba la honda de David. Y el éxito vino a justificarlos. Lo dificultoso en su empresa era que se diese a los dominicanos el tiempo suficiente para formar una masa capaz de resistir el empuje de las fuerzas haitianas. Las circunstancias les dieron ese tiempo, y la resistencia de Tabera en la “Fuente del Rodeo” y los triunfos de Santana en Azua y de Imbert en Santiago, permitieron la constitución de la República Dominicana. Pierrot y los demás enemigos de Riviere hicieron el resto.

Duarte, en vista de semejantes disidencias, se apresuró a terminar la organización del partido separatista en los diversos pueblos de la Parte dominicana, y a dotarlo con los elementos de guerra que iba a necesitar con urgencia. El momento propicio se acercaba. La lucha por el nombramiento de las Juntas electorales que debían elegir los Representantes a la Asamblea Constituyente, y que

él dirigió personalmente en la plaza de Santo Domingo, hoy plaza Duarte, le mostró con el triunfo que obtuvo sobre los demás partidos, que la opinión pública estaba a su favor; pero ese mismo triunfo alarmó a los haitianos y haitianizados, mostrándoles a las claras el



Charles Hérard (Riviere)

[http://cartoons.osu.edu/digital\\_exhibits/drawnnonstone/other/AC\\_Y9\\_10.gif](http://cartoons.osu.edu/digital_exhibits/drawnnonstone/other/AC_Y9_10.gif)

hondo abismo que tenían a sus pies. Llamóse con instancias al general Charles Hérard (Riviere), verdadero jefe entonces de Haití, porque lo era de las armas, y éste, a la cabeza de fuerzas respetables, cruzó la antigua frontera del Norte, con el propósito de sofocar, antes de nacer, a la nacionalidad que vivía ya en los corazones dominicanos.

A su paso por las ciudades del Cibao redujo a prisión a varios separatistas, entre ellos a Ramón e Ildefonso Mella, Francisco Antonio Salcedo, Manuel Castillo, Esteban de Aza, Alejo Pérez, Baltasar Paulino, los Presbíteros Peña y Puigvert, Rafael Sevando Rodríguez, Manuel Morillo, Jacinto Fabelo, José María Veloz y Pedro Juan Alonso, a los cuales envió a las cárceles de Puerto Príncipe. Gozábense los haitianos de la Capital con la suerte que iba a caberles a los promovedores de la Independencia; pero el 11 de julio, un día antes de la llegada de Riviere a Santo Domingo, se ocultaron Duarte, Juan I. Pérez y Pedro A. Pina, haciéndolo Sánchez el 12 en la noche, a su vuelta de Los Llanos, a donde había ido a desempeñar una comisión, en tanto que Pedro Pablo Bonilla, Pedro Valverde, Juan Ruiz, Narciso Sánchez,

Silvano Pujol, Ignacio de Paula, Alejandro Disú Bagnini y Félix Mercenario eran reducidos poco después a prisión (el 14) y con Antonio Ramírez, Nicolás Rijo, Manuel Leguisamón, Norberto Linares, Pedro y Ramón Santana, que habían tenido igual suerte en los pueblos del Este, enviados, unos por mar y otros por tierra, a las mazmorras de la ciudad de Puerto Príncipe. A la vez dispuso Riviere se trasladasen a la Parte haitiana los regimientos 31 y 32 formados en su mayoría de jóvenes dominicanos, sustituyéndolos en esta Capital con los regimientos 12 y 28, compuestos exclusivamente de soldados del Oeste. Los haitianos, con sus medidas de represión, apresuraban los acontecimientos.

Duarte, Pérez y Pina, activamente perseguidos, pudieron salvarse de sus enemigos y embarcarse poco después para el extranjero. Pedro y Ramón Santana se escaparon en Baní, y no fueron apresados. Sánchez, a quien una grave enfermedad retenía en el lecho del dolor, no pudo salir del país, y para salvarlo fue preciso propagar la noticia de su muerte. Pero tan pronto como este abnegado patricio pudo ocuparse de los asuntos públicos, se puso en comunicación con Duarte y sus compañeros de destierro, y activó eficazmente los preparativos para dar el grito de “Separación”. El país en su gran mayoría estaba por la Independencia, y en todas las poblaciones importantes había centros revolucionarios. Sánchez, temeroso de nuevas complicaciones, deseaba dar el golpe en diciembre, “hacerlo memorable”, antes de que se promulgase la nueva Constitución y se eligiese Presidente, que debía ser Charles Hérard; pero tuvo que desistir de su propósito, por la ausencia de los cuerpos de tropa dominicanos,

retenidos en Puerto Príncipe, la presencia en Santo Domingo de dos regimientos haitianos, y sobre todo, por la falta de armas y municiones suficientes para las tropas que debían organizarse, tan luego como se proclamara la Independencia.

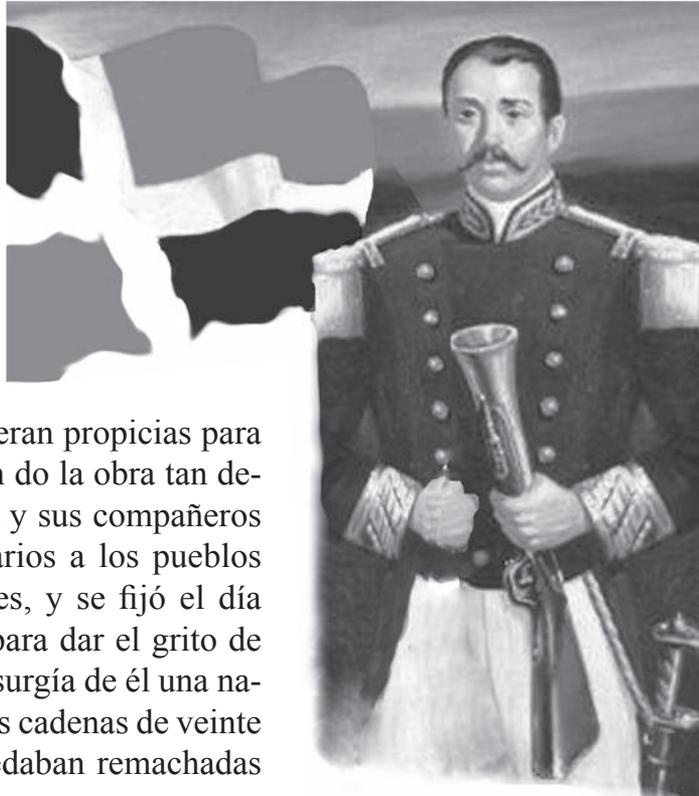
Duarte, a quien Sánchez escribió entonces, pidiéndole armas y municiones, aunque fuera “a costa de una estrella del cielo”, se mostró a la altura de su patriotismo. Durante los nueve años empleados en los trabajos por la Independencia, y sobre todo en los cinco y medio transcurridos desde la fundación de “La Trinitaria”, había ido gastando poco a poco su caudal, y para entonces muy poco o nada le quedaba. Pero existían bienes de la familia, procedentes de la herencia paterna, aún indivisa, y él no vaciló en sacrificar la parte que le correspondía, y en pedir a sus hermanos y hermanas sacrificasen la suya. *“El único medio”, les decía, “que encuentro para poder reunirme con ustedes es independizar la Patria. Para conseguirlo se necesitan recursos, supremos recursos, y cuyos recursos son: que Ustedes, de mancomún conmigo y nuestro hermano Vicente, ofrendemos en aras de la Patria lo que acostaba del amor y trabajo de nuestro finado padre hemos heredado. Independizada la Patria puedo hacerme cargo del almacén, y heredero del ilimitado crédito de nuestro padre y de sus conocimientos en el ramo de marina, nuestros negocios mejorarán, y no tendremos por qué arrepentirnos de habernos mostrado dignos hijos de la Patria”*. Duarte, como Alejandro el Magno, sólo se reservaba la “esperanza”; pero el héroe macedón ceñía una corona, y tenía a sus órdenes un ejército sin rival; el patricio dominicano gemía en el destierro,

y sólo contaba con el aura popular, más variable que las inquietas ondas del Océano.

En el mes de enero de 1844 fueron relevados los regimientos haitianos que guarnecían a Santo Domingo, con los dominicanos que habían sido llevados a Puerto Príncipe, habiéndose permitido desde el mes de septiembre (el 14) el regreso a sus hogares a los dominicanos presos en esta última ciudad. El 14 del mes de enero fue electo Charles Hérard, o Riviere, Presidente de Haití, y el 16 se firmaba secretamente en Santo Domingo el “Manifiesto” en que

los dominicanos expresaban las causas que tenían para separarse de Haití y constituirse en República independiente. Las

circunstancias eran propicias para la consumación de la obra tan deseada. Sánchez y sus compañeros enviaron emisarios a los pueblos más importantes, y se fijó el día 27 de febrero para dar el grito de Separación. O surgía de él una nacionalidad, o las cadenas de veinte y dos años quedaban remachadas por siglos.



Matías Ramón Mella

Juan Ramírez, impulsado por Vicente Celestino Duarte, se pronunció el 26 en “Los Llanos”. El 27 en la noche los coroneles trinitarios Sánchez y Mella, acompañados de un grupo de patriotas, ocuparon el “Fuerte del Conde” y proclamaron la Separación de Haití y la Constitución de la República Dominicana. Por primera vez ondeó en una fortaleza el pabellón cruzado. Cien vítores entusiastas saludaron su aparición, y cuando flameando a impulsos de la brisa del mar cerniéndose en los aires la blanca cruz redentora, que cubría ya tierra libre, y que parecía querer ir a redimir la esclava, cien voces, unidas en una sola voz, lanzaron el potente grito de “Dios”, “Patria” y “Libertad”, y un solo juramento resonó en el espacio: el de libertar la Patria o perecer. Dios sonrió a los héroes, y la América tuvo una nacionalidad más.

La capitulación de las fuerzas haitianas en Santo Domingo acrecentó el entusiasmo de los centros revolucionarios, que uno a uno iban cumpliendo sus compromisos patrióticos. Los Santanistas habían pronunciado en El Seibo en la madrugada del 27. Poco después enarbolaron la bandera cruzada en San Cristóbal, Baní, Azua, Moca, Macorís, y a mediados de marzo casi toda la Parte española era independiente.

¡Qué época tan heroica la de los comienzos de la República! ¡Qué hombres! ¡Qué propósitos! ¡Cuánto desinterés! ¡Cuánta abnegación! Pero también ¡cuánta fuerza poderosa desaprovechada!; ¡cuánto entusiasmo juvenil convertido en escepticismo y desengaños! El gobierno colonial con sus miserias y grandezas había caído bajo el peso de los años; pero el elemento egoísta; corrompido, que amargó la vida del ilustre Descubridor

de la América, se mantenía siempre vigoroso, más gangrenado aún, si cabe, al pasar por los veinte y dos años de sumisión abyecta al gobierno haitiano. ¡Y fue él quien vino a predominar en la naciente República! ¡Fue él quien infiltró su virus deletéreo en nobles corazones que sin eso habrían sido antorchas de patriotismo! ¡Fue él quien convirtió glorias en vergüenza, y sustituyéndose, como espíritu nacional, al generoso y desinteresado espíritu de los febreristas, estacionó el progreso de la Patria, la dividió en bandos encarnizados, la llenó de lágrimas y de sangre, y la llevó con rubor de sus hijos, a tal extremo, que aún el descreído lucha por no ver en ello, a más de las causas naturales, la acción justiciera de la Providencia!

Pronto el bautismo de sangre demostró lo incontrastable de la resolución. El viento de la libertad aventaba los opresores, y la tierra dominicana se desceñía rápidamente las ataduras de la ignominia. La “Fuente del Rodeo”, “Azua” y “Santiago” vieron la espalda de los enemigos, y el himno de victoria resonó del Atlántico al Caribe. Ya el dominicano no tendría que bajar los ojos y sentir la sangre en las mejillas al encontrarse en presencia de un hombre libre.

Duarte, llamado inmediatamente por la Junta Central que gobernaba el país, voló a ocupar el puesto que le indicaba el deber. Al fin llegó a su ciudad natal, antes esclava, hoy señora de su suerte. ¿Quién puede medir la intensidad de su gozo, cuando desde el lejano horizonte divisó la bandera cruzada, meciéndose orgullosa sobre el torreón del “Homenaje”, antes baluarte de la opresión? Su sueño estaba realizado: había Patria. ¿Habría libertad? ¡Ah: La libertad social completa es fruto tardío. Producto del consorcio, nunca realizado, siempre en esponsales,

entre la instrucción y la moralidad. Mezcla el hombre de ángel y de bestia, será libre cuando la bestia se transforme, y el ángel domine sólo, animado por el derecho y lleno de toda ciencia. ¡Cuándo será!...

Mas para Duarte había Patria, y la Patria era libre: tenía independencia. En lo adelante se daría sus leyes; explotaría sus veneros de riqueza; abriría sus puertos al comercio de todo el globo; permitiría la inmigración a todas las razas. Amplísimo espacio tenía. como concedido por benéficas hadas tropicales. Bosques inmensos poblados de riquezas; prados siempre verdes; montañas que competían en fertilidad con los valles más afamados; ríos y arroyos para eternizar la verdura; dos mares besando sus costas, con bahías codiciadas en todo el orbe; sol amoroso que con su hálito de fuego renovaba en todas partes la vida; vientos amigos que llevaban en sus alas el aliento del Océano, para convertirlo en benéficas lluvias, y ni una fiera, ni un reptil venenoso... ¿Qué más podía hacer la naturaleza? Lo demás era obra del hombre, y el hombre era ya libre e independiente. Su dicha o su desdicha estaban en sus manos.

Fue un día de triunfo la llegada de Duarte a su Patria. Las ventanas y puertas de las casas se iluminaron al saberse que el buque que había ido a buscarlo a Curazao, por orden del Gobierno, estaba en el puerto, y el día siguiente, 15 de marzo, fijado para el desembarque, las calles se poblaron de banderas de todas las naciones, predominando la dominicana, como un homenaje al que la había hecho emblema de una nacionalidad Una comisión de la Junta Central bajó al muelle para recibirlo, y con ella el Prelado y todos los sacerdotes que había en

la Capital. Las tropas, formadas en línea, esperaban su llegada, y al poner el pie en tierra, el cañón lo saludó, como si hubiera sido el jefe de la República. El Prelado lo abrazó cordialmente, diciéndole: “¡Salve, Padre de la Patria!” El Pueblo en masa lo vitoreaba, y al llegar a la Plaza de Armas, tanto él como el Ejército, lo proclamaron General en Jefe de los Ejércitos de la República, título que no aceptó, por existir un Gobierno a quien le correspondía discernir las recompensas a que se hicieran acreedores los servidores de la Patria. Del Palacio de Gobierno, a donde fue a ofrecer sus servicios a la Junta Central, se dirigió a su casa, llevado en triunfo por el pueblo y el ejército, y allí, Sánchez, con aplauso de todos, y con su genial franqueza, colocó él mismo banderas blancas en todas las ventanas, diciendo con su estentórea voz: “hoy no hay luto en esta casa: no puede haberlo. La Patria está de plácemes: viste de gala, y Don Juan mismo” (el padre de Duarte) “desde el cielo bendice y se goza en tan fausto día”. El Presbítero Don José Antonio Bonilla, al ver que la anciana madre de Duarte lloraba, recordando su recién perdido esposo, le dijo: “los goces no pueden ser completos en la tierra. Si su esposo viviera, el día de hoy sería para Ud. un día de júbilo que sólo se puede disfrutar en el cielo. ¡Dichosa la madre que ha podido dar a su Patria un hijo que tanto la honra!”.

El mismo día 15 la Junta Central Gubernativa dio a Duarte un puesto en su seno, y le nombró Comandante del Departamento de Santo Domingo. Duarte, henchido de esperanzas, se preparó para ir a combatir el enemigo, que persistía en su proyecto de reducir a nueva esclavitud la naciente República. ¡Qué lejos estaba de pensar que

ya había llegado a la cumbre de su labor, y que lo que se figuraba celajes de gloria era el vaho infecto de la envidia y la ingratitud; y lo que tomaba por palmas de triunfo, los brazos de la cruz dolorosa en que debía ser ajusticiado por los mismos que acababan de deberle la libertad!

Dos victorias llenaron de gloria a la Patria: las del 19 y 30 de Marzo. Esta última libró al Cibao del invasor: la primera no produjo frutos tan completos, y el enemigo continuó ocupando parte del sudoeste de la República. Duarte fue enviado a Baní (marzo 21) con un cuerpo de tropas escogido; pero ni en Sabana Buey, en donde estuvo a la cabeza de la vanguardia del Ejército del Sud, ni en el Cibao, adonde le ordenó la Junta pasar poco después, (junio 15) con el fin de ir preparando los medios de resistencia contra el elemento reaccionario que dominaba en los campamentos del Sud, logró que las cosas siguieran el curso que anhelaba su patriotismo. Sus rivales trabajaban sordamente por perderlo, y su suerte estaba decretada ya.

A principios del mes de julio (el 3) ocurrió en Azua el primer acto de insubordinación del ejército dominicano. La Junta Central Gubernativa había nombrado, desde meses antes, al General Francisco del Rosario Sánchez Jefe auxiliar del General Santana en el Ejército del Sud y mientras el General Sánchez iba a tomar posesión de su destino, dispuso en 23 de junio que el Coronel don José Esteban Roca fuese a hacerse cargo provisionalmente del mando de dicho Ejército, en reemplazo del General Santana, a quien se permitía venir a esta Capital a curarse de sus dolencias. El Ejército, instigado por los amigos del General Santana se negó a reconocer el nombramiento de la Junta, y conservó a su cabeza a su primer Jefe.

La impunidad de este hecho hería de muerte al Poder supremo de la República. El verdadero gobierno era el que hacía su voluntad: el ejército.

El 13 de julio, Santana, el vencedor de Azua, fue proclamado Jefe Supremo por las tropas que tenía bajo su mando. El Ejército del Sud había levantado sus tiendas de campaña en las fronteras, para venir a derrocar al Gobierno que había tenido hasta entonces la República: la Junta Central Gubernativa. Se había entrado de lleno en la vía funesta de los pronunciamientos contra las autoridades legítimas. La fuerza se sustituía al derecho; el soldado al ciudadano. Para volver al camino de la legalidad, único que debe trillar la democracia, había que malgastar muchos esfuerzos, derramar mucha sangre, sacrificarse muchos ciudadanos.

Otra Junta Central, presidida por el Jefe Supremo, y en la cual predominaban los elementos antidualtistas, vino a ocupar el puesto de la antigua. Los reaccionarios, que de un héroe y un patriota habían hecho un simple Jefe Supremo, se sentían aún dominados por la fuerza de los hechos realizados meses antes. Todavía eran un “puñado de patriotas los que el 27 de Febrero habían dado el grito de Separación”. Santana, en su proclama del 14 de julio, condena la misma dictadura que acepta, y no cesa de clamar por la unión y la paz, teniendo él bajo su mando la República. Su alocución termina con estas palabras: “Os lo juro, y hasta el último instante de mi vida no me cansaré de gritáros: amigos, hermanos: indulgencia, paz, unión”.

El General Ramón Mella, Comandante en Jefe de los Departamentos del Cibao, y militar inteligente que veía

claro a través de las ficciones, trató de contrarrestar los planes liberticidas que produjeron el atentado del 13 de julio, y de los cuales tenía pleno conocimiento la Junta, con la proclamación de Duarte para Presidente provisional de la República. La Historia, que ha condenado la insubordinación de principios de julio y el atentado del 13 del mismo mes, puede culpar en la forma el acto del 14 de julio; pero no tienen ese derecho los que sustituyeron un gobierno legítimo por otro nacido entre las vocerías de soldados ignorantes. Si el ejército vencedor el 19 de marzo tenía derecho para elegir un Jefe Supremo, un Dictador, ¿por qué no iba a tenerlo también el ejército vencedor el 30 de marzo? Si las poblaciones del Sudoeste de la República elegían, o se decía que elegían, un Jefe Supremo ¿por qué no iban a poder elegir un Presidente provisional las poblaciones del Cibao, más numerosas aún? Herida de muerte la legalidad, sólo quedaba en pie la fuerza, expresada por los tumultos, o por los pronunciamientos de los más audaces y de los más tímidos.

El 1º de agosto, el “Ejército libertador del Sud” pidió al Jefe Supremo y a los demás miembros de la nueva Junta Central: “justicia contra los asesinos de la Patria, contra el puñado de facciosos, que deseando saciar su ambición, conspiraban contra la Patria tratando de destruir el Ejército y su valiente Jefe; cambiar el pabellón nacional por uno de los de la República de Colombia, y encender la guerra civil, propagando por todos los pueblos que el país había sido vendido a una nación extranjera, con el fin de restablecer la esclavitud. Contra esos reos de lesa nación se pedía al Gobierno no prestara oídos a ninguna consideración personal, y se les aplicaran las penas que

merecían para escarmiento de los que sólo se alimentan del desorden público”. El 3 del mismo mes, sesenta y ocho padres de familia de la Capital peticionaban igualmente a la misma autoridad, manifestando: *“que por los crímenes notorios de los antedichos reos de lesa nación era de absoluta necesidad expatriarlos del país, más bien que pasar por la pena de verlos ejecutar y condenar a muerte, medida de sus crímenes y a la que se habían hecho acreedores”*. Los motivos de este rigor eran poco más o menos los mismos alegados por el ejército. A través de la dureza de frases de este documento se nota cierta conmiseración que causa extrañeza. La historia sabe hoy que un grupo de ingratos ciudadanos circularon una solicitud, pidiendo la pena de muerte contra todas las víctimas del atentado del 13 de julio, y que la solicitud de los sesenta y ocho padres de familia fue una tentativa de salvación que hacían en favor de los supuestos reos, tratando de obtener la “indulgencia” que tanto se les había recomendado en la proclama del 14 de julio.

¿Y quiénes eran esos asesinos de la Patria, esos reos de lesa nación, ese puñado de facciosos, esos enemigos de la nacionalidad dominicana, de su bandera, de su ejército, de su jefe? Eran Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez, Ramón Mella, Juan Isidro Pérez, Pedro A. Pina... eran los fundadores de la República; los que duraron muchos años habían hecho sacrificios de todo género para librar al país de la dominación haitiana; los que habían saludado con vítores y disparos el primer despliegue de la bandera cruzada; los que se habían negado constantemente a pedir el apoyo extranjero, temerosos de comprometer el suelo de la Patria; los que sacrificando su

patrimonio habían dado armas a ese ejército y libertad a ese grupo de sanguinarios ciudadanos para que ahora se sirviesen de una y otras para infamarlos, para destruirlas. Cinco meses antes eran “Libertadores de la Patria”; aún no hacía veinte días, un “puñado de patriotas”; y ahora, sin haber faltado a ley alguna, enemigos de la nacionalidad, reos de lesa nación, criminales dignos de muerte.

Y lo peor de todo fue que los miembros de la Junta Central, entre los cuales se hallaban los verdaderos acusadores, se convirtieron en jueces, y sin oír a los presuntos reos, sin permitirles la defensa, sin concederles siquiera el consuelo de recusar a los que eran autoridad ejecutiva, pero no judicial, pronunciaron el 22 de agosto sentencia definitiva e inapelable, basada solamente en los cargos de la acusación y en la notoriedad de los hechos. Por ella se declaraban degradados y traidores e infieles a la Patria a los que la acababan de fundar, desterrados a perpetuidad del país a los que habían libertado meses antes ese mismo país del yugo ominoso de Haití, y como si se tratara de malhechores fuera de la ley, se daba poder a cualquiera autoridad civil o militar para aplicarles la pena de muerte si intentaban volver a poner el pie en el territorio de la República, independizado por ellos. Y todo esto ¿por qué? Por atribuirseles lo mismo que acababa de realizar en julio Santana, Presidente de la Junta condenadora. Por intentar apoderarse del poder supremo, y desobedecer y destruir el Gobierno legítimo del país. La consumación de hecho era en Santana un acto de patriotismo, salvador de la nacionalidad; la tentativa no justificada de los otros, crimen de lesa nación, digno de cien muertes. “¡*Vae victis!*”.

Duarte pudo defenderse de sus enemigos; mas para ello era preciso encender la guerra civil, y no fue para llegar a extremo tan deplorable, que él y sus beneméritos compañeros habían hecho sacrificios de todo género en los años empleados combatiendo la dominación haitiana. Para la Patria habían trabajado; no para ellos, y la Patria podía perderse del todo si se desunían los dominicanos. La historia dirá a su tiempo si obraron bien o mal desaprovechando la oportunidad de combatir la nueva tiranía que se entronizaba en el país; pero en cualquier caso no podrá menos de reconocer en su actos desinterés y abnegación. Entregaron los brazos a las cuerdas de sus enemigos, y las cárceles dominicanas, en vez de criminales, guardaron Libertadores.

La sentencia de expatriación se cumplió cruelmente. Unos tras otros tomaron el penoso camino del destierro los próceres más notables de la Independencia, y aún varias de sus familias. El 10 de septiembre, día de iniquidad. que la Providencia hizo más tarde día de reparación, salió para siempre Duarte de la ciudad que le vio nacer. ¡Qué pensamientos embargarían su mente al pasar por el mismo camino que, por idéntica injusticia, había recorrido trescientos cuarenta y cuatro años antes el Descubridor del Nuevo Mundo! Mas a Colón le esperaban al fin de la jornada las lágrimas y las bondades de la grande Isabel, en tanto que el patricio dominicano sólo iba a recibir el helado abrazo del invierno, en la inhospitalaria tierra escogida para su tumba por el frío cálculo de sus crueles enemigos.

Años después se preguntaban los amigos de Duarte cuál había sido la suerte de este insigne y desgraciado dominicano. ¿Vivía aún? Abrumado por la iniquidad de

sus contrarios, ¿había descendido al sepulcro? Nadie lo sabía. Al regresar de Europa hundiéndose en las soledades del interior de Venezuela, y se ignoraba si había sido la presa de las fieras, o víctima de las inundaciones o las enfermedades. Cuando el error del 61 dio por pedestal de gloria a Sánchez las ruinas de la nacionalidad dominicana, los patriotas lloraron a la vez la suerte infausta de los dos héroes más notables de la Separación: el que acababa de caer, destrozado el cráneo por las balas enemigas, pero libre e independiente, y aquel para quien la nacionalidad había sido solamente una aparición; pero aparición absorbente, implacable que le había arrebatado juventud, riquezas, amigos, hogar, familia, reputación y hasta la vida misma, sin siquiera concederle lo que la caridad no niega ni aún al naufrago que la tempestad arroja a playas extranjeras: tumba humilde en el suelo de la Patria, que es girón de paraíso para el anhelo del desterrado.

A principios del 62 (abril 10) Duarte, a quien las luchas de la Federación venezolana redujeron a la miseria, supo en las soledades del Apure que la Patria era otra vez esclava, y que Sánchez se había inmortalizado defendiendo la bandera de Febrero. Juró de nuevo morir o salvar la nacionalidad, y desde ese instante comenzó a hacer esfuerzos para combatir la dominación extranjera. Poco después, el grito de Capotillo, resonando placentero en toda la América Latina, le llenó de gozo, haciéndole saber que un puñado de héroes batallaba por redimir la Patria, que tan cara le había sido. No consultó sus fuerzas ¡por cierto bien escasas ya!; consultó sólo su patriotismo, y aquel ser, todo Patria, se juzgó obligado a acompañar a los nobles campeones de la libertad. El Cibao volvió a

recibir en su seno al Iniciador de la Independencia, y todos los patriotas consideraron aquella resurrección como un augurio feliz para la causa que defendían. Duarte, a su vez, se sintió enorgullecido con los grandes hechos de sus compatriotas. En Moca algunos valientes habían perecido (mayo 19 del 61) por restaurar la recién perdida nacionalidad. (José Contreras, José María Rodríguez, Inocencio Reyes, Gregorio Geraldino, Benedicto de los Reyes, Estanislao García, José Gabriel Núñez, Félix Campusano, José García, Manuel Altagracia y Cornelio Lisardo). Sánchez y sus compañeros se habían inmortalizado en el cadalso de San Juan, (julio 4 del 61). Perdomo, Batista, Pichardo, la Cruz, Pierre, Lora y Espaillat habían caído a orillas del Yaque, soñando con la Patria libre y prediciendo su restauración. Y Capotillo había sido luz y protesta; y la viril Santiago, cubierta de llamas, monumento eterno de decisión y patriotismo, orgullo aún de los mismos contrarios del momento, que comprobaban que su raza no había degenerado en la Española.

Duarte permaneció corto tiempo en el Cibao, porque el Gobierno revolucionario estimó conveniente utilizar sus servicios en Venezuela. Obediente siempre a la autoridad legítima, salió del país para no volver a su seno jamás. Los partidos personales comenzaban a luchar por el mando, y Duarte, que había jurado no desenvainar su espada en contiendas civiles, esperó en Caracas que la Patria, libre otra vez, tuviera un gobierno nacional estable, que le permitiese ir a morir en paz en la tierra de sus progenitores.

Las noticias propaladas por algunos periódicos de que Santo Domingo se anexaba a los Estados Unidos

de América, excitaron el patriotismo de Duarte, que en comunicación del 7 de marzo de 1865, decía al Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de la Revolución dominicana:

*“Mucho se habla en Europa y América sobre el abandono de la isla de Santo Domingo por parte de la España;... y de que se trata de una nueva anexión a los Estados Unidos... Otros suponen la existencia de un partido haitiano, y aún hay quien hable de uno afrancesado: de aquí proviene acaso que los periódicos extranjeros, que en realidad no están muy al cabo de nuestras cosas, afirmen, sin ser cierto, que en Santo Domingo hay cuatro o más partidos, y que el pueblo se halla, como si dijéramos, en batalla.*

*Esto es falso de toda falsedad. En Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera, y una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra esta ley, contra este querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos, adueñarse de la situación, y hacer aparecer al pueblo dominicano de un modo distinto de como es en realidad. Esa fracción, o mejor dicho, esa facción ha sido, es y será siempre todo, menos dominicana. Así se la ve en nuestra historia representante de todo partido antinacional, y enemiga nata por tanto de nuestras revoluciones; y si no, véanseles “ministeriales”, en tiempo de Boyer, y luego “rivieristas” y aún no había sido el Veinte y siete de Febrero cuando se les vio “proteccionistas franceses” y más tarde “anexionistas americanos”, y después “españoles”, y hoy mismo ya*

*pretenden ponerse al abrigo de la vindicta pública con otra nueva anexión, mintiendo así a todas las naciones la fe política que no tienen, y esto, en nombre de la Patria, ellos que no tienen ni merecen otra Patria, sino el fango de su miserable abyección.*

*Ahora bien, si me pronuncié dominicano independiente desde el 16 de julio de 1838, cuando los nombres de Patria, Libertad, Honor nacional se hallaban proscritos, como palabras infames, y por ello merecí en el año de 43 ser perseguido a muerte por esa facción, entonces haitiana, y por Riviere, que la protegía, y a quien engañaron; si después, en el año de 44, me pronuncié contra el protectorado francés, deseado por esos facciosos, y cesión a esta Potencia de la Península de Samaná, mereciendo por ello todos los males que sobre mi han llovido; si después de veinte años de ausencia he vuelto espontáneamente a mi Patria, a protestar con las armas en la mano, contra la Anexión a España, llevada a cabo, a despecho del voto nacional, por la superchería de ese bando traidor y parricida, no es de esperarse que yo deje de protestar, y conmigo todo buen dominicano, cual protesto y protestaré siempre, no digo tan sólo contra la anexión de mi Patria a los Estados Unidos, sino a cualquiera otra potencia de la tierra, y al mismo tiempo contra cualquier tratado que tienda a menoscabar en lo más mínimo nuestra independencia nacional, y cercenar nuestro territorio; o cualquiera de los derechos del pueblo dominicano.*

*Otro sí, y concluyo. Visto el sesgo que por una parte toma la política franco-española, y por otra la anglo-americana, y por otra la importancia que en sí posee*

*nuestra Isla para el desarrollo de los planes ulteriores de todas cuatro Potencias, no deberemos extrañar que un día se vean en ella fuerzas de cada una de ellas peleando por lo que no es suyo.*

*Entonces podrá haber necios que, por imprevisión o cobardía, ambición o perversidad, correrán a ocultar su ignominia a la sombra de esta o aquella extraña bandera; y como llegado el caso no habrá un solo dominicano que pueda decir: yo soy neutral, sino tendrá cada uno que pronunciarse contra o por la Patria, es bien que yo os diga desde ahora, mas que sea repitiéndome: que por desesperada que sea la causa de*

*mi Patria, siempre será la causa del honor, y que siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre”.*

Once años estuvo Duarte en espera de mejores tiempos en su país; años interminables, de angustias infinitas, de dolores profundos. La miseria y las enfermedades se le vinieron encima, como precursoras de la muerte, y la Patria entretanto se desgarraba las entrañas, como poseída por vértigo infernal. Los héroes de la Restauración, que habían escapado de los cadalsos, vagaban en su mayoría por el extranjero, o perecían en las fronteras, esgrimiendo unos contra otros armas que la inmortalidad había marcado ya. La independencia se veía al borde del

◆

por  
desesperada  
que sea la causa  
de mi Patria,  
siempre será  
la causa del  
honor, y que  
siempre estaré  
dispuesto  
a honrar su  
enseña con mi  
sangre

◆

abismo, y una bandera extraña flotaba amenazante en un extremo del territorio, codiciado desde antiguo. ¡Años terribles para corazón tan dominicano! ¡Ah, si hubiera podido olvidar a esa Patria ingrata, que no tenía para él, su fundador y su víctima, ni un recuerdo, ni una mirada cariñosas! pero, “el día que la olvide será el último de mi vida”, decía a los que le daban tal consejo, viendo con pesar intenso ese nuevo suplicio, no descrito por el Dante, porque el poeta vengador no inventó castigos para los inocentes, sino para los criminales. Y negándose al fin Duarte el consuelo amargo de estar en comunicación con su país, aunque fuera para compartir sus acerbos dolores, se negó, por su desgracia, la única alegría que pudo tener en ese triste período de su vida: la de saber que el Jefe de su Patria había vuelto al fin los ojos hacia él, y le proporcionaba los recursos necesarios para ir a morir en el suelo que le debía su redención.

El año de 1876 le encontró en su interminable desierto, y el mes de julio, tan fecundo para él en acontecimientos prósperos y adversos, le vio tendido en su lecho de muerte (el 15). Dios no le concedía el beneficio, tantas pedido, de morir en tierra dominicana. ¿Y por qué? ¿Era tan gran delito haber fundado una nacionalidad independiente? Podía haber sido feliz, y desdeñó la felicidad, si no la gozaba en el suelo bendito de la Patria libre. Por ésta había sacrificado sus riquezas, la tranquilidad de sus padres, la dicha de sus hermanos, el amor de su juventud, el natural deseo de verse reproducido en sus hijos. Y todo ¿para qué? Su madre reposaba en tierra extraña; sus hermanas, agobiadas por las penas y una ancianidad anticipada, quedaban en la miseria y sin

amparo; su hermano, enloquecido por los pesares, podía ser más tarde el ludibrio de los necios, entregando a la befa de los indiscretos un apellido que tanto había tratado de honrar; sus amigos, los compañeros de su obra, como maldecidos por Dios, habían dejado en la senda dolorosa, donde el menor de los males era el destierro, unos su razón, otros la vida en los patíbulos, todos su dicha y el porvenir de sus familias; y él, agonizante en pobre y solitario lecho, descendería a la tumba ¡el 16 de julio! sin llevar el consuelo de dormir el sueño eterno en la tierra de su afecto; sin dejar siquiera a sus desgraciadas hermanas con qué pagar la humilde cruz de su sepultura, ni el escaso alimento que consumía en sus postreros días. Tanto castigo ¿por qué? ¿No había cumplido con su deber, más que con su deber? Los perversos habían tenido Patria, riquezas, honores, triunfos, y él, inocente, abnegado hasta el sacrificio. sólo había recogido calumnias, olvido, miseria, proscripción eterna. ¿Era equitativa tal repartición?... ¡Ah!, es de creerse que el ángel de la muerte no cerraría los ojos del noble anciano, sin que antes cayera de lo alto una gota de consuelo sobre aquel corazón adolorido. Un rayo de amor y justicia iluminaría intensamente la triste mansión del dolor, y el grande espíritu del patriota, libre de la misérrima cubierta terrenal, y confortado por visión sublime y placentera, trapasaría gozoso los umbrales de la eternidad, tan temibles para el que trilló impenitente las sendas de la perdición. Debió ver iluminada la inmensidad tenebrosa que el tiempo aclara paso a paso, y los hechos futuros presentes ante él, como si estuvieran reflejados en un espejo purísimo. Donde un día dominó la bandera de Occidente, ondeaba

bandera respetada, señora de los mares que bañan la extensa abra entre las dos Américas, unidas por un puente de granito. Seis naciones ligadas por un pacto de justicia constituían la “Confederación colombiana”. Vio que la libertad, el trabajo y la moralidad habían asentado su planta en aquellos Pueblos hermanos, y que cada día se daba un paso más hacia el verdadero progreso. Vio que sus campos estaban bien cultivados; sus artes y ciencias adelantadas; sus industrias florecientes. No vio siervos ni dueños: vio ciudadanos esclavos de la ley, y la ley reflejo del derecho. Vio la paz reinando en todas: partes, y los pueblos que antes dominaban esas regiones, hermanados con los naturales, como si la Confederación fuese la obra de todos, llevada a cabo por los consejos de una sabia política. Y en un punto del espacio, que su corazón le dijo era la Patria, pero que sus ojos desconocían por completo, vio inmensa muchedumbre, que alrededor de imponente estatua, glorificaba una fecha y bendecía un hombre. Y esa fecha era la inmortal del 27 de Febrero, y ese nombre era el suyo. Y con el suyo se glorificaban también los nombres de Sánchez, Mella, Imbert, Duvergé, y de todos los patriotas que habían fundado la República Dominicana. Y esa glorificación era igual en Cuba como en Puerto Rico, en Jamaica como en Martinica y Guadalupe, y hasta en el mismo Haití, que había sacudido ya el pesado fardo de su exclusivismo de razas. Y entonces comprendió que la obra de sus sacrificios no había sido infructuosa, ya que era el punto de partida de aquel glorioso y fecundo porvenir; que el bien humano se cimenta en el dolor, y que es tan grande el poder del mal en la tierra, por la perversidad, egoísmo, ignorancia y falta de unión de

los hombres, que no hay redentor que no cargue pesada cruz, ni deje de beber acíbar hasta su postrer hora en el Calvario. El tiempo es el que convierte las penalidades del héroe en rayos de gloria, porque desapareciendo los perversos que lo combatían por intereses pasajeros, los buenos de las generaciones que se suceden, van rindiendo tributo al mérito, y un día esos homenajes se convierten en corona de triunfo o en apoteosis inmortal.

La transformación de los hechos actuales en los vistos con tanta claridad por el patriota mártir, está aún en las profundidades de los tiempos, y sólo es realidad para el ojo de Dios; pero no así la glorificación de su persona y de su fecunda labor. En agosto de 1879 (19 y 30) el Ayuntamiento de Santo Domingo, a propuesta del regidor Domingo Rodríguez Montaña, inició el proyecto de depositar las cenizas de Duarte en una de las capillas de la Catedral; y el 27 de febrero de 1844 presencié ese acto de justicia, que con entusiasmo indescriptible llevaron a cabo el Gobierno, el Municipio y los habitantes de la Capital. Ahora el mismo Ayuntamiento se propone realizar otra obra de gratitud y de estímulo: la erección de una estatua de bronce, que represente al ilustre patricio, y que será colocada en la plaza de su nombre, teatro de su primer triunfo en 1843 contra el partido que sostenía la opresión. Obra eminentemente nacional, la apoyan y sostienen treinta y cinco Municipios; treinta Juntas; diez y ocho periódicos, y un sinnúmero de ciudadanos, conscientes de su deber, esparcidos en toda la República y en el extranjero. Para este acto de reparación es la Junta Central Erectora, compuesta por los infrascritos<sup>(1)</sup> en nombre del Ayuntamiento de Santo Domingo, tiene

a honra de pedir al Honorable Congreso Nacional, el permiso de ley para erigir la estatua en el sitio expresado, y el óbolo con que la nación debe contribuir a obra tan justiciera y patriótica.

Sería tarea del todo innecesaria demostrar al Congreso la justicia y conveniencia de la erección de una estatua al eximio prócer Juan Pablo Duarte. Basta ser dominicano para sentir lo merecido del homenaje, y aún no siéndolo, sólo se necesita echar una ojeada a lo que era Santo Domingo antes de la Independencia, y a lo que es hoy, para quedar convencido de la importancia de la obra realizada por Duarte, Sánchez, Mella, Jiménez y demás compañeros de gloria, y de que no se equivocaron al creer radicado el bienestar de su Patria en la Separación de Haití. Los contemporáneos del Iniciador de la idea redentora estimaban ya en su justo valor la importancia capital que ésta tenía, y el gran mérito de Duarte por haberla concebido y realizado. El Ilustrísimo Señor Portes llamaba a Duarte, “Padre de la Patria”. Igual título le discernía el trinitario José María Serra. Félix María Ruiz, trinitario también, llamó a la República Dominicana; *“la obra magna, la sin igual labor, el sublime engendro del desgraciado Juan Pablo Duarte y de sus fieles compañeros mártires”*, declarando igualmente que *“la gloria de la Separación de Haití correspondía con sobrada justicia a Duarte y a Sánchez”*. “El ilustre Ramón Mella, llevado de su entusiasmo, quiso hacer a Duarte el primer Presidente de la República. Pedro Alejandrino Pina, uno de los más activos trinitarios, decía en 1860: *“Algo hay de providencial en el hecho de saberse del hombre, Fundador de la República, que*

*todos creían muerto... en circunstancias en que la Patria está a pique de perderse”. Juan Isidro Pérez, el fogoso y desgraciado trinitario, decía al mismo Duarte, en 25 de diciembre de 1845: “Sí, Juan Pablo, la historia dirá: que fuiste el Mentor de la juventud contemporánea de la Patria; que conspiraste’ a la par de sus padres, por la perfección moral de toda ella. La historia dirá: que fuiste el Apóstol de la libertad e Independencia de tu Patria; ella dirá: que no le trazaste a tus compatriotas el ejemplo de abyección e ignominia que le dieran los que te expulsaron, cual otro Aristides; y en fin, Juan Pablo, ella dirá: que fuiste el único vocal de la Junta Central Gubernativa que con una honradez a toda prueba, se opuso a la enajenación de la Península de Samaná, cuando tus enemigos, por cobardía, abyección e infamia, querían sacrificar el bien de la Patria por su interés particular. La oposición a la enajenación de la Península de Samaná es el servicio más importante que se ha prestado al país y a la revolución. Vive, Juan Pablo, y gloríate en tu ostracismo, y que se gloríe tu santa madre y toda tu honorable familia”.*

Y los oficiales del Ejército de Santo Domingo, Juan Alejandro Acosta, Eusebio Fuelleo, Jacinto de la Concha, Pedro Valverde, Eugenio Aguiar, Pedro Aguiar, Marcos Rojas, José Parahoy, Ventura Gneco, Juan Eraso, Pablo García, Juan Bautista Alfonseca, y muchos otros más, decían en 31 de mayo de 1844, al solicitar para Puello (Joaquín), el grado de General de Brigada y para Villanueva, Mella, Sánchez y Duarte, el de General de División, con más, para este último, el título de Comandante en Jefe del Ejército

*“que había sido (Duarte) el hombre que desde muchos años estaba constantemente consagrado al bien de la Patria, y por medio de sociedades adquiriendo prosélitos, y públicamente regando la semilla de Separación; que había sido quien más había contribuido a formar el espíritu de libertad e independencia en el suelo dominicano, sufriendo mucho por la Patria, y que su nombre fue invocado inmediatamente después de los nombres Dios, Patria y Libertad, y considerándolo siempre como el Caudillo de la Revolución, no obstante no haber asistido a la jornada del 27 de Febrero por estar expulsado del país, a causa de haber sido más encarnizada la persecución contra él”.*

Aquí terminaría la Junta su larga Exposición, si no se hubiera lanzado al público, por personas caracterizadas, la idea de levantar un solo monumento en honra de los héroes de la Independencia en vez de varios, como ha sido el propósito del Ayuntamiento de Santo Domingo, y si a la vez no se hubieran designado a Duarte, Sánchez y Mella como los próceres que en él debían figurar, en representación de los demás. La Junta se complace en reconocer la sana intención de los autores del proyecto; pero supone que no han sido bien apreciadas por ellos las dificultades, y aún la injusticia, que su realización entrañaría.

La Independencia dominicana, por causas que todos conocen, se divide, en cuanto a los actores principales de ella, en tres períodos distintos: el período de “preparación o fundación”, que comprende desde el 34 hasta comienzos del 44; el período de “proclamación”, del

26 de febrero a mediados de marzo del mismo año; y el período de “sostenimiento o consolidación”, que puede extenderse hasta el año de 1849. En el primer período la figura predominante es Duarte, que concibió la idea de Independencia y preparó los medios para llevarla a cabo; en el segundo, lo son Sánchez y Mella, que en unión de muchos otros patriotas distinguidos, dieron el grito de Separación en el Fuerte del Conde, el acto más importante de ese período; en el tercero, lo son Imbert, Duvergé, Salcedo, los Puellos, y sobre todo Santana, héroe de la primera batalla librada contra Haití, y Director de las operaciones militares en todo ese lapso de tiempo. Representar la Independencia en un grupo compuesto solamente de Duarte, Sánchez y Mella sería una representación incompleta, y por tanto injusta; porque se excluirían a otros héroes que tienen perfecto derecho a figurar como actores en esa grande epopeya nacional. Y representarlos a todos en un grupo, sería a más de antiestético, monstruoso o injusto; monstruoso, si se comprende en el grupo a Santana; e injusto, si se le excluye, porque la Patria le debe grandes y valiosos servicios en los primeros tiempos de su existencia. Esa verdad incompleta, no sería verdad; y el monumento, en vez de enseñanza y galardón, sería para muchos venganza e injusticia.

Además ¿cómo podría lograrse en un grupo la representación exacta del “acto”, del “momento” histórico en que cada héroe culminó en sus servicios a la Patria? O la obra carecería de unidad, o le faltaría la representación verdadera del “instante supremo”, que en toda obra escultural, digna de este nombre, debe tratar de expresarse, para que impresione por su verdad y exactitud.

No es tampoco conveniente que sea sólo el recinto de la Capital el que dé asilo a las estatuas de nuestros grandes hombres. Bien está que el glorioso hecho del “Conde” se perpetúe en un monumento en la ciudad Capital, porque aquí ocurrió el acontecimiento que se intenta conmemorar; pero ¿por qué ha de hacerse lo mismo con las proezas llevadas a glorioso término por Imbert, Salcedo, Duvergé, los Puellos... En otros puntos inmortalizaron ellos sus nombres; que en otros puntos los inmortalice el mármol o el bronce.

Por todo esto, la Junta ha encontrado digno y conveniente el pensamiento del Ayuntamiento de Santo Domingo, de erigir una estatua especial a cada uno de los principales héroes de la Independencia. Así podrá representárseles en el “instante histórico” que se quiera perpetuar, y en el sitio que se conceptúe más a propósito. Duarte estará bien en la plaza de su nombre, teatro de su primer triunfo contra la opresión; Sánchez y Mella, en el “baluarte del Conde”, pedestal digno de su gloria; Imbert, en la plaza principal de Santiago, en donde resonaron, los vítores del memorable “30 de Marzo”; Duvergé, en la de Azua, noble tierra que sembró de victorias; Salcedo en la de Moca, cuna de uno de los, más arrojados campeones de la Independencia...; y si más tarde la posteridad decide que los méritos del héroe de Azua y de las Carreras son mayores que sus grandes y graves faltas, podrá erigírsele una estatua en el punto más a propósito, para que resalten unos y se olviden las otras.

Al glorificar a Duarte se glorifica más que al hombre a la idea que aquél representa. Desde los comienzos de la civilización han existido dos agrupaciones, grandes o pequeñas cada una de ellas, según se las mida por el patrón

del número o de la calidad: la de los que adoran la fuerza y la de los que son servidores o apóstoles del derecho. Al través de los siglos se ven las huellas de sus pasos, variables, como es variable todo lo humano, Pues no hay dos hombres que sean iguales ni en formas, ni en ideas, ni en tendencias de ninguna clase. Los pueblos, ignorantes en su mayoría, deslumbrados unas veces por el resplandor de la brillante gloria de los conquistadores, y otras, enloquecidos por el espíritu bestial de dominio, resto del salvajismo del hombre primitivo, del hombre-bestia, han endiosado a menudo a los representantes de la fuerza, y para los del derecho sólo han tenido de ordinario desprecios, proscripciones y cadalsos. Pero como en el mundo moral todo tiene un alma, un espíritu que vivifica, cuando el alma de las sociedades ha sido el derecho, en ese tiempo el hombre, como merecido galardón de su obediencia a la ley de su organización superior, ha gozado de los beneficios de un sólido progreso, y ha obtenido cuanta felicidad es compatible con su estado de imperfección; cuando el alma social ha sido la fuerza con exclusión más o menos completa del derecho, los deslumbramientos y los falsos esplendores no han faltado; pero tampoco han faltado a la postre las palabras misteriosas que en el seno de la orgía amedrentaron al rey asirio, ni el galopar de los caballos de los bárbaros, derribando como juguete carcomido el colosal imperio de Roma, ni el triste despertar de Sedán, tan doloroso como fecundo para la noble nación francesa.

Duarte no ha sido el héroe de los combates, ni el representante de la fuerza en ninguna de sus manifestaciones: fue un apóstol del derecho; fue de la escuela de Sócrates, de Bruto, de Catón, de las Casas, de Washington, de Lincoln, de Juárez... de todos los adalides antiguos y modernos de

la justicia y de la libertad. Su ideal fue el derecho, y se esforzó en inculcárselo a sus conciudadanos, y en dárselo como espíritu vivificador a la Patria que contribuyó a fundar. Ese espíritu fue el que venció el 27 de Febrero; el que impulsó a los mártires de Moca y de Santiago; el que dio aliento poderoso a Sánchez y sus patriotas compañeros, para preferir el martirio con gloria a la vida con ignominia; el que animó a los viriles campeones del glorioso 16 de Agosto a lanzar a los vientos, con demencia heroica, la enseña que parecía abatida para siempre. Ese espíritu vive aún en el corazón de los dominicanos, a despecho de pasajeros eclipses, y será el que un día lleve a la Patria al puesto que debe ocupar en el mundo colombino.

Medio siglo cumple hoy la República Dominicana. Ya es tiempo de que los héroes de la Independencia sean honrados como lo merecen sus grandes hechos. De la Patria nada o casi nada han recibido. Muchos de ellos han muerto en el destierro, forzado o impuesto por las circunstancias, y ni aún tumba tienen en la tierra que redimieron. Al glorificarlos, quien se enaltece en realidad es la República; porque ellos, en la lóbreguez del sepulcro, no sentirán conmovidos sus huesos, ni por los elogios tardíos que se les prodigan, ni aún por el desconocimiento de sus grandes méritos, si existieran todavía almas ingratas que tal hicieran. Pero la Patria sí se engrandece al perpetuar el recuerdo de sus acciones; porque tuvo hijos de espíritu elevado, de abnegación ilimitada, que por su bienestar y progreso no vacilaron en sacrificar su fortuna, su familia, su porvenir, su vida misma. Tesoro son de la Patria tales héroes, y enseñanza perpetua de las generaciones venideras. Pero no son las estatuas ni los mausoleos lo que a ellos puede



Ramón Sandoval, Colección Patria Visual.

complacerles, es el sentimiento de gratitud y justicia que hace surgir esos monumentos. Y si algo puede conmover en sus olvidadas tumbas a los héroes mártires que tuvo la Independencia, es ver a los hijos de su perseguidores depositar una corona sobre su sepulcro, o contribuir con sus esfuerzos a la erección de monumentos que perpetúen su recuerdo. Tal homenaje, redentor y justiciero a un tiempo, demostraría que el reinado de la razón y de la justicia se había cimentado en la Patria de Febrero, y que en lo adelante seguiría ésta, imperturbable, hacia el hermoso destino que le tiene reservado la Providencia.

(SANTO DOMINGO, 27 DE FEBRERO DE 1894)

EMILIANO TEJERA

### Nota:

- (1) Componían la Junta, además de Tejera, Félix María Del Monte, Fernando A. de Meriño, José María Pichardo, Manuel Pina y Benítez, Dr. F. Henríquez y Carvajal, Apolinar Tejera, Federico Henríquez y Carvajal, Eugenio de Marchena, Heriberto de Castro. José Gabriel García y Félix E. Mejía.

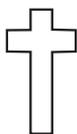
— Fuente —

✱ Exposición enviada al Congreso *Nacional por don Emiliano Tejera*.

✱ Emiliano Tejera, *Antología de la Literatura Dominicana*, vol. II, Prosa, Col. Trujillo, Centenario de la República 1844-1944, Santo Domingo, 27 de febrero 1894.

**Ahora bien, si me pronuncié dominicano independiente, desde el 16 de julio de 1838, cuando los nombres de Patria, Libertad, Honor Nacional se hallaban proscriptos como palabras infames, y por ello merecí, en el año de 1843, ser perseguido a muerte por esa facción entonces haitiana, y por Rivière que la protegía, y a quien engañaron; si después, en el año de 1844 me pronuncié contra el Protectorado francés, decidido por esos facciosos, y cesión a esta Potencia de la Península de Samaná, mereciendo por ello todos los males que sobre mí han llovido; si después de veinte años de ausencia he vuelto espontáneamente a mi Patria a protestar con las armas en la mano contra la anexión a España llevada a cabo a despecho del voto nacional por la superchería de ese bando traidor y parricida, no es de esperarse que yo deje de protestar, y conmigo todo buen dominicano, cual protesto y protestaré siempre, no digo tan sólo contra la anexión de mi Patria a los Estados Unidos, sino a cualquiera otra potencia de la Tierra, y al mismo tiempo contra cualquier tratado e tienda a menoscabar en lo más mínimo nuestra Independencia Nacional y a cercenar nuestro territorio o cualquiera de los derechos del pueblo dominicano.**

(Juan Pablo Duarte  
en *Carta a Félix María del Monte*).



## Necrología



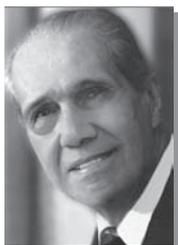
En el presente año de 2014, nuestro país —y muy significativamente, la causa duartiana— sufrió la pérdida irreparable de destacados personajes que nos prestaban su valiosa colaboración. Se trata de:

- Don Mariano Lebrón Saviñón**, Médico pediatra, gloria de nuestras letras, miembro *Emeritus Ad Vitam* y Presidente de Honor del Instituto Duartiano.
- Dr. Luis Fernández Martínez**, eminente cardiólogo, ejecutivo de la Cruz Roja y de Seguros de la Salud.
- Don Manuel de Regla Pérez Saviñón**. Ideólogo ejemplar y paradigmático, organizador de actividades patrióticas y recorridos históricos.
- Doña Rosa Lebrón de Anico**, distinguida dama feminista y autora de las biografías de destacadas figuras históricas de su género.
- Doña Miriam Brea Peña**, viuda de nuestro pasado-Presidente don Manuel Miniño Marion-Landais. Destacada dama perteneciente a la junta directiva de nuestra organización.
- Don Ernesto Ugoná**, distinguido caballero de origen italiano, quien había hecho ésta su patria y había creado una honorable familia criolla.

El Instituto Duartiano lamenta sobremanera la ausencia de estas destacadas figuras que laboraban con tesón en bien de la causa duartiana y, por ende, de la República Dominicana.

*¡Paz a sus restos!  
¡Dios los mantenga en la Gloria!*

## BREVE RESEÑA BIOGRÁFICA DE MARIANO LEBRÓN SAVIÑÓN



Médico pediatra (Universidad de Santo Domingo, 1946), humanista, poeta romántico, dramaturgo, crítico, ensayista. Nació en 1922 en Santo Domingo. A la edad de 21 años fundó, junto a Franklin Mieses Burgos, Rafael Américo Henríquez, Freddy Gatón Arce, Alberto Baeza Flores (chileno), Eugenio Fernández Granell (español) y otros, el grupo cultural “La Poesía Sorprendida” con Domingo Moreno Jiménez (creador del Postumismo, original género de versificar) y Baeza Flores, publicó en ese año una obra poética a tres voces, titulada “Los Triálogos”.

Lebrón Saviñón fué catedrático docente en la Universidad de Santo Domingo, en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (siendo uno de sus fundadores) y en la Universidad APEC.

Don Mariano se especializó en medicina pediátrica en Buenos Aires, y practicó privadamente dicha disciplina con dedicación y ahínco, durante largos años y en el Hospital Padre Billini y en el Hospital Infantil de la época. Fué miembro prominente de las siguientes instituciones: Academia Dominicana de la Lengua (en la que fué Presidente durante 8 años), Sociedad Dominicana de Pediatría (miembro fundador), Academia Dominicana de Medicina, Instituto de Cultura Hispánica (fundador), Instituto Duarteño (miembro fundador y fué hasta el día de su fallecimiento Presidente *Emeritus Ad Vitam*), Instituto de Cultura Dominicano-Hispánico, (socio fundador), Real Academia Española de la Lengua (miembro adjunto), Academia de Artes

y Ciencias de Puerto Rico y la Academia de Cultura Interamericana.

Lebrón Saviñón fué objeto de innumerables y bien merecidos homenajes y premios, entre los cuales se destaca el Premio Nacional de Literatura para el año 1999.

Las obras publicadas por nuestro ilustre personaje, entre ellas libros de poesía, ensayos biográficos y científicos e historia son innumerables, las cuales a continuación mencionamos en apretada síntesis:

*Los Triálogos*, poesía a tres voces (1943); *Infinitestética*, Triálogos (1943); *Cosmohombre*, Triálogos (1944); *Sonámbulo sin sueños*, (1944); *Teatro* (1945), con las obras *Mirtha Primavera* y *Cuando el otoño riega las hojas*; *Algunos aspectos de la cultura judía* (1970); *Luces del Trópico* (1947); *Nociones de puericultura* (1981); *Historia de la Cultura Dominicana*, tomos (1982-1985), 3 tomos (1992); *La Trinitaria* (1993); *Tiempo en la tierra*, poesía (1982); *Juan Pablo Duarte* (1982); *Herbario dominicano*, Medicina (1987); *Vuelta al ayer*, poesía (1997).

Nuestro personaje poseyó la virtud de la humildad en grado superlativo; fué conocido por su sencillez, jovialidad, modestia y honestidad a toda prueba. Nadie lo vió hacer alardes de sapiencia, ni de buscar honores o exhibir lujosos artefactos. Siempre fué modelo de laboriosidad, desprendimiento y buonomía.

Estuvo casado desde el año 1982 con doña Evangelista Jiménez, dechado de hermosura, amabilidad y simpatía, (y quien se dedicó en cuerpo y alma a cuidar a su tesoro viviente). Don Mariano procreó seis hijos. Tuvo trece nietos.





---

**INSTITUTO DUARTIANO  
MUSEO Y CASA DUARTE**

Isabel La Católica 308, Santo Domingo, Ciudad Colonial, República Dominicana  
Tels.: 809.687-1436/ 809.687-1475/ 809.687-5288

Fax: 809.689-0326 • Web: [www.institutoduartiano.org.do](http://www.institutoduartiano.org.do)  
E-mail: [institutoduartiano@gmail.com](mailto:institutoduartiano@gmail.com)

**BIBLIOTECA DUARTIANA "DR. ENRIQUE PATÍN VELOZ"**  
Tel.: 809.682-3761 • E-mail: [bibliotecduarte@gmail.com](mailto:bibliotecduarte@gmail.com)